

LA VISIÓN DE LO ALTO

Cuando el Señor habla con Nicodemo le dice que es necesario que nazca de nuevo, porque si no, no podrá ver el reino de Dios. La expresión «de nuevo» puede traducirse también como «de lo alto». Con esto queda muy claro que el nuevo nacimiento es un nacimiento celestial.

De forma similar podemos decir de la visión. Si no tenemos una nueva visión, una visión de lo alto, no podremos conocer las cosas relativas al reino, las cosas del espíritu.

¿Qué cosas quiere Dios? ¿Qué cosas está haciendo Dios? ¿Qué se propone Dios con todo lo que se ha propuesto y hace? Si sólo tenemos una visión terrenal no podremos contestar estas preguntas con acierto. Nuestros ojos deben ser abiertos para ver de una nueva manera; nuestro entendimiento debe ser alumbrado para que podamos pensar los pensamientos de Dios; nuestro corazón debe ser cambiado para que podamos sentir los sentimientos de Dios.

Los mensajes centrales de esta edición de «Aguas Vivas» tratan sobre este importante asunto. Ellos fueron impartidos en un Retiro en el mes de enero de 2005, en Rucacura, Chile. Han sido transcritos y sintetizados, y son ofrecidos ahora a todo el Cuerpo de Cristo, con la esperanza de que ayuden al pueblo de Dios a renovar la visión celestial.

Que el Señor nos muestre su gracia para que así sea.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 33 · Mayo - Junio 2005

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

- 4 ¿A las puertas de juicios catastróficos?**
Una mirada al actual panorama mundial, a la luz de la palabra de Dios. *Lance Lambert.*

UNA MIRADA PROFÉTICA

- 12 El sueño de Nabucodonosor**
En la estatua vista por Nabucodonosor está compendiada casi toda la historia humana. *Christian Chen.*

TEMA DE PORTADA

- 21 La visión que derriba y levanta**
La visión de Isaías a la luz del Nuevo Testamento. *Pedro Alarcón.*
- 28 La visión de Pablo**
Tres aspectos de la visión de Pablo camino a Damasco. *Cristian Cerda.*
- 33 Aterrizando la visión**
La visión de Pablo tiene un aspecto terrenal asociado con la iglesia local. *Gonzalo Sepúlveda.*
- 40 Cuando se pierde la visión**
La visión del apóstol Juan en días de decadencia. *Rodrigo Abarca.*
- 49 El sacerdocio de Cristo**
Un doble aspecto del sacerdocio de Cristo. *César Albino.*

LEGADO

- 54 Necesidad de visión espiritual**
La mayor necesidad de este tiempo es de visión espiritual. *T. Austin-Sparks.*
- 62 Visión espiritual**
Sin visión espiritual no hay obra de Dios. *Watchman Nee.*

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

- 67 Sacrificio de olor fragante**
La breve y fructífera vida de David Brainerd.

ESTUDIO BÍBLICO

- 76 Bosquejo de Éxodo.** *A. T. Pierson.*
- 77 Viendo a Cristo como el Hijo del Hombre**
El Evangelio según Lucas. *Stephen Kaung.*

86 **Las salidas de Dios (3ª Parte)**
Estudios sobre el Éxodo. *J. Alec Motyer.*

92 **Los nombres de Cristo**
El Hijo de David. *Harry Foster.*

BIBLIA

94 **Los números en la Biblia**
«El número 9». *Christian Chen.*

95 **Preguntas & Respuestas**

96 **¿Cuánto sabe de la Biblia?**

Ponga a prueba sus conocimientos sobre personajes reprobados de la Biblia.

FAMILIA

98 **Colocándolo en su debido lugar**
Una vindicación del esposo cristiano. *Alice Patricia Hershey.*

APOLOGÉTICA

102 **Ecología y Zoología post-adánica**
Una revisión de los postulados básicos de la Ecología y la Zoología a la luz de las Escrituras. *Ricardo Bravo.*

REPORTAJES

109 **Hambre por la Palabra**
Conmovedores testimonios de la iglesia subterránea en China. *Carl Lawrence.*

SECCIONES FIJAS

20 **Maravillas de Dios**

53 **Joyas de inspiración**

75 **Bocadillos de la mesa del Rey**

112 **Página del lector**

Separatas (Sólo en Chile): «Tesoros» (Niños) · «Despertar» (Adolescentes)
«Buscando Más» (Jóvenes).

Foto de portada: «*Hibisco*».

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

Una mirada al actual panorama mundial, a la luz de la palabra de Dios.

¿A las puertas de juicios catastróficos?



Lance Lambert ¹

Lecturas: Is. 24:1-6, 18-23; Sal. 46:1-7; Sal. 33:10-11; Is. 8:9, Heb. 12:26-29.

Terremoto y tsunami en el Océano Índico

¿Es simple coincidencia o tiene un significado divino? Al final de 2004 y principios de este fatal 2005, temprano en la mañana del 26 de diciembre, el mundo experimentó uno de los terremotos más severos de su historia, seguido de un poderoso tsunami que llevó a unas 160.000 personas a la eternidad. Por este sismo tan severo, grado 9 en la escala de Richter, el planeta se detuvo un segundo o dos en su rotación. La isla de Sumatra, no muy pequeña, se movió 36 metros al sur, y varias de las

islas de Andaman y Nicobar fueron divididas en dos. El efecto se sintió incluso en la costa africana oriental, a miles de millas de distancia de la costa oriental de India y la isla de Sumatra.

El epicentro fue localizado a millas bajo la superficie del mar en el norte de Sumatra. El mayor grupo militante del Islam en toda Asia del sur y sudeste se centra en esta área en Sumatra del Norte, sur de Tailandia y en las islas de Andaman y Nicobar. Sumatra del Norte y Tailandia del Sur habían sido afectadas por rebeliones contra sus gobiernos por razones reli-

¹ Lance Lambert es un obrero judío cristiano radicado en Israel, experto en asuntos de Medio Oriente.

giosas. Sumatra del Norte ha sido por muchos años un centro de violenta incitación anticristiana, del asesinato de pastores y líderes cristianos, y del incendio de lugares de reunión cristianos.

Las islas Andaman y Nicobar nunca han permitido a una organización cristiana trabajar allí, sólo permiten a un misionero visitarlas. Además, sólo un año antes, otro terremoto golpeó a Bam en Irán, con la pérdida de decenas de miles de vidas. Aun más significativo es el hecho que el terremoto del Océano Índico afectó el mundo entero en su alcance. Las naciones europeas, sobre todo Gran Bretaña y las naciones escandinavas y alemanas sufrieron la pérdida de muchas vidas que lanzaron un paño de muerte sobre la época festiva de Navidad y Año Nuevo. ¿Es este el augurio de muchos más desastres naturales violentos anunciados en la Palabra de Dios? Yo pienso que sí.

Durante años, en estos análisis periódicos, a menudo he dicho que al final el Señor se levantará con ira, y he sido motejado por algunos como fanático. Hoy, tristemente, muchos de los llamados 'evangélicos' no creen en la total autoridad, inspiración y relevancia de la Biblia. Buscan reinterpretar la Palabra de Dios a la luz del pensamiento moderno, así que se niegan a reconocer ningún juicio divino. Ellos no creen en el infierno ni en un Dios que conmoverá la tierra, como nosotros lo conocemos. Este acto de poner la Palabra de Dios en acuerdo con el pensamiento moderno es una obra de las tinieblas, una obra de seducción de los espíritus. Tenemos que

decir que el dios de tales cosas es un ídolo, el producto y proyección de su propia mente, reflejando exactamente sólo aquello que su cerebro le permite ser y hacer.

Sin embargo, la Palabra de Dios es recta, simple y clara, e irrefutable. Consideremos por ejemplo, algunas Escrituras. Las palabras del Señor Jesús en Lucas 21:25-28. *«Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.»*

O las palabras del Señor Jesús registradas en Mateo 24:7-8: *«Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores».* O en Isaías 13:6-11: *«Aullad, porque cerca está el día de Jehová ... toda mano se debilitará, y desfallecerá todo corazón de hombre, y se llenarán de terror; angustias y dolores se apoderarán de ellos; tendrán dolores como mujer de parto ... He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al*

nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes». No es correcto, en mi opinión, interpretar la palabra de Dios de una manera en que nunca se ha interpretado antes, o espiritualizarla al punto que pierda su significado original.

El enigma de Arik Sharon

La confusión en Israel y el Oriente Medio no ha disminuido, sino que se ha profundizado grandemente. En mi último análisis¹, describí la situación actual de Israel como la más grave crisis que ha enfrentado en sus 56 años de historia moderna. Es verdad. Es más grave que la crisis de 1947-48 en la Guerra de la Independencia, o en la Guerra de los Seis Días en junio de 1967, o en la Guerra de Yom Kippur de 1973. Todos estos fueron ataques frontales que sólo unieron a la nación entera. La crisis presente es el más insidioso de todos esos ataques en su existencia, viniendo —como lo son— tanto de adentro como de afuera.

De hecho, si tiene lugar el retiro desde Gaza y las cuatro pequeñas comunidades en el norte de Samaria, en mi opinión esto significará el fin del ideal sionista como nosotros lo hemos conocido. Las personas han hablado de la era post-sionista, y eso es exactamente lo que esto evidenciará. Marcaría en realidad la primera y mayor entrega voluntaria de un área de la Tierra Prometida.

Es por supuesto verdad que cuando Menahem Begin se retiró de Yamit en el norte de Sinaí, al sur de la Franja de Gaza, fue una entrega voluntaria de una pequeña área reconocida por todos los rabinos como perteneciente a la Tierra Prometida. El área más grande de Sinaí que Menahem Begin también dio a Egipto, siempre ha estado abierta a cuestionamientos y debates acerca de cuánto de ella estaba dentro de la Tierra Prometida. Recuerdo bien a Geula Cohen preguntando a Menahem Begin: «Regalando esta parte de la Tierra Prometida, ¿no tiene usted temor de la maldición mencionada en el Talmud sobre esto?». (El comentario talmúdico es que una maldición caerá sobre cualquiera que vende una parte de la Tierra Prometida a aquéllos que no son de la simiente de Abraham). Él contestó, encogiéndose de hombros: «¿Qué puedo hacer yo?». Él creía que por la retirada total de Sinaí y la destrucción del pueblo de Yamit, el mundo favorecería entonces a Israel y entendería que para su seguridad y su economía, su bienestar, Israel debería retener el centro esencial e histórico de su territorio. No fue así. Shmuel Katz, consejero de Begin, se resignó diciendo que el resultado sería bastante diferente y sería el principio de una disolución. Tenía razón. Menahem Begin murió unos dieciocho meses después; un hombre quebrado. Fue un triste y oscuro fin para una vida ilustre.

Ahora somos testigos de otra propuesta de retiro, esgrimiendo las mismas razones. Arik Sharon se ha vuelto un enigma incluso para algunos de sus amigos y principales colaborado-

¹ Publicado en «Aguas Vivas» N° 30, bajo el título «La actual encrucijada mundial», pp.12-21.

res. Su insólita posición sobre los asentamientos en Gaza y en Samaria ha dejado perplejos a la mayoría de sus seguidores. ¿Cuál es su idea? ¿Por qué este veterano de guerra que ha gastado su vida por los ideales sionistas, el padre de la política de asentamientos, de pronto ha cambiado su discurso? Ha habido muchas explicaciones y conjeturas. Lo que sí está claro es que Israel está convulsionado con los serios espectros de la desobediencia civil que puede conducir a la violencia y aun a la guerra civil. Los colonos, tan a menudo representados en los medios de comunicación, particularmente a lo largo del mundo, como demonios con cuernos, realmente representan el verdadero ideal sionista. Aun cuando ellos fueran removidos por fuerza abrumadora, la herida en la nación sería tan grande que llevaría a una seria desmoralización.

Si es verdad que miles de soldados rechazarían las órdenes para ser parte de la evacuación y retiro, entonces las perspectivas para Israel son lúgubres. Se ha anunciado que 28 funcionarios, que incluyen a tres generales, han sido dados de baja del ejército. Este es el principio. Me atrevería a decir que si este retiro tiene lugar, es el entierro del sionismo como lo hemos conocido y el nacimiento de un tipo diferente de sionismo, vacío de su carácter y significado.

Yo agregaría que si Israel llega a ser ingobernable, el daño infligido a la nación tomaría generaciones en sanar. La vía más simple de detener esto es llamar a nuevas elecciones o por lo menos un referéndum nacional so-

bre una materia en la cual se sostienen tan profundas convicciones, una materia que podría dividir a Israel como ninguna otra. Ha habido llamados de todos los sectores del espectro político nacional a realizar tal referéndum o nuevas elecciones; sin embargo, Arik Sharon ha rehusado oír hablar de ello. Su posición ha dejado a todos, de la derecha a la izquierda, perplejos. Su propio partido, incluso su gabinete, ha sido dividido y trastornado.

No es de maravillarse que describamos la condición de Israel como la crisis más seria en 56 años. Es por supuesto posible que Sharon tenga una estrategia, que se haya hecho a sí mismo objeto del oprobio de todos para, de alguna manera, mostrar al mundo lo que realmente hay en el corazón palestino y árabe. Pero eso es sólo una especulación.

Israel, naturalmente, está acostumbrado a los viejos soldados como líderes nacionales, para bien o para mal, y Ariel Sharon es un patriarca militar veterano, altamente respetado, un gran hombre genuino. El problema con los patriarcas es que tienden a considerar que la forma en que ellos ven las cosas es la única y la mejor; creen estar haciendo lo correcto, aun cuando el electorado no entienda en el momento su política y acciones. Uno tiene que cuestionar si esa es una verdadera democracia. Las materias que afectan el carácter mismo de un estado y una nación deben ser decididas ciertamente por una mayoría más sustancial que un solo voto. Israel está de pie, en el umbral de 2005, entre el tumulto, la confusión y muchas aprensiones.

La muerte de Yasser Arafat

Yasser Arafat murió a la edad de 75 años. De qué murió, el mundo no lo sabe. Los doctores franceses que lo trataron en sus últimos días permanecen mudos, aunque afirmaron que no fue envenenado. Como resultado, circulan muchas historias. Lo que está claro es que murió siendo un hombre increíblemente rico, señalado por Forbes como el N° 26 entre los hombres más adinerados del mundo.

Arafat vivió y murió por las armas. Llegó a ser el padre del terrorismo moderno y el arquitecto del secuestro y estallido de aviones de pasajeros que involucran la muerte de personas inocentes. Si entre 1965 a 1967, el mundo hubiera condenado el frío asesinato de civiles inocentes para atraer atención a una causa, no tendríamos la presente situación mundial. En cambio el mundo lo justificó, como la víctima en lugar del perpetrador. Ahora, los musulmanes matan musulmanes; los musulmanes iraquíes matan iraquíes; los musulmanes saudíes matan a los saudíes; los musulmanes afganos matan a los afganos; los musulmanes paquistaníes matan a los paquistaníes y los musulmanes indonesios matan a los indonesios. La caja de Pandora fue abierta por Arafat y, sin embargo, el mundo simpatizó con él.

En la elección de la autoridad palestina, del líder palestino en lugar de Yasser Arafat, Abu Mazen o Mahmoud Abbas fue elegido por una gran mayoría. ¿Qué podemos decir sobre Mahmoud Abbas? Él ha definido sus condiciones para la paz con Israel no sólo como: 1) el retorno de los refugiados palestinos a su lugar

original; 2) el retorno completo de Israel a las fronteras de 1967; sino también: 3) la capital del nuevo Estado palestino debe ser Jerusalén; 4) la destrucción del cerco de seguridad; y, 5) la libertad de todos los prisioneros palestinos.

Recordemos que Abu Mazen es el arquitecto del plan para la destrucción de Israel por etapas, adoptado por la organización palestina como su estrategia oficial hace algunas décadas.

A todo esto debemos agregar un hecho más esencial, si queremos entender la condición de Israel. Todos los mártires de Hamas y El Jahid y el El-Aksa rehúsan aceptar el estado de Israel bajo cualquier circunstancia. Su meta declarada es la liquidación total de Israel como estado y como nación. Generalmente no se entiende que cuando estos grupos hablan de territorio ocupado, ellos no se refieren a Gaza o al Banco Oriental, sino a todo Israel. Todo este tema se ve claramente en el mapa con el logotipo palestino, y en todos sus libros de texto escolares oficiales. No aparece Israel. El nombre de Israel está ausente; sólo aparece Palestina. Esto está por supuesto en acuerdo con la vista general del Islam. Dios o Alá ha terminado con el pueblo judío y

Está totalmente claro que el Señor ha dado una última oportunidad a los Estados Unidos. ¿Será esa oportunidad asumida por la iglesia de Dios allí, o no?

los ha rechazado como nación y como estado. Por consiguiente su establecimiento es una aberración, una obscenidad satánica que debe ser quitada, y todos los musulmanes buenos y verdaderos deben dar su apoyo total a cada esfuerzo por destruirlo.

La reelección del presidente Bush y su desafío

Vino una gran conmoción al mundo entero, al Reino Unido y Europa en particular, por la reelección de George Bush. Algunos titulares de prensa británicos dijeron: «¿Cómo pueden 59 millones de personas ser tan tontos?». Yo estaba en los Estados Unidos el día de la elección y nunca olvidaré la mirada de incredulidad en las caras de los anunciadores de la televisión cuando fue evidente que el presidente Bush había ganado por una amplia mayoría.

Lo que está totalmente claro es que el Señor ha dado una última oportunidad a los Estados Unidos. ¿Será esa oportunidad asumida por la iglesia de Dios allí, o no? Esa es la interrogante. No dudo que el futuro de los Estados Unidos, el tipo de sociedad que serán, su influencia en el mundo, su estado de súper potencia, y su supervivencia como propagador del Evangelio, está en manos de la iglesia de Dios. Pero la iglesia de Dios en los Estados Unidos es una rica, bien organizada, conocedora, y gran Laodicea.

La iglesia en Laodicea no era una institución cristiana nominal. No era sólo institucional y meramente tradicional, sino una asamblea de creyentes renacidos. Hoy, nosotros los llamaríamos 'evangélicos'. Predicaban el

evangelio, partían el pan, estudiaban la Biblia, tenían reuniones de oración. Sin embargo, el Señor Jesús, cabeza de la iglesia, Salvador y Luz del Cuerpo, estaba fuera de ella, y llamaba a la puerta para que le dejaran entrar. Hay algo increíblemente triste en las palabras del Señor: «*Si alguno oye mi voz y abre la puerta...*».

No hay duda que Laodicea creía que estaba oyendo Su voz. Ellos habrían considerado casi blasfemo sugerir que la Cabeza había sido dejada fuera de su Iglesia, y su voz no era oída. Ellos creían que eran ricos en él; habían obtenido mucho de Cristo, y no tenían necesidad de nada. Probablemente dirían que su obra entera se debía a él, estaba centrada en él. Sin embargo, el Señor les dijo que eran desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos. Ninguno que es tibio se arrepentirá alguna vez. La verdadera naturaleza de la tibieza de Laodicea es tener mensajes bíblicos buenos que avivan y desaffan, pero no perturban el 'statu quo'; no cambian de forma alguna nuestras vidas y nuestra manera de hacer las cosas. Es una condición apática.

Si aquellos que aman y conocen al Señor meramente dan un suspiro de alivio y vuelven a esta condición de Laodicea, un alud de oscuridad espiritual y maldad caerá sobre América del Norte, energizada y guiada por poderosos principados invisibles. El objetivo de Satanás ha sido por mucho tiempo destruir este baluarte bíblico occidental; pero si aquellos que de verdad aman y conocen al Señor se humillan ante Dios, permitiéndole quebrantarlos, y se arrepienten, el Es-

píritu de Dios puede producir allí el más grande despertar en la historia de la iglesia. Esto, a su vez, afectaría cualquier elección futura.

Ha sido una asombrosa conmoción para Europa y Gran Bretaña, en otro tiempo las 'patrias cristianas', que los principios bíblicos hayan jugado un rol tan vital en la elección nacional. Esos fundamentos bíblicos en los que Europa y Gran Bretaña fueron grandes, han sido desechados hoy como antiguos, no pertinentes, y dañosos al bienestar y unidad de la sociedad en general. Han sido rechazados en interés de una nueva sociedad globalizada, una sociedad universal con nuevas normas y principios; de hecho una Babel resucitada y reavivada.

La diferencia entre la sociedad americana y la europea puede verse en el simple hecho de que mientras en los Estados Unidos hay todavía bastantes personas que creen en la palabra de Dios y votaron sabiendo que su fe en Dios representaba una diferencia dramática en el resultado de la elección, en Europa el Parlamento europeo amenazó expulsar a todos los candidatos a posiciones vitales y poderosas recomendados por la Comisión europea, debido a un hombre que era su recomendado para la Justicia Suprema en la Unión Europea, Rocco Buttiglione, un católico observante amigo del Papa. Cuando un periodista le interrogó sobre lo que él pensaba de los matrimonios 'gays' y de los niños nacidos fuera del matrimonio, contestó que él creía que era pecado, aunque su fe personal no afectaría su administración de justicia de acuerdo a la ley. Como resultado de la tormenta

que siguió a sus declaraciones, la Comisión europea tuvo que retirar todos sus candidatos y Buttiglione tuvo que renunciar. Esa es la diferencia. Algo terrible ha pasado en la sociedad europea y británica: ha llegado a ser una sociedad post-cristiana, esencialmente pagana, que ha rechazado totalmente los principios judeo-cristianos.

El resultado de la elección norteamericana no está garantizado. Es una corta y fugaz oportunidad de cuatro años dada por Dios, en gracia y misericordia, a los redimidos en los Estados Unidos. Esa comunidad redimida en cualquier nación es la llave a su progreso o retroceso. Si ellos son consagrados al Señor, y caminan con él obedeciéndolo, llegarán a ser una luz poderosa para esa nación. Si ella los bendice, es bendecida. Si esa nación los maldice, es maldita. Es la promesa divina y profética, para la semilla física y la simiente espiritual de Abraham.

La historia es la evidencia de la validez de este principio divino. Cuando España expulsó a los judíos, cuando organizó la Inquisición, se derrumbó como potencia mundial. Cuando Portugal hizo lo mismo, cayó como potencia mundial. Estas eran las grandes potencias unos siglos atrás. Cuando Francia asesinó a los hugonotes por decenas de miles y expulsó al resto, perdió su primacía como nación. Es muy interesante ver que los países que han bendecido al pueblo judío y a los verdaderos creyentes han llegado a ser grandes naciones, como los escandinavos, los británicos, los holandeses, y Norteamérica.

Lamentablemente, a pocos días de su reelección, el presidente Bush es-

taba hablando nuevamente sobre la solución de dos estados para el Medio Oriente, con Tony Blair a su lado, y dentro de unos días una tormenta enorme golpeó Texas con inundaciones e incluso tornados.

El terremoto del Océano Índico, como ya hemos mencionado, puede ser el principio de intervenciones más poderosas de Dios. Ciertamente la palabra de Dios declara reiteradamente que habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, una conmoción del cielo

y de la tierra. Siempre recuerdo a mi amado hermano Derek Prince, que ahora está con el Señor, diciendo que cuando Dios juzga a una nación, un pueblo o una obra, empieza muy quieta y suavemente. Si ellos toman nota, cesa el juicio. Si no lo hacen, llega a ser más y más violento hasta el fin que es catastrófico. ¿Hemos alcanzado el punto de los juicios catastróficos? Merece ser visto.

*Extractos de «Israel-Middle East Update»,
Enero 2005, en www.cfi-usa.org.*

j j j

¿Puede Dios numerar las nubes?

Se le preguntó a Job si él podría numerar las nubes: «¿Quién tiene pericia para contar (numerar, en hebreo) las nubes»? (Job 38:37, Biblia de Jerusalén). La palabra hebraica para numerar puede significar *calcular, anotar, registrar, o contar*. En esta referencia la palabra puede significar *registrar o llevar la cuenta* del número de nubes. La idea no es necesariamente el registro individual de cada nube, sino del total de ellas. Esto no significa que Dios no pueda contar cada nube, pues aún los cabellos de nuestras cabezas están numerados (Mt. 10:30).

El registro de nubes, por ejemplo, puede referirse al número total de nubes de tempestad cubriendo la tierra. Hay un número constante de aproximadamente 4.000 tempestades alcanzando la tierra cada veinticuatro horas, y el número permanece constante. Algunos observadores cuentan todos los disturbios atmosféricos –no solamente las tempestades– y llegan a números tan grandes como 10.000. No importa las tempestades contadas, el número en cuestión permanece constante. (*A Maduridade*)

La marea

Una marea tiene flujo y reflujo. ¿Puede ser que el poder de Dios y la vida en el Espíritu se caracterice por este fenómeno? ¡De ninguna manera! Su vida no conoce reflujo, sino que fluye eternamente. No sube y baja como el mar, sino que es como un río con un caudal permanente que siempre fluye. La marea debe ceder a ciertas horas pero la fuente de agua de vida no conoce variación.

Si la fuente de agua de vida dentro del creyente se restringiera y dejara de fluir, no es porque haya algún problema en su origen. Es más bien el conducto de salida que ofrece obstrucción. El agua de vida debe tener un conducto limpio, y debe dirigirse hacia alguna parte. Otros la necesitan. La respuesta es sencilla: limpiemos el conducto y el flujo volverá a restablecerse en forma ininterrumpida.

Watchman Nee, en Aguas refrescantes

En la estatua vista por Nabucodonosor está compendiada casi toda la historia humana. ¿En qué punto de esa historia estamos hoy?



El sueño de Nabucodonosor

Christian Chen

Daniel se encontraba entre los cautivos que habían sido llevados a Babilonia. Un día Nabucodonosor tuvo un sueño, pero a la mañana siguiente él no conseguía recordarlo. Sin embargo, el impacto de aquel sueño fue tan fuerte que lo importunaba mucho. La Biblia dice que su espíritu quedó turbado y no conseguía dormir. Entonces, al día siguiente, llamó a todos sus sabios. En realidad, había un equipo de hombres sabios que le servían de consejeros. Daniel y sus tres amigos formaban parte de ese grupo. Nabucodonosor les preguntó qué sueño había soña-

do, pero ellos no sabían. Entonces dijeron: «Si nos lo cuentas, te mostraremos la interpretación». Pero el rey les dijo: «Olvidé el sueño, pero aún así ustedes tienen que darme la interpretación». Los sabios respondieron que eso era imposible. Entonces Nabucodonosor les dijo que, en caso no hicieran lo que él les estaba ordenando, todos morirían, incluso Daniel. Cuando Daniel se enteró de aquella amenaza, fue donde Nabucodonosor.

Daniel oró al Señor y el Señor le dio la revelación del sueño: una gran estatua, llena de esplendor, una visión

impresionante. Al mirar aquella estatua, cualquier persona sentiría pavor. ¿Qué representaba esa estatua?

Si usamos la terminología del Nuevo Testamento, veremos que esa gran estatua representa todo lo que existe en Adán. Es el Adán corporativo, de la misma forma como la iglesia es el Cristo corporativo.

El Nuevo Testamento relata la historia de la conversión del apóstol Pablo. En el camino a Damasco, él vio al Hombre universal, cuya cabeza está en el cielo, pero su cuerpo está en la tierra. Ese cuerpo puede sufrir persecución, por eso el Señor habló a Pablo: «¿Por qué me persigues? Cuando hieres mi cuerpo, tú me estás persiguiendo». Fue así que Pablo descubrió que la iglesia es el cuerpo de Cristo. La iglesia es Cristo de una manera corporativa. Cuando usted reúne todas las personas en Cristo, entonces usted encuentra ese Hombre universal. Esa fue la visión que Pablo tuvo en el camino a Damasco.

Nabucodonosor también vio un gran hombre en su sueño. Y ese hombre es el hombre del mundo. Pablo vio al Hombre universal. Lo que Pablo vio es algo vivo. Pero lo que Nabucodonosor vio es algo muerto. Todo en aquella gran estatua es terreno; ella está formada por oro, plata, bronce, hierro, porque tal es la naturaleza de este mundo. Eso es lo que se puede esperar de Adán. Todas las realizaciones en Adán, toda la plenitud de Adán, están acumuladas en esta estatua. Ella representa no solamente la historia humana, sino también las grandes realizaciones de la humanidad. Representa un imperio

después de otro, una conquista después de otra. No es de extrañar que fuera una gran imagen, enorme, aterradoramente.

El primer conquistador es la cabeza de oro – Nabucodonosor. De acuerdo con la profecía, alrededor del Gran Mar habría un imperio, el primer imperio en gran escala. La Biblia se refiere a ese imperio como la cabeza de oro. Después, el pecho de plata. La Biblia dice que ese es otro imperio, el Imperio Medo-Persa. Después, tenemos el Imperio Griego; después, el Imperio Romano.

En la época de Daniel, el sueño de Nabucodonosor era una profecía, pero ahora, cuando miramos hacia atrás, casi toda aquella estatua se volvió historia. Algunas partes aún están por cumplirse. Es por eso que primero necesitamos comparar la profecía con la historia para ver si ella se cumplió o no y, después, habiendo constatado ese cumplimiento, tendremos certeza de lo que resta por cumplirse. En el sueño de Nabucodonosor es dado un gráfico de la humanidad. Primeramente, la cabeza de oro; después el pecho de plata, y así se llega a las piernas y después a los pies. Los diez dedos de los pies tienen una parte de hierro y otra parte de barro. Cuando llegamos a los diez dedos, llegamos al fin de la historia humana.

La estatua hecha por Nabucodonosor

Después que Nabucodonosor tuvo ese sueño, descubrimos, en el capítulo 3 de Daniel, que el mismo rey hizo otra estatua. Y, esta vez no sólo la cabeza era de oro puro, sino también el

pecho y el vientre; toda la imagen era de oro. Ahora podemos entender por qué su espíritu quedó turbado con aquel sueño. Nabucodonosor no conseguía aceptar que eso se refiriera a él. De acuerdo con la voluntad de Dios, él es la cabeza de oro, el comienzo de todas las realizaciones humanas. Sin embargo, él no quería ser solamente la cabeza de oro, sino de la cabeza a los pies. Por eso no conseguía dormir. Pero no sólo eso: él quería que las personas lo adorasen y construyó aquella imagen para ser adorada, para que él mismo fuese adorado por medio de ella.

Ese sueño es muy conocido. Y aunque no lo admitamos, todos tenemos el mismo sueño: Queremos conquistar el mundo. Pero, después que soñamos, nos olvidamos. Hasta que un día, cuando oímos el evangelio, el Señor Jesús dice: «¿Qué aprovechará al hombre si ganare el mundo entero y perdiere su alma?». Mientras vivimos en esta tierra, cada uno de nosotros quiere conquistar, quiere ganar algo. «¿Por qué usted trabaja tanto?». «Ah, yo sólo quiero ganar dinero». Según cuanto dinero usted posee, es cuando del mundo usted tiene.

Si usted es artista o músico, usted quiere conquistar el mundo. Usted quiere ser respetado. Y, si las personas no le respetan, usted las envía a «buena parte». «¿Cómo esas personas se atreven a desafiarne?». Igualmente, cuando alguien le persigue y usted pierde su imperio, usted aún es un jefe de familia, así que por lo menos tiene el imperio en su familia. Usted es el emperador, su esposa es la reina y sus hijos son los príncipes y las princesas.

Entonces usted exige respeto y, si ellos se rehúsan a respetarlo, los manda a «buena parte».

En China, es tradición regalar a los novios en el día de su casamiento platos de porcelana. De ese modo, muchos novios reciben muchos platos chinos de fina porcelana. Existe una estadística muy interesante sobre esto. En la ceremonia de casamiento la novia tiene doce platos, pero, después de un año, sólo le quedan dos. ¿Sabe por qué? Porque en las desavenencias entre marido y mujer, ellos usan las porcelanas como disco volador. Cuando alguien no nos adora, no nos reverencia, inmediatamente causamos daño a esa persona. Por eso hay tantas familias destruidas.

Ese es un aspecto, pero hay otro aspecto de nuestro sueño: Queremos que nuestras realizaciones permanezcan para siempre. Cuando usted tiene veinte años, todavía no encuentra el mundo muy amargo. Pero, cuando llega a los cuarenta o cincuenta años, después de tantas realizaciones, usted ha adquirido fama. Tiene una familia maravillosa y tiene un auto maravilloso. De repente, eso se torna tan agradable, y entonces usted quiere vivir más largamente.

Cuando llega a los cuarenta años, usted quiere saber lo que va a suceder después. Usted no quiere seguir sin saber el futuro. Es en ese momento que las personas buscan a los astrólogos. Entonces ellas son engañadas por Satanás. ¿Por qué muchas personas caen en tentación? La razón es simple: las personas no quieren sólo una parte del oro, ellas quieren una segunda generación de oro también, de la cabeza a

los pies de oro. No pueden aceptar la realidad. Pero no importa si le gusta o no, lo máximo que usted puede ser es la cabeza de oro.

La ciudad de Babilonia construida por Nabucodonosor

Nabucodonosor usó todos los recursos para prolongar su cabeza de oro. Entonces, después de su sueño, comenzó a construir. En aquella época ya existía la ciudad de Babilonia. Esta era una ciudad cuadrangular con 24 kilómetros por lado. El deseo de Nabucodonosor era hacer de Babilonia la ciudad más fuerte del mundo. Usó todos sus recursos y su fuerza para eso. Entonces construyó un canal sin agua muy grande circundando la ciudad. Ese canal era tan largo y tan profundo que el enemigo no se podría aproximar. En Babilonia no había piedras como en Israel, por eso, para construir las murallas de la ciudad, necesitaban hacer ladrillos. Para eso, tomaron el barro del río, hicieron excavaciones muy profundas para obtener el barro necesario para hacer los ladrillos y construir sus murallas. Entonces usted puede imaginar la profundidad de esas zanjas.

En aquellas murallas había doscientos cincuenta fortificaciones y cien portones de hierro. Pero no sólo eso, esa ciudad era ciertamente muy fuerte porque el gran río Éufrates atravesaba la ciudad y la separaba en dos mitades. Si algún día la ciudad era atacada por el enemigo, ellos tenían agua suficiente para suplir a la población. A los dos lados del río fueron construidas murallas. En esas murallas había veinticinco portones. De uno y otro

lado, había un canal. Para pasar de un lado a otro, era necesario cruzar en barco. Había 25 pasajes. Había un puente colgante de un lado a otro. Después de la puesta de sol, el enemigo no podría usar el puente colgante. Aquel puente sólo era usado en caso de emergencia. Había también un túnel secreto. Además de eso, Nabucodonosor había almacenado provisiones suficientes para alimentar a los habitantes de la ciudad por cerca de veinte años.

Nabucodonosor quería desafiar la palabra de Dios. La palabra de Dios dice que debajo de la cabeza de oro iba a haber un pecho de plata, pero Nabucodonosor dijo: «No; yo voy a construir la ciudad de Babilonia, una ciudad tan fuerte que nadie conseguirá destruirla». Sin embargo, cerca de cien años antes de que eso sucediera, la Biblia ya había previsto que Babilonia sería destruida.

Si usted fuese el rey de Babilonia no creería en la profecía de Dios, pues usted ya había tomado todas las providencias posibles para que Babilonia no cayese. Pero algo maravilloso sucedió: Dios levantó a un hombre llamado Ciro, un general persa. Ciro construyó un canal y desvió el agua del río Éufrates hacia un lago artificial. De ese modo, el río se secó, y la palabra de Dios se cumplió. Dios secó aquel río. Así, el ejército persa entró por aquellos canales, por aquellos pasajes, y antes de que el sol se pusiese, antes que los portones se cerrasen, dos espías ocuparon el pasaje. Cuando las personas estaban celebrando un banquete, no sabían que el mundo de oro de ellos estaba cediendo.

do su lugar al mundo de plata. En una sola noche el mundo cambió de color.

Los imperios Persa, Griego y Romano

¡La palabra de Dios es muy segura! El Imperio Persa surgió cuando la Babilonia de Nabucodonosor fue conquistada por Ciro, de Persia. Después del Imperio Persa, surge Alejandro Magno. Él conquistó todo el mundo conocido de su época en cinco años – muy rápidamente. Es por eso que Daniel 7 describe ese imperio como un leopardo. Después de haber conquistado el mundo, Alejandro lloró en su tienda, y sus generales le preguntaron: «¿Por qué estás llorando?» Él respondió: «Ahora no tengo más mundo que conquistar». ¡Aquello fue para él una tragedia!

Hay dos tragedias en este mundo: una tragedia es desear ardientemente algo y nunca conseguir obtener lo que se desea. La otra tragedia es finalmente conseguir lo que se desea. ¿Usted se quiere casar? Las personas acostumbran decir que el matrimonio es como un muro: todos los que están del lado de fuera quieren entrar, y los que están del lado de adentro quieren salir. Esa parece ser otra tragedia.

Alejandro Magno trasladó la capital de su imperio a Babilonia. Él conquistó el mundo, pero al llegar al tope de su vida, repentinamente murió. Antes de morir, Alejandro hizo una petición: «Cuando yo muera, hagan un ataúd de modo que mis dos manos queden para el lado de afuera. Y digan a todo el mundo: Yo, Alejandro, vine a este mundo con las manos va-

cías, y después de haber conquistado el mundo entero, lo dejo con las manos vacías». Esa es la historia del Imperio Griego. Después de él, surge el Imperio Romano.

Las piernas que representan el Imperio Romano

El Imperio Romano es representado por dos piernas en la estatua del sueño de Nabucodonosor. Eso realmente se cumplió en la historia, pues existieron el Imperio Romano occidental y el Imperio Romano oriental. Pero, si estudiamos la historia de ese Imperio, descubrimos un problema: el Imperio Occidental terminó el año 476. Mil años más tarde, el Imperio Romano Oriental fue destruido por el Imperio Turco. De esa forma, podemos ver que uno terminó en 476 y el otro en 1453. El Imperio Romano oriental duró aproximadamente mil años más que el occidental.

Al analizar esa situación detalladamente, tenemos un problema: una pierna es más larga que la otra. Sin embargo, de acuerdo con aquella imagen vista en el sueño de Nabucodonosor, las dos piernas eran de igual tamaño. Sin embargo, la palabra de Dios no falla, ella se cumple fielmente. Entonces, ¿qué puede explicar esa aparente contradicción? En el año 962, los alemanes, a través de una persona de nombre Otto, conquistaron la Europa de aquella época. Esa fase de la historia es llamada «Sacro Imperio Romano».

En Alemania, ellos llamaban al emperador 'Kaiser'. Esa palabra tiene la misma forma de la palabra 'César' del Imperio Romano. Sabemos

que el emperador romano era llamado César. Los alemanes usaban una palabra equivalente a aquella palabra latina para referirse a su emperador. Aquí, sin embargo, tenemos al Sacro Imperio Romano, o sea, al segundo Imperio Romano. Hitler intentó construir el tercer Imperio Romano. En realidad, Hitler quería establecer el Milenio aquí en la tierra. Él quería que su tercer imperio durase mil años. Pero eso nunca sucedió. Sin embargo, algo muy interesante sucede aquí. Algunas personas asumen el título de Imperio Romano en Occidente. Eso permanece por muchos años. Ahí podemos ver la continuación de las piernas de la estatua vista por Nabucodonosor.

En 1547 surgió Rusia en Oriente. En el Imperio Ruso, el emperador era llamado 'zar'. El nombre zar tiene el mismo origen, la misma idea, de los títulos César o Kaiser. Así tenemos el Kaiser en Occidente y el Zar en Oriente. Cuando llegamos al año 1918, después de la Primera Guerra Mundial, repentinamente esos dos títulos desaparecieron. De esa forma, podemos

saber el nombre de los dos últimos emperadores. El último emperador oriental fue Nicolás II y el último emperador alemán, el último Kaiser, fue Guillermo II. Si usted estudia la Historia, descubrirá que en 1918 esos dos títulos desaparecen. ¡Eso es maravilloso! En 1918, las dos piernas que representan el Imperio Romano ya están listas y con la misma longitud. Después de eso, entonces, llegamos a los pies de la estatua.

Los pies de la estatua vista por Nabucodonosor

De acuerdo a la Biblia, los pies de esa estatua están compuestos por una parte de hierro y una parte de barro. Sabemos que, después de la Segunda Guerra Mundial, Europa y el mundo fueron divididos en dos grandes campos: democracia y comunismo. Como fuimos creados de barro, entonces el barro, de cierta forma, tipifica el campo democrático. Aquella parte de hierro, por su parte, se refiere al campo comunista. Después de eso, hubo cuarenta años de guerra fría. Fueron suscritos el Pacto de Varsovia y la OTAN. Aquí vemos una parte de hierro y una parte de barro. Pero, nuevamente algo sucede.

Nos preguntamos: ¿En qué momento de la historia estamos viviendo actualmente? ¿A qué parte de la estatua se refiere este momento? ¿Estaremos en la fase de los pies o estaremos cerca de los dedos? La estatua vista por Nabucodonosor tenía diez dedos. Eso significa que, en Europa, habrá una confederación de diez naciones. Ellas se transformarán en una entidad política. El Mercado Común Europeo

¿En qué momento de la historia estamos viviendo actualmente? ¿A qué parte de la estatua se refiere este momento? ¿Estaremos en la fase de los pies o estaremos cerca de los dedos?

parece ser realmente un buen candidato para esos diez dedos.

La sede del Mercado Común Europeo queda en Bélgica, en la ciudad de Bruselas. En el principio, cuando ese Mercado fue organizado, había solamente seis miembros. Sin embargo, en frente del edificio sede había diez mástiles para banderas. En una publicación oficial de esa entidad, ellos declaran abiertamente a la Comunidad Europea como el tratado romano, como una supuesta interpretación de los libros de Ezequiel, Daniel y Apocalipsis. Este imperio de los últimos días es el nuevo Imperio Romano. Y todos sabemos que ellos tienen el objetivo de tener el mismo pasaporte y también una moneda común.¹ Pero, al final del siglo XX, necesitan tener una entidad política. Ellos hablan de una nueva Europa.

Hasta hace poco, cuando observábamos el Mercado Común Europeo, veíamos solamente el barro, porque las naciones allí eran todas democráticas. Entonces nos preguntábamos, ¿cómo esos dedos se tornarán parte de hierro y parte de barro? No entendíamos eso, no sabíamos lo que estaba sucediendo. Hasta que, delante de nuestros ojos, el muro de Berlín cayó, y fuimos testigos del cambio en la Europa oriental. ¡Eso es muy interesante! Austria ya hizo su solicitud para entrar en el Mercado Común Europeo. Suecia, Hungría, Checoslovaquia quieren ser miembros de ese Mercado. No sabíamos cómo aquellos diez dedos podrían tener parte de barro y parte de hierro,

pero ahora podemos percibir que todo está caminando en esa dirección. Agradecemos a Dios por eso.

Nuestro futuro en Cristo Jesús

A veces cuando pensamos que es demasiado pronto para que todo eso suceda, quedamos sorprendidos por todos esos acontecimientos. ¿Estaremos tan próximos del tiempo de los diez dedos? ¿Eso significa, entonces, que estamos próximos a la batalla de Armagedón? ¿Estamos muy cerca de la dictadura del Anticristo? ¿Qué significa eso?

¡Tenemos un futuro! Cuando el trigo está maduro, está pronto para ser segado en cualquier momento. Cuando el fruto esté listo, es decir, cuando los cristianos estén transformados a imagen de Cristo, ellos serán arrebatados, antes de la Gran Tribulación. ¿Usted no tiene la impresión de que es demasiado temprano para que este mundo se acabe? Esa es una pregunta muy seria. Tenemos que preguntarle al Señor. De acuerdo con nuestra comprensión, debemos ser arrebatados antes de la Gran Tribulación, pues la hoz va a hacer su trabajo cuando el fruto esté maduro.

Este es nuestro futuro. Nuestro futuro no es la Gran Tribulación. Nuestro futuro es ser llevados por nuestro Señor. Él nos prometió: él vendrá y nos llevará. ¿Estamos esperando al anticristo o a nuestro Señor Jesús? Tal vez algunos de nosotros pensemos que eso está muy lejos. «Ah, somos muy jóvenes para pasar por eso. Todavía podemos disfrutar de la vida. Vamos a establecer nuestras raíces aquí en la tierra. Vamos a hacer como el pueblo

¹ Para la correcta comprensión de estos datos debe tenerse en cuenta que este mensaje fue impartido en 1991.

de Israel, vamos a convertirnos en una higuera. Vamos a ser como Lot, nos vamos a establecer en Sodoma y Gomorra». Si usted hace así, más tarde el ángel tendrá que arrastrarlo para afuera, como hizo con Lot.

¿Será necesario que el Señor envíe ángeles para que nos arranquen de este mundo? ¿O porque estamos listos, a cualquier hora, podemos decir al Señor: «Ven, Señor Jesús»? Si usted ama al Señor, usted quiere que él venga hoy. Usted quiere que él venga mañana para que todos seamos arrebatados. Ya morimos para esta tierra; todos los días morimos para este mundo, pero crecemos en dirección al cielo. Este mundo no es nuestro hogar.

Cuando usted mira esa gran imagen, todo lo que encuentra allí es la plenitud de Adán. Ella tiene una apa-

riencia aterradorante, parece que va a vencer. Deje que el mundo siga su rumbo, no sea como la esposa de Lot, no se apegue a este mundo. En caso contrario, usted será transformado en una estatua de sal. Usted se va a convertir en un espectáculo para el mundo. Somos la sal de la tierra, debemos retrasar la corrupción. Es por eso que estamos en este mundo.

Quiera el Señor tener misericordia de nosotros. Esta es la profecía de acuerdo al capítulo 2 de Daniel. Pero nuestra historia no termina aquí. La profecía es tan rica. Del capítulo 2 al capítulo 4 de Daniel se muestra que Nabucodonosor no sólo tuvo un sueño, sino dos. Lea de nuevo los capítulos 2, 3 y 4 de Daniel. Hablaremos sobre ello en nuestra próxima sesión.

Resumido de Grandes profecías da Biblia, Vol.I.

j j j

La senda de la oración

En una cierta aldea, en el oeste de África, los nativos cristianos no tenían privacidad para orar en sus cabañas. Por esto, cada cristiano se dirigía al arbusto ubicado detrás de su casa para tener períodos de oración. Después de algún tiempo aparecía una senda muy trajinada entre su cabaña y el lugar de oración. Pero, si sucedía que la hierba nuevamente crecía en la senda, por falta de uso, un hermano de la aldea amonestaría a su vecino: «Hermano, algo está mal con su senda de oración».

El colmo de la terquedad

En 1986 dos barcos chocaron en el mar Negro arrojando cientos de pasajeros a las heladas aguas y causando una trágica pérdida de vidas humanas. La noticia del desastre fue más lamentable aún cuando una investigación reveló que el accidente fue causado por terquedad humana. Los dos capitanes estaban conscientes de la presencia del otro barco y ambos pudieron haber tomado una medida evasiva para prevenir el choque, pero ninguno quiso ceder. Cuando vieron el error de sus decisiones, era demasiado tarde.

Así también, ¿cuántos hay que se niegan a buscar a Dios sólo por porfía, aun sabiendo que van hacia el infierno?

Adaptado de «El Pan diario»

SÓLO DIOS CONOCE EL FINAL DE TODAS LAS HISTORIAS

Un joven creyente de nombre Brad, que estaba haciendo el servicio militar, cierta vez fue recogido en una autopista por un corredor de propiedades llamado Lew Masters. Mientras iban en el auto, Brad habló al otro acerca de Jesús y lo condujo a recibir a Cristo como su Salvador. Muy contento, el corredor dio a Brad su tarjeta, y en el momento en que el joven se despedía, lo invitó a visitarlo si algún día iba a Chicago.

Pasaron cinco años. Un día Brad tuvo la oportunidad de ir a aquella ciudad, y decidió visitar a Lew Masters. Para su sorpresa, supo que pocos minutos después de que él había descendido del auto, el corredor tuvo un accidente y murió.

Fue muy grande la alegría de la viuda cuando Brad le contó que su marido había recibido a Jesús como Salvador unos momentos antes de morir.

Ella le dijo: «Hacía varios años que yo era creyente, y oraba mucho por mi marido. Pero cuando él murió, pensé que Dios no había escuchado mis oraciones. Hace cinco años que dejé de tener comunión con Dios, y todo, porque pensé que él no me había contestado».

En aquel día, esa mujer fue libre de su amargura y se reconcilió con Dios.

Así, quien supone que algunas de sus oraciones no han sido atendidas por Dios está muy engañado. Lo que ocurre es que no sabemos todos los detalles con relación a ellas. Sólo Dios conoce el último capítulo de todas las historias, y en algunos casos él nos revela lo que sucede, en la hora en que así lo desea, pero en otros casos, no.

*DeVern Fromke,
O mayor privilegio da vida.*



La visión de Isaías a la luz del Nuevo Testamento.

La **visión** que derriba y levanta



Pedro Alarcón

Vamos a considerar la visión de Isaías como punto de partida de lo que vamos a compartir.

Lo primero es una revelación de Cristo

«*En el año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo*». No es casualidad que al relatar esta experiencia maravillosa aparezca el nombre de un rey. Uno podría decir: «Bueno, es para que nos ubiquemos en el tiempo». Sí; pero no es la única razón. El rey representa el gobierno terrenal, y espiritualmente representa lo que es la carne y la

sangre, el razonamiento humano. Todo aquello que es terrenal.

Aquello que está representado por este rey recibe un golpe de muerte. Esta fue también nuestra experiencia cuando Cristo fue revelado a nuestros corazones. El rey Uzías aquí muere para dar lugar a algo que es espiritual. Cuando murió el rey Uzías, Isaías vio al Señor. Lo vio glorioso, sentado en un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Así vio Isaías este trono; vio allí la gloria de Dios.

Hermanos, el primer paso en una experiencia cristiana es que los ojos son abiertos para tener una revela-

ción de la gloria de Dios, de Cristo glorificado. Y nosotros hemos sido participantes de esta visión inicial; hemos visto a Cristo glorioso, coronado de honra, de gloria y de poder. Él es la máxima autoridad, el dueño del universo, la razón de ser de todas las cosas, el centro de la voluntad de Dios.

Lo primero que debe ocurrir con nosotros es tener esta visión de Cristo. Muchos otros hombres del Antiguo Testamento tuvieron una visión así. Su caminar con Dios comenzó con una visión de la gloria de Dios.

Abraham fue llamado, y obedeció para salir a donde Dios le dijo que fuera. Dios se le reveló a Abraham como El-Shadday, el Dios Todopoderoso, el que todo lo provee. Y se presenta en la Palabra como la figura de una madre que tiene en los brazos a un hijo y lo amamanta. Así es la protección que el Señor Dios, como Padre nuestro, nos ofrece.

Moisés también vio la gloria del Señor, primero en la experiencia de la zarza ardiendo que no se consumía. Dios se reveló a él por su nombre, diciéndole: «YO SOY EL QUE SOY» –Jehová o Yahvé. Y ese nombre glorioso implica no sólo a Dios el Padre, sino que encierra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Hay una frase que los hebreos citan una y otra vez: «Oye, Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es» (Deut. 6:4). Tres veces en esa frase se nombra a Dios –Jehová, Elohim, Jehová–. Sin embargo, ellos lo recitan de memoria, y no se les revela que está Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo allí; no ven a Dios en estas tres benditas personas.

Es necesario ser derribados

«Entonces Jehová abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel de Jehová que estaba en el camino, y tenía su espada desnuda en la mano. Y Balaam hizo reverencia, y se inclinó sobre su rostro ... Dijo Balaam, hijo de Beor, y dijo el varón de ojos abiertos; dijo el que oyó los dichos de Dios, el que vio la visión del Omnipotente; caído, pero abiertos los ojos» (Núm. 22:31, 24:3-4).

Por causa de nuestra naturaleza, por causa de nuestra razón que se opone y cuestiona las cosas celestiales, es necesario que nosotros caigamos delante del Señor para que nuestros ojos sean abiertos y podamos tener una verdadera visión de él. Dios produce este derribamiento, y luego se revela. Cuando estamos debilitados, cuando no tenemos fuerza en nosotros mismos, cuando todo ímpetu humano es derribado y pensamos que ya no hay esperanza, entonces el Señor se revela al corazón.

El camino de Balaam fue que él amó el precio de la maldad, él se preocupó de cuánto podía ganar si cumplía la encomienda de Dios. Ese fue el obstáculo que cegó sus ojos. Y cuando vinieron los hombres a buscarlo, él estaba dispuesto a negociar con el don que Dios le había concedido.

Después de esta experiencia, cuando Balaam habla de sí mismo, dice: «...el varón de ojos abiertos ... el que vio la visión del Omnipotente; caído, pero abiertos los ojos». Es necesario ser derribado. Nadie en su estado natural puede acercarse a Dios. A aquellos que piensan que por tener algún conocimiento religioso pueden

acercarse a Dios y hacer muchas cosas para Dios, tenemos que decirles que primero hemos de ser completamente derribados para que Dios pueda poner lo suyo en nosotros. Él no pone remiendo nuevo en un viejo vestido roto, sino que hace nueva la vestidura. Entonces, lo viejo tiene que desaparecer, para que lo nuevo sea instaurado. Nada de lo viejo entrará a tener parte en la comunión con Dios, y menos en la gloria de Dios. Solamente lo que ahora somos en el Señor.

La visión es un milagro de Dios

En Marcos 10:46, 51-52 tenemos otra expresión de la visión espiritual. *«Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando ... Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino».*

Aquí tenemos una forma gloriosa en que el Señor se revela, y cómo él puede dar vista espiritual a uno que está ciego. Este ciego está representando a todos aquellos que no conocen al Señor, que no han visto a Cristo todavía. Para todos ellos hay un medio por el cual pueden conocerle – y es por medio de la fe. Él mismo aquí lo afirma con sus palabras: «Vete, tu fe te ha salvado».

«Vino luego a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocase. Entonces, tomando de la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y es-

cupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos» (Mr. 8:22-25).

En este otro caso, el ciego que se encuentra con el Señor no recibió de inmediato una visión total; la visión que obtuvo fue gradual. Así también ocurre cuando Dios trata con nosotros: a unos, él les revela abruptamente muchas cosas; a otros, gradualmente. Porque el Señor conoce la condición de cada uno, sabe que si a uno le revela demasiadas cosas de una vez se puede evanecer y hacer un mal uso de esa revelación.

El último de aquellos ciegos que tuvieron esta experiencia de recobrar la vista está en Juan capítulo 9. *«Al pasar Jesús, vio a un ciego de nacimiento... y le dijo: Vé a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo... y dijo: ...una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Jn. 9:1, 7, 25).*

En estos tres casos, el acto de que nuestros ojos sean abiertos espiritualmente para ver las cosas celestiales es un milagro de Dios. Si Dios no abre los ojos, nadie puede ver; quedamos en la más absoluta oscuridad. Por eso alabamos a Dios, porque él ha abierto nuestros ojos para ver al que es verdadero: su Hijo Jesucristo, el verdadero Dios y la vida eterna. La luz irrumpió sobre las tinieblas, y nosotros hoy día vemos al Señor. ¡Qué glorioso es esto!

La necesidad de incrementar la visión

Veamos Efesios 1:17-18: *«...para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos»*. Aquí tenemos otro tipo de personas, los creyentes que ya han recibido visión de Dios, a quienes ya Cristo les ha sido revelado.

Pablo escribe aquí a la iglesia en Éfeso. Ellos habían conocido al Señor, y cuando Pablo está escribiendo lo anterior a estos versículos, donde despliega todo lo que les ha sido concedido en Cristo, ¿podríamos pensar que ellos tendrían necesidad de ver algo más? No. Sin embargo, ellos tenían necesidad.

Así también, nosotros necesitamos que nuestra visión sea aumentada; necesitamos que sea Dios mismo, quien nos reveló, que nos vaya aclarando la visión. Porque nosotros podríamos tergiversar las cosas, porque todavía estamos sujetos a la limitación de una mente carnal que se opone a los designios de Dios. Necesitamos ser renovados en el entendimiento de nuestra mente, para que podamos comprobar cuál sea la voluntad de Dios agradable y perfecta, para que podamos tener una completa comprensión de la visión de Dios.

El Señor quiere que nosotros demos gobernados por la visión que él nos ha mostrado. Y si nos ha mostrado la visión de un Cristo glorioso,

santo, justo y verdadero que habita por la fe en nuestros corazones, entonces Dios quiere que nosotros también descendamos del plano celestial a nuestra realidad, y vivamos como el Señor Jesucristo vivió en la tierra.

Dios quiere que la imagen de su Hijo sea plasmada en nosotros. Para eso nos da la visión; no para que nos enorgullecamos, ni para que descalifiquemos a otros. Si nosotros hiciéramos eso, podemos llegar a un estado como el de Laodicea, una iglesia que comenzó viendo muchas cosas, pero que perdió la visión; una iglesia que se empezó a jactar de lo que Dios le había revelado.

El Señor nos libre, y nos permita crecer. Y ponga él un anhelo en nuestro corazón de ir creciendo juntos, porque esto no lo podemos lograr solos. Tenemos que considerar a todos los hermanos, tenemos que considerar el cuerpo de Cristo, para que podamos crecer como el hombre nuevo, que es Cristo y la iglesia, siendo él la cabeza y nosotros su cuerpo. Nos necesitamos unos a otros, y ningún hermano es de desechar. No hay diferencia de color, raza, cultura ni condición social, porque todos nosotros somos uno en Cristo Jesús.

Dios se nos revela para que podamos servir a la iglesia

Hay varios pasajes de las Escrituras donde aparece Pablo relatando su testimonio, lo que ocurrió cuando sus ojos fueron abiertos. En Hechos 26, Pablo, delante del rey Agripa, relata la experiencia de su encuentro con el Señor. Al principio, el Señor le había

dicho que le sería testigo ante reyes, ante gobernadores, ante personas importantes, ante judíos y gentiles.

Luego de esta revelación inicial, el Señor se le va revelando más profundamente, de una forma gradual. Pablo irá comprendiendo la voluntad de Dios, y en esa medida podrá ir sirviendo a las iglesias. Así que todos los que ya tienen alguna visión espiritual, no piensen que ya ven todas las cosas, y que son autosuficientes. Sepamos, hermanos, que esto es algo gradual.

Dios se nos revela a causa de la necesidad de su pueblo. Los siervos que Dios usa, como Pablo, no son un fin en sí mismos, sino una dádiva, un don, para la iglesia. Porque el interés de Dios no son los obreros ni los ancianos – siendo tan valiosa la función de cada uno de ellos. No, la atención de Dios está centrada en una mujer hermosa, en la amada que Dios está preparando para su Hijo: la atención de Dios está centrada en la iglesia – Cristo y la iglesia que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. La atención de Dios es Cristo y la iglesia. Que la iglesia, la amada de Dios, tome la forma que el Señor quiere, que las arrugas que hay en su vestido sean quitadas, que las manchas que hay en ella sean lavadas.

Si nosotros vemos –si el Señor por su misericordia nos concede visión espiritual– es para que ayudemos a otros a que también vean.

La experiencia de Isaías

Terminemos en el mismo Isaías donde comenzamos. ¿Cuál fue el efecto de la visión que él tuvo de la gloria

de Dios? ¿Cuál es el efecto de cuando nosotros verdaderamente vemos la gloria de Dios en la faz de Jesucristo? *«Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos»* (Is. 6:5).

Necesariamente, cuando Dios se le revela a un hombre, éste empieza realmente a conocerse a sí mismo. A medida que la visión se va aclarando, vamos conociendo lo defectuosos que somos. Nos vamos dando cuenta que no era solamente una cuestión de hechos pecaminosos que cometimos contra el Señor, sino que es problema de un estado, de una condición de la cual el Señor quiere libertarnos.

Eso está relacionado con lo que Pablo experimentó en Romanos 7. Conoció su condición, vio lo que él era, y terminó diciendo algo parecido a la exclamación de Isaías: «¡Ay de mí, que soy muerto!». ¿Hemos llegado nosotros, en el tiempo que llevamos caminando con el Señor, a vivir

Tenemos que considerar a todos los hermanos, tenemos que considerar el cuerpo de Cristo, para que podamos crecer como el hombre nuevo, que es Cristo y la iglesia, siendo él la cabeza y nosotros su cuerpo.

esta experiencia? ¿Hemos llegado a aborrecer realmente todo lo que es de la carne y que constantemente trata de levantarse en nosotros? Hermanos, cuando la visión aumenta, nos conocemos más a nosotros mismos, y entonces en vez de ser hombres orgullosos de haber visto grandes cosas, estamos dispuestos a ser más humildes.

¿En qué se puede conocer que tienes más visión que otros? En que ha habido un aumento en la madurez. Entonces va apareciendo cada vez más el carácter manso y dulce de Cristo, y se ve menos la soberbia del hombre viejo que nosotros éramos y que somos naturalmente todavía. Se verá menos lo carnal y terreno, y se verá más Cristo.

Cuando empieza a ocurrir este proceso de conocernos a nosotros mismos, les digo, no es agradable. Es doloroso, y muchas veces tenemos que quedar descubiertos, tenemos que ser humillados delante de los demás, para que comprendamos que Dios es santo, que sólo su vida nos sirve, que sólo su vida nos libra, y que no hay nada bueno en nosotros. ¿Ya estamos convencidos de que esto es así? Dios no nos dará más luz, hasta que podamos experimentarlo.

Pero, ¿qué ocurre cuando nos vemos en esta condición? El Señor no nos deja ahí. Porque cuando estamos abatidos y parece que perdemos la esperanza de conservar la vida, miren lo que ocurre: *«Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y*

limpio tu pecado» (Is. 6:6-7).

Hay provisión para los pecados, no sólo para aquellos pecados groseros que cometíamos antes, sino para aquellos pecados más sutiles: cuando ofendemos a los demás, cuando nuestras palabras son livianas, o de muchas otras maneras. El Señor dice que cuando un varón no ofende con sus labios a otro, entonces éste es un varón perfecto. Así que, mientras aún causemos ofensas a los demás, todavía no somos perfectos, estamos en camino de perfección y necesitamos más luz del Señor.

Lo primero de lo cual tuvo conciencia Isaías cuando vio la gloria del Señor fue de sus labios. *«Soy hombre inmundo de labios»*. Porque la boca es donde tiene expresión de una manera más abierta nuestra condición natural; con las palabras ofendemos muchas veces.

«Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí» (Is. 6:8). Sólo hombres que han pasado por un trato como éste pueden oír ahora la voz del Señor para ser comisionados, para servir en la casa de Dios o en otros contextos donde el Señor quiera.

Hay muchas formas de servir en la casa de Dios, pero sólo será después de esto. Esto nos habla del lavamiento que ya experimentamos por la sangre de Jesús, y también de la obra del Espíritu Santo que produce una disciplina y una purificación en nosotros, del lavamiento del agua por la Palabra que necesitamos constantemente.

Y entonces, el hombre puede res-

ponder: «Heme aquí, envíame a mí». Y, ¿qué hace el Señor? El Señor no se rehúsa, porque espera contar con muchos que puedan ponerse a su disposición para servirle. Después de todas estas cosas, el Señor nos usará.

Consideremos, finalmente, Romanos 12:1: «*Os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo,*

agradable a Dios». Dios tiene para nosotros un ruego. Él no nos exige, no nos obliga. Hoy podemos presentarnos delante del Señor en sacrificio vivo, santo, agradable.

¿Qué nos queda, hermanos? ¿Obtendrá el Señor de nosotros un pueblo que se le ofrezca voluntariamente? Hagámoslo ahora, voluntariamente, en tanto que se dice hoy.



Ya estamos muertos

Cuando James Calvert (1813-1892) se dirigía a las islas Fiji para darle el mensaje del evangelio a sus moradores, el capitán del barco en que viajaba trató de disuadirlo. «Expone usted su vida y la de sus compañeros yendo a vivir con esos hombres», le dijo. La magnífica respuesta de Calvert fue: «Morimos antes de venir acá».

Dios manda

Un amigo encontró al conocido eclesiástico Phillip Brooks paseándose a grandes zancadas por su estudio, dado visibles muestras de impaciencia.

–¿Qué te pasa?– le preguntó.

–Me pasa– le contestó el doctor Brooks –que yo tengo prisa... pero Dios no la tiene.

Una respuesta acertada

D. L. Moody predicaba en cierta ocasión con respecto al valor de la Palabra de Dios en la vida del hombre. Repentinamente, fue interrumpido por la estentórea voz de un hombre: «No creo ni una palabra de esas fábulas de viejas que usted dice que es la Biblia».

«Señor», replicó el predicador, «hay un versículo en la Biblia que se verá obligado a creer: «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará». El hombre que siembra trigo, no recogerá patatas ni maní. Tomemos como ejemplo el cantinero: siembra borrachos y cosechará borrachos».

El hombre se sentó, mientras el auditorio aplaudía por la respuesta. Moody naturalmente no conocía al hombre, pero sí los asistentes. Se trataba de un conocido ateo, dueño de una cantina. Todos sus hijos, tanto varones como muchachas, eran borrachos.

Alfredo Lerín, 500 ilustraciones

Tres aspectos de la visión de Pablo camino a Damasco.



La visión de Pablo

Cristian Cerda

«Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial» (Hechos 26: 19).

Esta es la tercera vez que en el libro de los Hechos aparece la narración de la conversión de Saulo, y es la segunda vez que él mismo tiene que hablar acerca de ella. La primera vez está en Hechos capítulo 9, donde Lucas ubica cronológicamente el momento en que ocurre este hecho.

Un hombre en debilidad

Ahora, no es casualidad que esto ocurra tres veces. ¿Cuántas veces oró Jesús en el Huerto? ¿Cuántas veces negó Pedro a Jesús? Luego, cuando Jesús, una vez resucitado, se encuentra con Pedro, ¿cuántas veces le pre-

guntó: «¿Me amas?»? ¿Cuántas veces oró Pablo para que le fuese quitado el aguijón en la carne? ¿Cuántas veces se le mostró a Pedro la visión del lienzo? Siempre que algo aparece tres veces hay una debilidad muy grande, un debilitamiento; hay una comprensión de cuán frágiles somos en nuestra humanidad, cuán carentes somos.

Seguramente Pablo contó muchas veces más su conversión. Al menos estuvo preso unos dos años y medio, y era llamado por los tribunos para preguntarle por qué causa estaba allí. Pero el hecho de que la Escritura lo haya registrado tres veces, indica que Pablo habría comprendido de cuánta debilidad

estaba rodeado. De hecho, estaba en cadenas, estaba preso. Así que, al acercarnos a esta expresión de Pablo, «*No fui rebelde a la visión celestial*», es importante que comprendamos la fragilidad en la que él mismo se veía.

Por otra parte, a esta altura de su vida, Pablo había caminado al menos 25 años siguiendo al Señor. Es un creyente, un siervo del Señor, maduro, con una experiencia muy rica, que se expresa en sus cartas. Cuando escribe 2ª a los Corintios, muestra todo un currículum, con elementos tales como: «*tres veces he sido azotado... he padecido naufragio... en ayunos... en muchos desvelos...*». Así que, antes de decir estas palabras, Pablo tiene una experiencia de años siguiendo al Señor. Ha escrito al menos seis cartas, ha realizado los tres viajes misioneros conocidos en el libro de los Hechos, y ha llenado el mundo del evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué les parece poder decir: «*No fui rebelde a la visión celestial*»? Este hombre, en debilidad, pero fortalecido en la gracia del Señor, es capaz de decirlo. Y a los veinticinco años, cuando está ante Agripa, debe recordar su conversión. Pablo la tenía que recordar en cadenas.

El aguijón de Cristo contra Pablo

Hay tres cosas que yo quisiera ver en este pasaje. La primera está en Hechos 26:14, las palabras del Señor: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón*». Cuando Pablo está relatando su conversión, luego que esa luz más radiante que el sol se le aparece, las primeras palabras que él recuerda

de nuestro Señor son éstas. ¿Cuál es el aguijón con el cual estaba siendo agujijoneado Pablo?

Para aproximarnos a esta expresión del Señor, tenemos que ver qué cosa él estaba narrando. Pablo era un hombre cruel con la iglesia; él tomaba a los santos, los azotaba y los obligaba a blasfemar el nombre de Jesús. Era tal su ira, que pidió cartas para ir más allá de Jerusalén, y apresar a cualquiera que invocara el nombre de Jesús.

Pero, ¿saben?, cada vez que Pablo tomaba a un creyente y lo llevaba para azotarlo, él empezaba a escuchar palabras que no había oído nunca de la boca de aquellos que habían sido azotados. Escuchaba decir: «*Gracias, Señor, porque estoy padeciendo por tu nombre*». Y cada vez que oía eso, era como un aguijón tomado por el Señor para amonestar la conciencia de Pablo, al punto que Pablo dice: «*Yo estaba presente cuando Esteban murió, y yo consentía en su muerte, y yo guardaba las ropas de los que iban a martarlo*».

Sin lugar a dudas, Pablo estuvo allí, cuando Esteban, lleno del Espíritu, vio la gloria de Dios y a Jesús sentado a la diestra del Padre, y proclamó: «*Veo la gloria de Dios*». Y esas palabras fueron un aguijón en la conciencia y en el corazón de Pablo, y él fue amonestado por los santos que confesaban así.

¿Quién le enseñó a Esteban a decir esas cosas cuando lo estaban apedreando? ¿Quién le enseñó a decir: «*No les tomes en cuenta este pecado*»? ¿Se imaginan a Saulo, enardecido, enfurecido, escuchando esas palabras? ¿Qué palabras más fuertes para la conciencia de este hombre! ¿Quién se las

enseñó a Esteban? Esteban no estuvo con Jesús. Probablemente se convirtió en el momento en que Pedro predicó. Él estuvo con los apóstoles, y, ¿quién, de los apóstoles, con total seguridad, escuchó a Jesús decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»? ¡Juan!

Juan estuvo a los pies de la cruz, y oyó decir a Jesús: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Esteban, en algún momento, estuvo con Juan, el cual le narró el momento de la cruz. Y cuando Juan narraba esto, Esteban estaba expectante. Y él, bajo la palabra de Juan, comienza a ver al Señor, y ocurre aquello glorioso que Pablo enseña en Corintios: Somos transformados de gloria en gloria, respecto de aquella imagen que vemos.

Entonces Esteban, cuando lo estaban apedreando, no tuvo que recordar una lección, porque la gloria estaba en él. Y cuando Pablo escuchó estas palabras, y las muchas palabras de los santos confesando el nombre de Jesús, y viendo que oraban por los que les perseguían, eso era un aguijón para él.

Hermanos, no nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Hoy día, Dios necesita aguijonear las conciencias de los hombres. Dios necesita amonestar las conciencias y, ¿a quién tiene para hacerlo? ¡A nosotros! A ti y a mí, haciendo el bien, orando, bendiciendo, procurando amar. Así que aquí hay una primera cosa: «Dura cosa te es dar coces contra el aguijón». El aguijón era la vida y palabras de Cristo, manifestadas en los santos.

La visión nos derriba o nos vuelve rebeldes

Hay un segundo aspecto en este momento de la conversión de Saulo. «Y habiendo caído todos nosotros en tierra...» (Hechos 26:14). Cuando leo esta expresión, me acuerdo de Isaías, en el capítulo 6. «Vi yo al Señor... Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey». Cuando podemos ver algo de los cielos, cuando podemos discernir algo de las riquezas de la gloria eterna en Cristo Jesús, algo en nosotros es derribado, algo en nosotros cae.

La visión celestial no nos puede dejar indiferentes. La visión celestial, o nos derriba, o nos rebelamos. Frente a esta visión, Isaías dice: «Mis labios son inmundos», porque no podía expresar con sus labios aquella gloria que estaba presenciando. Entonces dice: «¡Ay de mí! que soy muerto».

Antes que Pedro se convirtiera, Jesús fue a su casa. Aquella noche Simón no había pescado nada. Entonces el Señor le dice: «Boga mar adentro y echa la red». Él era pescador, y estaba seguro que ahí no había peces. Pero cuando Jesús da la palabra, empieza a haber una cantidad enorme de peces. Entonces Pedro empieza a vislumbrar, y empieza a reaccionar frente a eso. Caen de rodillas y dice: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador». ¡Qué dulce el Señor! No le tuvo que decir a Pedro: «Eres un pecador». Bastó que el Señor estuviera junto a él, bastó que Pedro lo escuchara, que viera este

milagro, para que dijera: «¡Este hombre es el Señor!».

Cuando Juan estaba en la isla de Patmos, en el Espíritu, en el día del Señor, y oye la voz del que estaba tras él, nos dice: «...*caí como muerto*». Así que la visión celestial nos derriba, nos hace caer. O nos rebelamos. Y, ¿por qué digo esto? Porque, cuando Pablo está hablando de su conversión ante Agripa, noto a Pablo pesando, viendo qué estaba pasando en el corazón de Agripa. Agripa estaba siendo persuadido por el Señor. Pablo captaba que la obra del Espíritu Santo se estaba empezando a realizar en Agripa, y cuando nota eso, empieza a hablar de esta manera: «*Oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial*». Pablo estaba intuyendo que en el corazón de Agripa estaba subiendo la rebeldía, la tozudez, la dureza de cerviz.

Yo digo que ha sido glorioso estar entre ustedes; pero digo que ha sido espantoso lo que hemos oído en estos días, porque lo que hemos oído nos derriba, o nos hacer ser más altivos. Pero no creamos que lo que hemos oído puede ser indiferente a nuestros corazones. Nuestro corazón es engañoso, más que todas las cosas; y podemos tener altivez y endurecernos frente a la visión celestial.

Pablo dice: «*No fui rebelde*». Lo glorioso de la visión celestial es que, por más glorioso que sea lo que vemos, nos podemos rebelar. Dios no nos va a imponer las cosas a modo de señorío. Nunca lo va a hacer. No lo hizo Jesús. Él llamó a un joven rico, y le dijo: «Ven, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres». Y el joven rico se devolvió, y el Señor le permitió vol-

verse. Eso es glorioso. Cuando nos viene la visión celestial, nos debemos postrar ante el Señor.

Un encuentro con la verdadera autoridad

Hay una tercera cosa que está en Hechos 26:15. «*Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor?*». Fíjense en esta expresión de Pablo. Él no sabía quién era; pero sí supo algo: que era el Señor. No sabía contra quién estaba endureciéndose. No tenía idea. Y en esto, Pablo fue honesto, fue sincero. Pero sí supo algo inmediatamente, que esa luz le rodeó y le hizo caer. Él supo, y tuvo una realidad de que era el Señor.

Jesús sabía lo que iba a ser de Pablo. Le dice a Ananías: «*Vé, porque instrumento escogido me es éste*». Aquí, el mismo Pablo dice: «*He aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo...*». Así que miren lo que le viene a Pablo. Pablo iba a tener una tremenda autoridad. Estuvo en Éfeso como dos años y medio, y toda Asia escuchó la palabra. Y creo que por eso, cuando nosotros nos encontramos con el Señor nos encontramos con su autoridad. En este encuentro de Pablo era vital el tema de la autoridad, y por eso Pablo pregunta: «*¿Quién eres, Señor?*». Dado el servicio que iba a tener, era importante que desde el primer día de su conversión entendiera la naturaleza de la autoridad que hay en el Señor Jesucristo.

Ahora, esta no es una autoridad humana; no tiene absolutamente nada que ver con algún concepto de autoridad que nos fijemos a partir de una experiencia natural. No es la autori-

La autoridad surge del padecimiento, del sacrificio, de la entrega, del servicio, de someterse a la voluntad de Dios.

dad de generales o de capitanes, de gobernadores o de príncipes. Es una autoridad muy distinta, y Pablo la notó inmediatamente; una autoridad que podía ser perseguida por Pablo. Pablo tenía que tener un encuentro claro con esa autoridad. Por eso, la pregunta: «¿Quién eres, Señor?», porque él sabía que se había enfrentado a una autoridad tan distinta. Él sabía lo que era la autoridad; había pedido cartas para ir a Damasco; sabía que era importante ir bajo autoridad. Pero aquí, el Señor le está mostrando una autoridad que no tiene origen en la tierra.

¿Cómo es esa autoridad? En Apocalipsis 5:5, hay una descripción de esta autoridad. «Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos. Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado». ¿Dónde está la mayor expresión de autoridad en los cielos? ¡Un Cordero como inmolado!

La autoridad surge del padecimiento, del sacrificio, de la entrega, del servicio, de someterse a la voluntad de Dios. El lugar de mayor gloria, allí

donde está Aquel que es sobre todo nombre, el que fue exaltado hasta lo sumo, allí donde reside la mayor autoridad, ese poder está en un Cordero como inmolado. ¡Aleluya! Nada tiene que ver con la idea de un capitán o un general, o de un hombre noble. ¡No! Es un Cordero inmolado el que está en medio del trono de Dios, que fue exaltado por el Padre y puesto en el lugar de gloria.

Él es el digno en medio nuestro, es el que tiene autoridad. Por eso hay un canto nuevo en los cielos, que no había antes de que el Cordero subiera: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra».

¡Qué impresionante cuadro! ¡El que tiene más autoridad es un Cordero inmolado! Es uno que me puede decir: «Perdona a tus hermanos». ¿Qué le puedo decir yo al Cordero inmolado? «Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza». ¡Qué impresionante! Esta clase de autoridad fue con la cual Saulo se enfrentó. Y se rindió, se postró, y entregó su vida; perdió todo lo que había que perder y renunció a todo lo que había que renunciar.

La visión de Pablo camino a Damasco tiene un aspecto terrenal asociado con la iglesia local.

Aterrizando la visión



Gonzalo Sepúlveda

«Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial» (Hechos 26:19).

A partir de la experiencia de Pablo, veremos algo de la parte terrenal de la visión celestial, cómo es, qué ocurre, qué efecto produce. Porque esta visión celestial fue vista en la tierra, por un hombre. Haremos algunas referencias al hombre que vio esta visión celestial, Saulo de Tarso, que más tarde fue el apóstol Pablo.

Un contraste en la vida de Saulo

«...Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad ... Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo

soy el primero» (1 Tim. 1:13, 15). Él se define a sí mismo como el primero de los pecadores. Dice que antes había sido blasfemo —un blasfemo es alguien que maldice a Dios—, perseguidor, injuriador.

«Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras»

(Hech. 26:9-11; Este hombre era un verdadero enemigo del Señor!

En la terrible muerte de Esteban, recuerden que el joven Saulo guardaba las ropas de los que lo apedrearon. Debe haber sido un hecho conmovedor. *«Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día hubo gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles. Y hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él. Y Saulo asolaba a la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel»* (Hech. 8:1-3). Era un hombre decidido a destruir la iglesia.

«Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor; vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres y mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén» (9:1-2). ¡Respiraba las amenazas! Tenía tal pasión por lo que hacía, éste era el perfil terrible de Saulo de Tarso.

Veamos brevemente ahora el contraste: *«Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado»* (1 Cor. 9:26-27).

«Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del

evangelio de la gracia de Dios» (Hech. 20:24).

«Entonces Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aún a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús» (Hech. 21:13).

«Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros» (Gál. 4:19-20).

«Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él... No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús» (Fil. 3:7-9,12

Al ver, hermanos, este inmenso contraste, ¿no nos parece que estamos hablando de dos personas distintas? ¿Qué ocurrió a este hombre, que vemos un cambio tan radical? Si alguna vez ocurrió un cambio radical, absoluto, de la oscuridad a la luz, fue el que ocurrió con este hombre.

Este no era un cristiano a medias; después de ser un enemigo absoluto, fue el más fiero defensor de la misma Palabra que antes había perseguido. Este hombre fue absolutamente demolido, absolutamente transformado. Es otro hombre. Oh hermanos, esta es la

voluntad de Dios para todos nosotros. El Señor nos encontró de una manera, pero él quiere hallarnos ahora de otra manera absolutamente distinta.

La causa del cambio: la visión celestial

¿Qué ocurrió? Hermanos, este hecho nos importa, porque es lo que hizo posible que este hombre sea ahora otro hombre. Estamos aquí, reunidos en el nombre del Señor. Está entre nosotros el Espíritu Santo, para actualizarnos las cosas. Ahora, en el año 2005, algunos actores de aquella escena están aquí. Pablo fue lleno del Espíritu Santo. ¿Dónde está el Espíritu Santo hoy? En nosotros. ¿Dónde está el Señor? En nuestro corazón. Está el Padre, está el Hijo y está el Espíritu Santo. De tal manera que los principales actores están presentes aquí hoy, para que esta visión no sea historia, sino una realidad, y nosotros entremos en la realidad de esta visión espiritual.

Yo no quiero historia, hermanos, yo quiero a Cristo hoy. No quiero sólo un relato antiguo; yo necesito a un Cristo vivo hoy, aquí, con nosotros. Entonces, dependamos del Espíritu para oír esta palabra, para que todos pensemos en lo que aconteció. La iglesia estaba sufriendo, muchos hermanos estaban muriendo. Había un hombre terrible atacando a la iglesia. La iglesia gemía. ¿Qué más podían hacer los hermanos? ¿Cómo contrarrestar esto, cómo atajar a Pablo? Seguramente clamaron, oraron. Ellos no podían hacer nada; pero había Alguien que sí podía hacer mucho.

Entonces, el Señor se acerca. ¡Gloria al Señor! Esteban, antes de morir,

dijo: *«He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios»*. El Señor estaba arriba, a la diestra de Dios. Y en el capítulo 9, él mismo está en el camino a Damasco. El Señor vino a defender a su iglesia. Vino el Señor desde su trono, e intervino personalmente. Y Saulo, este hombre furioso que respiraba amenazas, se encuentra con una autoridad absolutamente irresistible. Luz del cielo le rodea, más que el resplandor del sol al mediodía. La luz lo enceguece, y cae a tierra. «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Hermanos, pensemos en esa palabra por un momento. Saulo estaba matando a hombres, mujeres y niños inocentes, y era un enemigo del nombre de Jesús. Lo que según nuestra mente tendría que haber ocurrido aquí es que en ese mismo instante Saulo hubiese muerto. Pero el Señor, con ternura, le dice: «¿Por qué me persigues?».

Saulo cae a tierra. «Dura cosa te es dar coces contra el aguijón». «Estás dando contra un aguijón que te podría destruir». Pero no lo destruye; le habla. Saulo tiembla. Por su mente debe haber pasado: «En un segundo más, desaparezcó». Él había consentido en la muerte de Esteban. Y Esteban dijo: «Veo la gloria de Dios, y al

Nosotros hemos querido sólo obedecer al Señor; pero en la visión celestial, Saulo aprendió que tenía que obedecer a Ananías.

Hijo del Hombre a la diestra de Dios». Y ahora Saulo ve que el que estaba a la diestra de Dios, ahora está hablando con él. Entonces tiembla, temeroso. «Señor, ¿quién eres?». «Yo soy Jesús».

«Señor, ¿qué quieres que haga?». Él era un hombre de acción. Y el Señor le dice que espere. «Levántate, ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas». Saulo queda absolutamente anulado. Me imagino el desconcierto de los que le rodeaban. Su líder, su caudillo, el hombre tan seguro, tan fuerte, tan fiero, ahora está ciego, tienen que tomarlo del brazo y llevarlo a la ciudad. Tres días estubo así; tres días y tres noches. Estos tres días nos hablan de muerte: este hombre murió; la visión celestial lo mató.

¿Hermano, quieres tener la visión celestial? Te costará la vida. Tres días muerto, sin ver nada. Esa fue una misericordia del Señor, para que no hubiese distracciones que le hicieran perder la gloria de esa visión. Solamente se le aparecía en la mente ese impacto de la presencia del Señor, ese resplandor, ese encuentro con la autoridad gloriosa del Señor, y esas palabras: «Vas a ir a los gentiles; eres instrumento escogido; levántate, ponte sobre tus pies...». Esas palabras le dieron vuelta por dentro. «¿Qué va a acontecer? ¿Cómo voy a ir? ¿Qué viene ahora?». Así estubo Saulo.

En Damasco se completa la visión

Pero el Señor siguió trabajando. En esa ciudad vivía Ananías, un discípulo. No era un apóstol; era un discípulo. No se dice nada más de él; era un

discípulo solamente. Pero fíjense, hermanos, lo que se cumple en Ananías.

Saulo está ciego, anonadado por la visión. El Señor le muestra, dentro de esa oscuridad, que vendrá un hombre llamado Ananías. No había forma de comunicación: estas dos personas no se conocían; uno no sabía donde estaba el otro. El Señor los conecta a los dos; le da un sueño a uno, y le da una visión al otro.

Le dice: «Ananías». Y Ananías dice: «Heme aquí». ¿Qué significa eso? Que Ananías y el Señor ya se conocían; había intimidad entre ellos. El Señor le da instrucciones acerca de Saulo, de imponerle las manos para que recobre la vista. Fíjense en las respuestas de Ananías. Ananías no es un 'cumplidor de órdenes', no era un simple siervo. Aquí, Ananías aparece tan cercano al Señor. Le pregunta respetuosamente. «Señor, he oído que este hombre ha hecho males; tiene autoridad, etc. El Señor no lo reprende; escucha a su amigo, a su siervo con el cual tiene intimidad; escucha sus razones, y le explica. Le dice: «No te preocupes, éste me es un instrumento escogido». Se acaba la discusión; Ananías entiende, obedece, va, y se encuentra con Saulo. Pensemos en el encuentro de estos dos hombres. Saulo venía a Damasco a matar a los cristianos, y se encuentra con un cristiano delante. Se supone que ese es un enemigo. Y viene el enemigo, le dice: «Hermano», y le impone las manos. ¡Qué glorioso!

Un siervo del Señor nos decía, hace unos meses atrás, que si Saulo de Tarso, entero como estaba, hubiese puesto las manos sobre Ananías, lo mata.

¡Pero Ananías pone las manos sobre Saulo, y lo bendice!. Recobra la vista y es lleno del Espíritu Santo, y más aun lo llama: «Hermano», lo involucra en la iglesia y se identifica con él.

Hechos 22:13. Aquí está relatando este hecho Saulo en primera persona, y dice: «(Ananías) vino a mí, y acercándose, me dijo: *Hermano Saulo, recibe la vista. Y yo en aquella misma hora recobré la vista y lo miré*». «Recobré la vista y lo miré». Lo miró. Lo primero que vio después de haber quedado ciego por ese encuentro con el Señor de gloria, la primera persona que ve luego que recupera la visión, ¡es a un hermano!

Saulo no tuvo el privilegio de Juan, que vio los ojos del Señor como llama de fuego y Su rostro resplandeciente. Saulo sólo vio el resplandor y escuchó la voz, pero ahora ve un rostro. ¡Qué familiar le parece ese rostro! Es el rostro de un hermano. Vio a Cristo en el camino a Damasco. La mitad de la visión celestial la vio en el camino a Damasco, postrado en tierra. La segunda parte de la visión celestial la vio en Damasco. En la calle llamada Derecha, en casa de Judas, allí se completó la visión. En el camino, vio a un hombre celestial; en la casa de Damasco, a un hombre terrenal. Cristo estaba en el camino a Damasco, y ahora Cristo está en el rostro de ese hermano.

Saulo vio una visión celestial, vio a un hombre celestial. Vio a la Cabeza en el camino de Damasco, y vio el Cuerpo en la ciudad de Damasco. En realidad, se le completó la visión. Cristo es la cabeza, la iglesia es el cuerpo.

La visión celestial es el Cristo glo-

rioso y todopoderoso en las alturas; pero esa es la mitad de la visión. La otra mitad es lo que lo asió a él por dentro, es lo que lo conmovió hasta las entrañas, y lo hizo recorrer muchos lugares y llenarlo todo con el evangelio y trabajar más que todos.

Pablo no sólo vio al Señor arriba en los cielos: también vio al Señor en Ananías, y Ananías representa a la iglesia local en Damasco. En Ananías reconoció la dulzura de esa voz, y en ese rostro vio a su Señor: Cristo formado en Ananías. Un hombre que tenía intimidad y diálogo con el Señor. El Señor pudo utilizar a Ananías para hacer algo que era trascendental en el rumbo de la obra de Dios en esos días.

Oh, hermanos, que el Señor nos permita en estos días recuperar eso. Que el Señor te pueda hablar a ti, un discípulo. Él no sólo va a hablar a los ancianos y a los obreros; el Señor te quiere hablar a ti; él quiere tener intimidad contigo, hermano. El Señor quiere nombrarte, y que tú puedas decir: «Heme aquí». Y que el Señor te pueda mandar a tocar a una persona, y vayas allá en su nombre, usado por él, aun cuando tú le temas a esa persona. Lo invisible se hace visible a través de los hombres: la iglesia.

¡Qué cercano es el Señor! No sólo está en el trono, arriba; está en Damasco. Está ahí, defendiendo su iglesia. Revelándose a un hombre, para que a través de este hombre, nosotros también pudiésemos ver aquella visión celestial. Hermano, ¿va a ser la visión celestial también parte de tu vida de aquí en adelante?

Ser oidor de la Palabra es fácil; ser desobediente a ella también es

fácil. Por eso, Pablo dice: *«No fui rebelde a la visión celestial»*. Es fácil ser rebelde, a pesar de lo que hemos visto. No basta con entender la visión celestial. No basta con ubicarla en la Biblia. El amado hermano Stephen Kaung dijo: «Ver la visión celestial no es suficiente; si ella no se transforma en nuestra vocación, siempre estaremos faltos».

Amado hermano, el Señor quiere tener ganancia. Algunos de nosotros tenemos varios años en esta carrera. ¿Cuánto de esta visión ha ido aumentando, un poco más de Cristo, otro paso más, extendiéndonos a lo que está adelante, y la verdad de Dios, la persona del Señor capturándonos por dentro, llevándonos de gloria en gloria en su misma imagen?

Amados hermanos, ¿cuántos habremos sido desobedientes a la visión de Dios? Dios nos ha mostrado algo, y nosotros hemos insistido en hacer otra cosa, y hemos tomado esto a la ligera, como si no fuese un tesoro. Amado hermano, Saulo tuvo esa visión celestial; vio la Cabeza y vio el cuerpo. Él dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?». El esperaba instrucciones directas de parte del Señor Jesús, pero en cambio se le dice: «Espera, se te va a decir lo que tienes que hacer».

Ese cristianismo que dice: «Yo me las arreglo solo con el Señor. El Señor me habla a mí; yo y el Señor no más. Yo me debo al Señor, no a ustedes». Cuando escuches decir eso, siéntate a esperar, porque no van a pasar muchos días cuando ese supuesto ‘espiritual’ tendrá problemas. Porque el Señor tiene cuerpo. Y él es la Cabeza. Los hombres no somos las cabezas. Él es la cabeza. Saulo

aprendió esta gran lección. Me temo que no todos la hemos aprendido.

Nosotros hemos querido sólo obedecer al Señor; pero en la visión celestial, Saulo aprendió que tenía que obedecer a Ananías. El gran apóstol, que iba a ser enviado a los gentiles hasta lo último de la tierra, tenía que aprender una gran lección de humildad: someterse a un desconocido. Saulo después le impuso las manos a mucha gente. Mucha gente fue sanada, mucha gente fue llena del Espíritu Santo por su intermedio. Pero aquel día un pequeño le impone las manos, y él tiene que sujetarse a las instrucciones de ese pequeño, que le dice: «Levántate, recibe la vista, lava tus pecados, bautízate, recibe el Espíritu Santo». Son órdenes a través del Cuerpo. ¿Nos sujetaremos al cuerpo?

La visión tiene dos partes

Oh, hermanos, la visión celestial tiene dos partes. El Señor inconmovible en los cielos, el Señor glorioso en las alturas, es la primera parte de la visión.

«Pues buscáis una prueba de que habla Cristo en mí, el cual no es débil para con vosotros, sino que es poderoso en vosotros» (2 Corintios 13:3). ¿Qué creemos? ¿Que Cristo es poderoso sólo en las alturas? Indiscutiblemente, el Señor es todopoderoso en los cielos. Toda potestad tiene el Señor en los cielos y en la tierra. Cristo es la cabeza de todo principado y de toda autoridad. Hermanos, si esta es toda tu visión y mi visión, entonces tenemos la mitad de la visión celestial.

¡Cristo es poderoso en nosotros!

Mira cómo se enciende el fuego que está en tu corazón. «*No apaguéis el Espíritu*». Está el Espíritu dentro de nosotros, está Cristo en nosotros. Hermano, Cristo no es débil, Cristo es poderoso en nosotros. En ti mismo, nunca serás poderoso; en nosotros mismos, seremos siempre un vaso de barro. Pero este Cristo poderoso dentro de nosotros va a ir destruyendo todo lo que no es de él, y eso será la iglesia finalmente: una iglesia que tiene una visión gloriosa de su Señor en los cielos, pero también un Señor que poderosamente se va formando en nosotros.

Pablo fue transformado absolutamente, fue asido por dentro cuando vio esta gloria, de que el Señor no sólo iba a habitar en los cielos, sino que también iba a habitar ‘dentro de’. Y él lo comprobó en la iglesia local de Damasco. Que Cristo sea tocado en la iglesia en todo lugar. Para eso, hermano, tú y yo tenemos que ser quebrantados.

La visión celestial le costó la vida entera a Pablo; le costó el desprecio de los judíos. Cuando él hablaba, dijeron: «No conviene que este hombre viva». Sin embargo, él no estimó como preciosa su vida, porque estaba asido, estaba capturado por dentro. Había

como un cable acerado metido por dentro, el Señor tira el cable y lo acerca. «Quiero mostrarte algo más, quiero tenerte más cerca de mí; más cerca, más cerca, hasta que reines conmigo eternamente».

Hemos sido asidos por dentro. Hermano amado, Jesús murió por nosotros en la cruz, fuera de nosotros. Fue sepultado, resucitó y ascendió, y hoy está arriba, en los cielos. Pero él dijo: «Vendré a vosotros». Por el Espíritu Santo, ahora vive dentro de nosotros. Nos salvó una vez y para siempre, afuera. Hermano, no te conformes con la verdad de un Cristo que nos salvó afuera, de un Cristo que está afuera y arriba. Sí, está arriba, pero la segunda parte dice que está aquí.

Cristo está aquí. Estuvo revelándose en el camino de Damasco; pero hoy día está restaurando su iglesia. El Señor está aquí; está tan cerca. Está aquí con nosotros, dentro. No seamos rebeldes a esta visión celestial, hasta que el Señor haya obtenido lo que él quiere: una iglesia gloriosa. Que la visión no sea solamente un *ver*. El *ver* se transforme en *ser*. Que seamos lo que predicamos, un testimonio vivo para el Señor. ¡Gloria a Dios!



El Salón de los Mil Espejos

En el Palacio de Wurtzung hay un salón de vidrio. Lo bautizaron con el nombre de «El Salón de los Mil espejos». Usted entra, y mil manos se extienden para saludarlo, mil sonrisas responden a la suya, mil ojos lloran cuando usted llora; pero todas ellas son sus propias manos, sus propias sonrisas, sus propias lágrimas. ¡Qué descripción del hombre egoísta! El «yo» en todas partes, el «yo» multiplicado, y él se deja engañar.

À Maturidade

La visión del apóstol Juan en días de decadencia.

Cuando se pierde la visión



Rodrigo Abarca

Lectura: Apocalipsis 1:9-20.

En la Palabra del Señor encontramos que la visión celestial es un asunto predominante. Cuando leemos la Biblia, hallamos que muchos hombres tuvieron visiones celestiales. Pero la visión celestial es una sola. Es la visión que viene de lo alto, de Dios mismo. Esa visión es Jesucristo, y es también su iglesia.

Pero no vamos a hablar ahora acerca de la visión en sí, sino de qué ocurre cuando ella se pierde.

En el Antiguo Testamento, en Proverbios, dice: «*Cuando no hay profecía (o visión), el pueblo se desenfrena*». Pero literalmente es «perece». En otras palabras, cuando se pierde la vi-

sión celestial, la iglesia muere ¡Cómo debemos atesorar la visión celestial! Y también, si hemos perdido esa visión, ¡con cuánta dedicación debemos abocarnos a recuperarla!

El tiempo de Juan y la pérdida de la visión

Cuando leemos los primeros capítulos de Apocalipsis nos encontramos precisamente con una situación en que la visión celestial se ha extraviado. El contexto histórico nos sitúa a fines del primer siglo.

La iglesia de fines del primer siglo es muy diferente a la iglesia de los primeros años, la que nació en

Pentecostés y luego creció y se desarrolló en diferentes ciudades y provincias del Imperio Romano. La iglesia del libro de los Hechos está llena de la visión celestial. Está caminando, avanzando y creciendo en Cristo. Pero a fines del primer siglo la situación es diferente.

Cuando Pedro y Pablo murieron en el año 67 d. de C., durante la persecución del emperador Nerón, cae un telón oscuro sobre la historia de la iglesia. Pasarán más o menos 25 ó 30 años, y no sabremos absolutamente nada de lo que le ha ocurrido a la iglesia hasta el momento en que Juan aparece escribiendo el Apocalipsis. Cuando se levanta el telón, a fines del primer siglo, el escenario ha cambiado y la iglesia es distinta.

El mal se ha introducido en la iglesia. Ella está comenzando a caer en la apostasía y en la ruina espiritual. Y Dios, en ese momento preciso de la historia, va a usar un hombre para hablar a la iglesia, no sólo a la de aquel tiempo, sino a toda la iglesia, para todos los tiempos.

Por lo tanto, lo que el apóstol Juan va a decirnos es un mensaje fundamental, un llamado desde el mismo trono de Dios para que la iglesia recupere la visión celestial, pues nos muestra cómo ella se recupera, y también en qué cosas la iglesia tiene que ser restaurada.

Quien escribe es el apóstol Juan. Juan fue uno de los doce discípulos del Señor, aquél que tuvo el privilegio de ser llamado amigo del Señor, aquel discípulo a quien Jesús amaba. Esto no quiere decir que el Señor Jesús no amara a los otros; pero quiere decir

que había entre el Señor y Juan una intimidad mayor que la que había entre él y los demás discípulos.

Fue Juan quien se recostó en el pecho del Señor la noche en que el Señor fue entregado. Fue Juan quien estuvo al pie de la cruz. Ningún apóstol estuvo allí, sólo Juan. Él vio a Jesús clavado en la cruz; él escuchó las palabras del Señor en la cruz.

Este es Juan, testigo de Jesucristo, el más fiel de los discípulos del Señor, aquel que seguía a Jesucristo por dondequiera que él iba. Pedro era más apresurado; más rápido para actuar y para hacer. Pero Juan tenía un entendimiento mayor. Más adelante, durante el tiempo en que la iglesia creció y se desarrolló en Jerusalén, la Escritura dice que Juan llegó a ser una de las columnas de la iglesia en Jerusalén. Pero no sabemos nada más de Juan, excepto que tenía un servicio de mucha importancia allí.

Cuando pasó el tiempo, los apóstoles murieron, y sólo quedó Juan, que era ya un anciano. La iglesia en Jerusalén fue dispersada, porque la ciudad de Jerusalén fue destruida e incendiada por los romanos en el año 70 d. de C. El apóstol Juan se trasladó a vivir a la ciudad de Éfeso, y se estableció en la zona donde Pablo con sus colaboradores había trabajado tantos años.

Pero pasaron los años, y el apóstol Juan fue testigo de cómo Satanás comenzó a atacar a la iglesia, y el mal comenzaba a entrar en ella. Ese mal se disfrazaba de diferentes maneras y tomaba diferentes formas; porque nosotros debemos saber que la iglesia está aquí en la tierra, pero no es de

esta tierra; está en el mundo, pero no es del mundo. Y aquel que es el príncipe de este mundo aborrece a la iglesia del mismo modo en que aborreció al Señor de la iglesia.

El ataque de Satanás contra la visión

Satanás no quiere que la iglesia esté en el mundo; él quiere que la iglesia sea quitada de este mundo. Si pudiera borrarla, si pudiera aniquilarla completamente, él lo haría; pero no puede. Entonces, la ataca y arroja sobre ella todo su poder y astucia para destruirla.

Juan estaba en esas iglesias y empezó a observar cómo Satanás sutilmente trabajaba para destruirlas. Y escribe sus cartas y su evangelio por la misma razón, porque la iglesia ha comenzado a perder su visión de Cristo.

Ustedes recuerdan que él dice en su primera carta: «*Según vosotros oís-teis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos*». Es cierto que Pablo había enseñado a las iglesias que venía el día en que se iba a manifestar el hombre de pecado, el hijo de perdicción, y así les dice Juan: «Ustedes oyeron que el anticristo viene; pero ahora han surgido muchos anticristos», es decir, «no sólo en el tiempo final, sino ahora mismo ese misterio de iniquidad está trabajando para destruir a los santos». Esa era la iglesia del tiempo de Juan. Una iglesia donde los hermanos están mezclados con los que no son hermanos, donde hay lobos disfrazados con pieles de ovejas.

Juan dice: «*Salieron de nosotros*»; no vinieron del mundo. Esa es la obra

del espíritu del anticristo, y no somos inmunes a ella. Siempre, a lo largo de la historia de la iglesia, el misterio de la iniquidad ha estado obrando en las iglesias de Cristo. Y nosotros debemos saber eso, debemos estar prevenidos, como Juan nos dijo.

Satanás estaba trabajando al interior de las iglesias a través de este espíritu del anticristo en dos aspectos. Primero, tergiversando la palabra de Dios, inventando doctrinas, creando falsas enseñanzas, introduciendo herejías, sutilezas y matices falsos sobre Cristo, su persona y su obra.

Pero en segundo lugar, simultáneamente, comenzó a desarrollarse en la iglesia una especie de organización oficial de la autoridad y de las reuniones. Empezaron a surgir cargos oficiales: personas que presidían y que no se conformaban al principio de la vida y del funcionamiento del cuerpo de Cristo. En muchas partes había hombres a quienes les gustaba tener el primer lugar. Nunca hubiera ocurrido tal cosa antes; pero ahora Juan está solo, y ¿qué puede hacer él contra toda la marea de maldad que se abalanza contra de la iglesia?

A veces decimos: «¡Ah, si tuviéramos a Pablo entre nosotros, o a Juan, qué diferentes serían las cosas!». Ponemos nuestros ojos en los siervos de Dios, como si ellos pudieran resolver los problemas de la iglesia. Pero aquí tenemos a Juan, y él no puede detener la marea que viene. Con todo su conocimiento de Cristo, con toda la luz que tiene del Señor, no puede detener lo que viene sobre la iglesia.

Y aún más, en el año 90 ó 95, otro mal se añade: el Imperio Romano.

Hasta entonces, el imperio ha permanecido más o menos indiferente a la existencia de la iglesia. Nerón persiguió a los hermanos en Roma, pero fue una persecución aislada, y sólo en Roma, el año 67. Pero ahora surge un emperador llamado Domiciano, y a éste se le ocurre —ustedes ya saben quién pone esa idea en su mente— que él debe ser adorado como un dios, para contribuir a la unidad del imperio. Y aquellos que no le adoran son traidores al imperio y deben morir. De este modo empieza la persecución. Los hermanos, por supuesto, se niegan a adorarlo, y son entregados por miles a la muerte.

Por tanto, además de la debilidad interna en que está la iglesia, viene este ataque terrible desde afuera. Ningún reino de este mundo había podido resistir a las legiones romanas, y ahora Roma va a volcar todo su poder con el fin de aniquilar a la iglesia de Jesucristo. Vean ustedes la condición de la iglesia a fines del primer siglo. Todo es diferente. En su época, Pablo, para salvarse de los griegos y de los judíos, decía: «Yo soy ciudadano romano». Pero ahora Roma persigue a los santos, y los mata.

La situación de Juan y su sufrimiento por la visión

En ese tiempo, Juan es tomado

Así comienza la recuperación de la visión celestial. Miremos al cielo y veamos quién es nuestro Señor.

cautivo y enviado a Patmos, una pequeña isla en medio del mar Egeo, entre Grecia y Asia Menor. Es un promontorio rocoso, seco, una isla de desierto. Ahora, hermanos, ¿pueden darse cuenta de lo que siente el corazón del apóstol; de su impotencia al ver lo que le ocurre a la iglesia, conociendo los males que la atacan, y sabiendo que los hermanos son perseguidos y entregados a muerte? Y él está encerrado allí, atado de pies y manos. ¡Ah, si al menos pudiera estar con los hermanos y consolarlos y animarlos con su palabra y con su ejemplo!

Esta es una lección para nosotros. ¿Por qué creen ustedes que el Señor permite que su siervo Juan esté en una isla solo y sin poder hacer nada? Porque los siervos de Dios ciertamente son usados por Dios para bendecir a la iglesia; pero ellos son a la vez impotentes para hacer nada por ella.

El encierro de Juan en Patmos representa, por un lado, esa impotencia, aun de los siervos más grandes, para hacer nada por la iglesia. Pero, por otro lado, Dios tiene a su siervo Juan en la tierra. Piensen ustedes, en Juan, con toda esa carga, pensando en que sus «hijitos» están siendo martirizados, pensando en que este hermano va a perder la fe, aquel otro hermano va a ser confundido...

Y en ese momento, en su absoluta incapacidad, hace lo único que un hombre puede hacer en esa situación: vuelve sus ojos al Señor. Porque, aunque él no puede hacer nada, ¡el Señor sí puede! Así que Juan, una vez más, vuelve sus ojos a aquel que reina sobre todos los reyes y es Señor de todos los señores. Y ora. «*Yo estaba en*

el Espíritu...». ¡Está orando!

A veces pensamos que si no estamos haciendo cosas, no estamos sirviendo a Dios. Pero su siervo Juan está cumpliendo el más alto de los ministerios que un hombre puede cumplir en la tierra; y no es predicar ni enseñar, ¡es orar! Dios necesita que Juan esté en la isla para que por un lado no haga nada, y por otro, para que lo haga todo... orando.

Y Juan dice: «*Yo Juan, vuestro hermano*». No se pone en una posición diferente a la nuestra. «*Yo soy como todos ustedes, y ustedes son como yo, copartícipes en el reino, en la tribulación y en la paciencia de Jesucristo*». Así que podemos hacer lo que hace Juan, y obtener las respuestas que él obtiene, porque él es nuestro hermano, como todos los que soportan en su corazón la tribulación; no la tribulación por uno mismo, o por las circunstancias de la vida, sino la tribulación por causa de Jesucristo.

Ahora, amados hermanos, quizás podamos dar un paso más adelante, e imaginar cómo estaba orando Juan. Tal vez estaba orando con su vista vuelta hacia Asia Menor. Su oración llevaba la carga de un corazón que conoce, que entiende y sufre por las iglesias de Dios. Por eso oraba, y por eso el Señor le responde.

La respuesta del Señor y la restauración de la visión

Y entonces dice: «*Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete*

iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea».

Esta es la respuesta del Señor para Juan. Él ora por las iglesias de Asia, y el Señor le responde: «*Yo soy el primero y el último*». ¿Por qué dice esto el Señor? Porque Juan está mirando hacia adelante. Un hombre con discernimiento, con visión del Señor, puede ver lo que va a ocurrir. Y él está afligido, pensando en lo que va a ocurrir, pues sabe que va a morir pronto, y, ¿qué va a ser de la iglesia cuando todo el poder de Roma se vuelque para destruirla, y cuando el espíritu del anticristo introduzca más y más herejías en ella? ¿Cómo va a sobrevivir? ¿Quién la va a salvar?

Y el Señor le dice: «*Juan, yo soy el primero y el último*. Todos los imperios de este mundo van a perecer, todas las herejías van a terminar, pero yo vivo para siempre. Cuando todo haya terminado, ahí estaré yo. Porque yo soy el último, yo digo la última palabra. Nadie antes que mí, nadie después de mí. Yo el primero; yo el postrero; yo, él mismo que estuvo al principio, yo también en lo postrero».

Así comienza la recuperación de la visión celestial. Miremos al cielo y veamos quién es nuestro Señor. Él no está sujeto al tiempo; el tiempo se estrella contra el Señor como un río contra una roca, pero no lo conmueve. La historia entera del mundo no puede mover al Señor. Él es el primero y él es el postrero. Las cosas pueden cambiar en la tierra, pero nunca cambian al Señor que está en los cielos.

«Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo». «Me volví». Sucede, hermanos que, cuando estamos en una tribulación, nuestros ojos están tan fijos en la situación que nos agobia y no podemos ver otra cosa. Y Juan estaba allí con sus ojos fijos en las iglesias. Entonces, el Señor le habla. Pero el Señor no está donde está el problema; el Señor está fuera del problema, está detrás de Juan.

¿Por qué le habla desde atrás? Porque necesita que Juan salga del problema, quite su atención de éste y se vuelva hacia el Señor. El secreto es sacar la mirada de lo que nos aflige, y volver la mirada hacia él.

Entonces dice: «*Me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre*». Ustedes recuerdan que dijimos que nadie conoció tan íntimamente al Señor como Juan. Pero ahora, aquel que aparece ante los ojos de Juan, siendo el mismo, es diferente, porque ha sido resucitado y glorificado. Y ahora se presenta ante Juan con toda la gloria que ha recibido de Dios. Ya no es más el carpintero de Nazaret, ahora es Rey de reyes y Señor de señores.

En su evangelio, Juan sintetiza toda la experiencia de sus tres años con el Señor con estas palabras: «*Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*». El Señor reveló su gloria en aquellos años; pero la gloria del Señor en esos años estaba escondida bajo el velo de su humanidad. La humanidad del Señor hacía posible que ellos lo tocaran. Pero, ahora, su glo-

ria se ha manifestado en toda su plenitud.

«*Vi a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro* – lo que representa su sacerdocio–. *Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve...*». El cabello blanco representa un atributo de Dios. Cuando leemos Daniel capítulo 7, encontramos al Anciano de días, que es el Padre, cuyos cabellos son blancos como lana blanca. Eso significa eternidad. Una antigüedad sin principio, una duración sin final. Sólo Dios es eterno; y nuestro Señor es Dios, y es eterno.

«*...sus ojos como llama de fuego...*». Cuando uno se acercaba al Señor en sus días de la tierra, sus ojos eran tiernos y dulces. Pero ahora sus ojos son como llama de fuego. Si miras a sus ojos –y debemos mirarlos– ellos traspasan los más íntimos pensamientos de tu corazón, ven a través de ti como a través de un cristal. Él conoce todo, lo ve todo.

Es la respuesta, recuerden, a la iglesia que está llena de confusión y apariencias... pero el Señor tiene ojos como llama de fuego. Hay algunos que se hacen pasar por hermanos, y no son hermanos; hay otros que, siendo hermanos, están viviendo vidas ocultas y de pecado; pero recuerde: el Señor tiene ojos como llama de fuego.

«*...y sus pies semejantes al bronce bruñido...*». El bronce, en la Escritura, representa el juicio de Dios. Los pies pisan, juzgan, aplastan. Pero los pies del Señor no son para pisotear a la iglesia; son para pisotear a

Satanás y sus huestes de maldad; para pisotear al pecado, al mundo, a la carne. Son pies de bronce, que nos defienden y juzgan a nuestros enemigos, porque él pisa el lagar de la ira de Dios.

«...y su voz como estruendo de muchas aguas...». Cuando el Señor estaba en la tierra, sus palabras eran con autoridad; pero eran palabras con un sonido como el de nuestras palabras. Sin embargo, ahora son como el estruendo de muchas aguas. ¿Quién puede oír esa voz que truenas desde los cielos? Esto significa autoridad y poder para conmovir todas las cosas. Por su palabra fueron hechos los cielos y la tierra, y un día, por su palabra, serán deshechos los cielos y la tierra. ¡Él es la todopoderosa palabra eterna de Dios!

«Tenía en su diestra siete estrellas...». Las estrellas, se nos dice inmediatamente, representan a los ángeles de las siete iglesias. Esto quiere decir que el ministerio de los ministros de la palabra está en las manos del Señor. Él es quien da apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros a la iglesia.

Significa que cualquiera que sea el tiempo que la iglesia esté viviendo, nunca faltará la palabra de Dios; pues éstos son los dones de Cristo para la iglesia. Aún en los tiempos de mayor oscuridad en la historia de la iglesia, hubo hombres que se levantaron y dijeron: «Así ha dicho el Señor...». Él tiene las estrellas en su diestra. En su mano derecha están los ministerios que edifican la iglesia. ¡Gracias al Señor por eso!

«...de su boca salía una espada

aguda de dos filos...». Es la palabra de Dios que sale de su boca. Con esa palabra, el Señor edifica a su iglesia. Por eso, las estrellas y la espada están juntas. Las estrellas son los medios; la espada, aquello que va a ser comunicado por medio de las estrellas. No es la palabra de Dios en términos de 'la Biblia'. La Escritura es el registro inspirado de la palabra que salió de la boca del Señor. Pero esta es una palabra viva que debe estar actuando en la iglesia, partiendo el alma y el espíritu, separando la paja y el trigo, poniendo a un lado lo de Cristo y a otro lado lo del hombre; dividiendo lo del alma y lo del espíritu, para trazar el rumbo de la obra de Dios en la iglesia. Es la palabra de Dios gobernando la iglesia.

«...y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza». Como el sol de mediodía. El brillo del sol va modificando su intensidad a medida que va ascendiendo en el cielo, y cuando llega al cenit resplandece en su fuerza. Así es el Señor Jesucristo. Los querubines y los serafines ponen sus alas delante de su rostro para esconderlo del rostro de Aquel que se sienta en el trono. ¡Es el rostro de la gloria del Señor resucitado, la lumbrera que alumbró la ciudad eterna, la fuente de toda luz por los siglos de los siglos!

¿Quiere luz? ¡La luz está en él! Cuando haya llegado la oscuridad, y todas las luces se hayan apagado, recuerde: ¡el rostro del Señor nunca se apaga!

Y dice Juan: «Cuando le vi, caí como muerto a sus pies». Nadie conocía tan íntimamente al Señor como él. Pero ahora, cuando ve al Señor en su gloria celestial y eterna, manifestada

en toda su potencia, cae como muerto. Porque, cuando la gloria del Señor se revela, ella trae la muerte a todo lo meramente humano y terrenal.

Algunos hermanos dicen: «Yo vi al Señor», y está bien. Pero, si se les pregunta: «Hermano, ¿qué sucedió?», responden: «Me llené de gozo, fue algo emocionante». Es cierto; cuando vemos al Señor, nos llenamos de alegría. Pero cuando vemos su gloria, lo primero que nos llega no es la alegría; es la muerte. Porque la gloria del Señor revela nuestra condición. Cuando nos vemos en su luz, queda revelada nuestra debilidad de barro y polvo. Por eso quedamos ciegos, desnudos y caemos muertos.

¿Queremos ver al Señor? ¡Ése es el precio! A veces hablamos con tanta liviandad de ver al Señor; pero quienes le han visto, han caído como muertos a sus pies. Pero, el Señor puso su diestra sobre Juan. Me imagino que cuando Juan sintió la mano del Señor, recordó que esa misma mano se había posado tantas veces sobre su cabeza. Porque el Señor no ha cambiado. Aunque está lleno de gloria, todavía está lleno de amor hacia los suyos. Por ello, el Señor se inclinó, tomó a Juan desde el suelo, y tiernamente lo levantó otra vez y lo puso de pie.

Luego que el Señor le pone la mano encima, le dice: «*No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto*—Como tú estás muerto ahora, Juan, yo también estuve muerto— *más he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén*». Él no sólo es el Señor de la gloria, sino que es el Señor resucitado. La vida que el Señor tiene es una vida que ha vencido a

la muerte. Él estuvo un día en la cruz, enfrentó los poderes de la muerte y estuvo muerto, pero ahora vive. Y tiene una vida indestructible.

Amados hermanos, el más grande de los poderes que amenaza a la iglesia es el poder de la muerte. Si hay una palabra que puede resumir toda la obra que Satanás hace en contra de la iglesia, esa es la palabra muerte. Muerte espiritual, muerte física, muerte en todas sus formas y sentidos. ¡Pero el Señor es la resurrección y la vida! «...*el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos*»—es decir, «porque yo vivo, mi iglesia también vive; la muerte no puede vencerla, porque yo tengo las llaves de la muerte y del Hades».

¡No, la iglesia no será derrotada por la muerte, ni por Satanás, porque el que vive en la iglesia vive para siempre! Este es el Señor de la iglesia. ¡Bendito sea Él! Pues él dijo: «El que en mí cree, aunque esté muerto, vivirá».

Las iglesias son restauradas si se conforman a la visión

Por ello le dice a la Iglesia en Sardis «Tienes nombre de que vives, pero estás muerta. Hubo un tiempo en que estabas viva, pero hoy sólo queda el recuerdo de que estabas viva. Un día fuiste una obra de Dios. Pero, ¿qué le dice el Señor a la iglesia en Sardis? «Yo soy el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas». Quiere decir, el que está lleno de la vida del Espíritu de Dios para dar vida a los muertos. «Tú estás muerta, pero yo vivo».

Y a Éfeso le dice: «*Has dejado tu primer amor*». Esa es la verdad. «Pero

yo soy el que camino en medio de los candeleros; yo soy el centro, el amado, el corazón de la iglesia. Vuélvete a mí, y encontrarás tu primer amor».

A Pérgamo le dice: *«El que tiene la espada aguda de dos filos»*. Pérgamo está llena de doctrinas falsas, de enseñanzas mentirosas. Pues bien, para esas enseñanzas, la respuesta no son doctrinas ni más enseñanzas, sino la espada aguda que sale de la boca del Señor, la espada que puede desbaratar todas las mentiras del maligno.

Para Tiatira: *«El que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido»*. Tiatira tenía pecados ocultos. Vivían vidas ocultas, aparentaban una cosa, pero vivían otra. Una mujer, Jezabel, les enseñaba a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Lo hacían en secreto, y nadie lo sabía. Nadie, excepto el que tiene ojos como llama de fuego. Y él dice: *«Yo soy el que juzgo y castigo a las iglesias»*. No nosotros, hermanos. Ah, pero él puede cambiarlo todo, porque él es el Señor de la iglesia.

Por último, a Laodicea, el Hijo de Dios le dice: *«El Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios»*. Laodicea decía tener el testimonio, y estar llena del conocimiento del Señor. Pretendía estar llena de riquezas y sabiduría de Dios y de luz espiritual. Pero no. Estaba llena de sí misma, de vanidad, y de un conocimiento exterior y vano; no había realidad en ella. Por eso, *«el Hijo de Dios, el testigo fiel y verdadero»*,

es decir, aquel en quien no hay ninguna separación entre lo que dice y lo que hace, lo que habla y lo que es.

Lo que el Señor les muestra a las iglesias es que la solución para su situación —cualquiera que ella sea—, es la visión de él mismo. Porque Cristo es la vida y el todo de la iglesia. Dios había revelado al apóstol Pablo que la iglesia es Cristo sobre la tierra. Si ella pierde la visión celestial, pierde entonces la visión de Cristo. Y, luego, tras perder la visión de Cristo, la iglesia se deforma; pierde su contenido y su esencia... y muere.

Entonces, ¿cuál es la solución? Una visión renovada de todo lo que es Cristo el Señor. Porque lo que vio Juan —la visión de Cristo— luego se aplica a cada iglesia en sus diferentes aspectos. Un aspecto de Cristo sirve para resolver el problema de Laodicea, y otro aspecto de Cristo sirve para resolver el problema de Pérgamo, y aún otro, para el problema de Éfeso. ¿Se da cuenta? Pues es Cristo quién resuelve el problema de las iglesias.

Y, finalmente, recuerden: *«Yo soy el que camino en medio de las iglesias»*. No son los hombres quienes gobiernan, edifican, cuidan, sustentan, mantienen y llevan adelante a las iglesias: es el Señor. ¡Es el Señor, sólo el Señor, y nada más que el Señor! Juan puede estar lejos, Pedro puede morir, Pablo puede faltar; ¡pero nunca faltará el Señor de la iglesia! Y, porque él vive, la iglesia vivirá también.

El doble aspecto del sacerdocio de Cristo.



El sacerdocio de Cristo

César Albino

Lectura: Isaías 6:1-3; Apocalipsis 1:9-13.

La visión de Isaías presenta al Señor Jesucristo en su realeza y en su sacerdocio. Cada vez que la Escritura, sea en el Antiguo o en el Nuevo Testamento, presenta al Señor Jesucristo vestido hasta los pies, lo está mostrando como el gran sumo sacerdote. Y cada vez que le vemos con un cinto ceñido a su pecho, muestra su realeza. Jesucristo es el gran sumo sacerdote a la diestra de Dios, y también es el Rey de reyes y Señor de señores.

El sumo sacerdote intercediendo a la diestra de Dios

En este pasaje de Isaías, el Espíritu Santo está revelando al Señor Jesu-

cristo en esta perspectiva: como aquel que fue hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Melquisedec es aquel que no tiene principio de días ni fin de vida. ¡Bendito sea nuestro gran sumo sacerdote, a la diestra de Dios, intercediendo por nosotros!

En medio de todo lo sublime, en medio del gran trono donde hay serafines, donde la voz angelical se pasea, es tan grande la gloria. Allí, a la diestra de Dios, ¡hay un Hombre! No sé si nos alcanzamos a dar cuenta: En medio de la gloria, de lo sublime, ¡hay un Hombre! No hay un ángel glorificado, ¡hay un Hombre! ¡Hay un Hombre a la diestra de Dios!

Entró por nosotros como precursor, se nos adelantó. Como representante legal, está allí, a la diestra de Dios, cumpliendo una función maravillosa. «*Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados*», dice Hebreos 1, «*se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*». No está allí sólo para ser adorado y bendecido por los ángeles, o para ser aplaudido como el Rey de reyes y Señor de señores. La misión gloriosa que está cumpliendo nuestro gran sumo sacerdote es interceder día y noche por nosotros.

Isaías muestra a Jesús como el sumo sacerdote, el que intercede. En Hebreos se nos dice que vive para interceder, queriendo decir con esta expresión que no descansa, día y noche, velando, favoreciendo a cada uno de nosotros en particular y a su pueblo en general. «*Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos*» (Heb. 8:1). La expresión 'tal' quiere decir algo más que 'grande', más que 'bueno'. La palabra 'tal' significa que no tiene límite; no existe una expresión más grande. Tal sumo sacerdote tenemos, a la diestra de Dios, intercediendo por nosotros. No tiene necesidad de expiar sus pecados, como lo hacían los sacerdotes antiguos. También dice que entró con su propia sangre, de tal manera que no se compara con ninguno de los sumos sacerdotes que existieron jamás en la historia del pueblo de Israel. A éste, lo califica la Escritura, el Espíritu Santo, como «*tal sumo sacerdote*». Es grande, es glorioso, es eterno.

«*Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos*» (Heb. 7:22-26).

«*Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo*» (Heb. 2:17).

«*Debía ser en todo semejante a sus hermanos...*». Cuando él anduvo en la tierra, desde que nació hasta que fue crucificado, vivió una vida llena de padecimientos, de persecución, de insultos y de vituperios. Él conoce muy bien a sus hermanos, él sabe lo que es ser tentado, él sabe que la vida no es fácil aquí. Y él sabía que nos iban a menospreciar y a vituperar por causa de su nombre.

«*Debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere*». Sean consolados vuestros corazones. Esa tristeza que tú estás viviendo, ese dolor que estás enfrentando, esa tribulación que estás padeciendo, esas heridas de tu alma que aún no están sanadas, el sumo sacerdote las conoce muy bien. Y ¿sabes por qué, a pesar de las tribulaciones, de las tentaciones y de las debilidades que tene-

mos, aún estamos en pie? Es porque él no se duerme, porque él aboga tu causa día y noche. No creas que es por tu fidelidad y tu espiritualidad que estás en pie; es porque él está a la diestra de Dios, intercediendo por nosotros. No es porque eres más santo que otro; es porque él está abogando tu causa. Cuando tú duermes, él no se duerme. Si te acostaste angustiado por una situación particular, él no duerme. Mientras tú duermes, él está velando, para que los espíritus malignos no se enseñoreen de tu alma. Él está guardándonos, está escondiéndonos, está ayudándonos. Nos está amando.

Sobre sus hombros y en su pecho

Hay una figura del sumo sacerdote en Éxodo 28. Allí se nos revela al Señor Jesucristo como sacerdote, con su vestidura, su túnica, el pectoral, la mitra, la lámina que llevaba sobre su cabeza, el cinto. Hay aquí una riqueza muy grande. No es el momento para describir y dar una explicación espiritual de cada aspecto. Quisiera detenerme en las piedras preciosas que llevaba el sumo sacerdote cuando ministraba. Sobre sus hombros llevaba dos piedras diferentes en color y en clase, una a cada lado. En ellas estaban grabados los nombres de las tribus de Israel. En el pectoral tenía doce piedras preciosas: esmeralda, carbuncho, ágata, ónice, etc., diferentes en hermosura y calidad.

¿Qué significan las piedras sobre el hombro y las piedras sobre su pecho? Las piedras sobre su hombro, prefiguraban que nuestro Señor Jesucristo, nuestro gran sumo sacerdote, nos sostendría en sus hombros con

responsabilidad. Él nos está afirmando, para que nosotros no tropecemos y caigamos. Estamos sostenidos por su mano poderosa, por su brazo omnipotente. ¿Y las piedras en el pectoral? Que no sólo nos tiene en su mente, sino que también nos tiene muy cerca de su corazón. Nos ama de tal manera que cada uno de nuestros nombres en particular está en su corazón.

Si conoce por su nombre a cada una de las estrellas, ¿acaso no conocerá nuestros nombres? Él nos tiene en su corazón. De tal manera que si has sido consolado, es porque nos tiene muy cerca, o cuando nos dice: «No temas, yo estoy por tí; no temas, yo estoy contigo, no tengas temor a nada». ¿Estamos viviendo problemas, conflictos, tristezas profundas, situaciones difíciles? Les aliento, y aliento mi corazón: Tenemos tal sumo sacerdote a la diestra de Dios, intercediendo, viviendo para interceder. Me gusta más esta expresión: él vive para interceder por nosotros. De tal manera que estamos en pie por su fuerza, porque él se ha hecho responsable de nosotros, y porque nos tiene también en su corazón.

El sumo sacerdote en medio de las iglesias

Hemos visto al Señor Jesucristo en la visión de Isaías 6, desde la perspectiva del sumo sacerdote. Ahora, veamos cómo lo muestra Apocalipsis 1:9-13. Aquí también Juan lo muestra como sumo sacerdote, pero en época y en lugar diferentes. Isaías 6:1-3 lo muestra en un trono alto y sublime. Aquí, lo vemos en medio de los candeleros, confirmando su presencia,

pese a las debilidades que las iglesias tienen. Miremos, entonces, en el Antiguo Testamento, la figura de este sacerdote.

«Y mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas, para el alumbrado, para hacer arder continuamente las lámparas. En el tabernáculo de reunión... las pondrá en orden Aarón y sus hijos para que ardan delante de Jehová desde la tarde hasta la mañana, como estatuto perpetuo de los hijos de Israel por sus generaciones». (Éxodo 27:20-21).

Para entender cuál es su misión en medio de los candeleros hoy, debemos recordar que, en el Antiguo Pacto, en el tabernáculo o en el templo, el sacerdote tenía la misión de hacer arder continuamente las lámparas o candeleros desde la tarde hasta la mañana, para lo cual necesitaba aceite puro de oliva. Así hacía todas las tardes, agregando aceite, encendiendo las lámparas. También, con un utensilio llamado despabiladera, después de apagar las lámparas, cortaba el resto del pábilo quemado y seco, para que al encenderla otra vez no saliera humo y no diera mal olor. Así el lugar permanecía siempre luminoso y limpio.

Esta figura nos da una maravillosa claridad respecto a lo que hoy hace nuestro gran sumo sacerdote en medio de las iglesias. Así como en la visión de Isaías lo vemos en el trono intercediendo sin cesar, aquí en medio de la iglesia él está proveyéndonos de su Espíritu a cada instante. Es por eso que, por su Espíritu podemos dar tes-

timonio de nuestra fe. Él está aquí con nosotros, hablándonos... *«Y me volví para ver al que hablaba conmigo...»* (Ap. 1:12). Está encendiendo nuestros corazones, para amarle, servirle, adorarle; cada día cuidándonos, alimentándonos, alentándonos, sanando nuestras heridas con su aceite fresco.

Pero también, con la despabiladera, nos está disciplinando; está corrigiendo lo defectuoso, todo lo que es de nuestra antigua naturaleza —la carne con sus pasiones y deseos—, quitando todo lo que no sirve. Así que, si alguno está padeciendo alguna disciplina, sepa que el que está en medio de los candeleros, está corrigiendo algo que le estorba en su propósito, para limpiarnos de nuestra justicia propia, y dejando lo nuevo, para que alumbremos claramente y demos un grato olor a Cristo, de vida y no de muerte.

Así pregunto: ¿Puedes ver ahora a Jesús paseándose en medio de los candeleros? *«Donde hay dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo».* ¿Puedes ver en este instante que el gran sumo sacerdote está aquí en medio nuestro? ¿Puedes verlo y extasiarte hasta las alturas, y verlo allá también, sublime, a la diestra de Dios, omnipresente, omnisciente? Está allá, y está aquí. ¡Bendito sea el Señor!

Demos gracias al Señor, al gran sumo sacerdote, y digámosle que se pasee en medio de nosotros, para que corrija lo defectuoso, para que instale su vida, su ministración y su edificación. ¡Bendito sea el Señor Jesucristo!

EN LA RUEDA DEL ALFARERO

Un pedazo de barro sin forma se encontraba en la rueda del alfarero. Él se alegraba por estar en las manos de alguien tan hábil y poderoso, para ser moldeado en un vaso de honra. Pero en el momento en que la rueda comenzó a girar, el barro se sintió desmayar, y cuando fue tocado por la mano clamó con angustia. Él se olvidó que aún el más ingenioso alfarero necesita de una rueda, y que la mano toca apenas el molde. La rueda paró finalmente, y el gran artista afirmó: «Está perfecto». El barro era ahora un vaso gracioso y bello en sus formas. El suspiró contento: «El Maestro dice que soy perfecto».

Después de dejarlo por algún tiempo en el estante, el alfarero lo tomó de nuevo y le dijo a un criado: «Ten cuidado con él, porque es perfecto». El criado lo tomó, lo cubrió con una tosca vasija y lo puso en el horno. A medida que aumentaba el calor, el vaso gritaba en agonía. «El Maestro dijo que yo era perfecto, y ordenó que me cuidasen; sin embargo, fui puesto en este calor terrible». El fuego finalmente terminó su trabajo y el vaso estaba de nuevo delante del Maestro. Ya no había peligro de que el toque de algún dedo pudiese dejar su impresión, inutilizando el trabajo. Él miró el vaso con ojo crítico y repitió: «Está perfecto».

El vaso no estaba, sin embargo, completo. Ahora fue cubierto de esmalte, y fue nuevamente colocado en el horno. Allí con desesperación quedó pensando cuándo los dolorosos procesos terminarían. ¡Cuando fue retirado del horno brillaba con el fulgor de un blanco absoluto! El Maestro lo contempló, diciendo: «¡Está perfecto!». Entonces comenzó a pintarlo, y el vaso se entristeció porque su blancura quedaría manchada. De nuevo fue sometido al fuego, hasta que el trabajo del Maestro quedase grabado en él para siempre. Entonces dijo de nuevo el alfarero: «¡Está perfecto!». El vaso se alegró otra vez, a pesar del recelo de tantas decepciones, esperando que sus pruebas ya hubiesen terminado.

El alfarero trazó entonces unas líneas y diseños sobre él, en un tono oscuro y sombrío, que parecieron arruinar todo lo que había hecho antes. Una vez más el vaso fue puesto en el horno, y esta vez el calor fue aún mayor y el proceso más largo que el anterior. Finalmente, fue sacado del fuego y puesto delante del Maestro. ¡Las líneas oscuras tenían ahora el color del oro! El Señor lo examinó con una sonrisa graciosa, y con satisfacción dijo: «¡Está terminado! ¡Está perfecto!».

Lo puso entonces en un lugar destacado en su propio palacio, y muchos lo contemplaron. Al hacer eso, daban honra y gloria al Maestro, que había hecho tan bella obra

La mayor necesidad de este tiempo es de visión espiritual.

Necesidad de visión espiritual



T. Austin-Sparks

Lecturas: Núm. 22: 31; 24: 3b y 4b; Mr. 10: 46, 51, 52; Mr. 8: 23-25; Jn. 9: 1, 7, 25; Ef. 1: 1 7, 18; Apoc. 3: 18; Hech. 26: 18.

Cuando contemplamos el estado de cosas en el mundo de hoy, nos impresiona y nos oprime profundamente la persistente enfermedad de la ceguera espiritual. Es la enfermedad esencial de nuestro tiempo. No andaremos muy descaminados si decimos que la mayoría de los problemas que padece el mundo, si no todos, pueden trazarse hasta la misma raíz: ceguera¹. Las masas están ciegas; no hay duda de ello. En días que se suponen de iluminación sin igual, las

masas están ciegas. Los dirigentes están ciegos, ciegos guías de ciegos. Pero en gran medida lo mismo es cierto en relación al pueblo de Dios. Generalmente hablando, los cristianos en el día de hoy están muy ciegos.

Un examen general del terreno de la ceguera espiritual

Los textos que acabamos de leer cubren una buena medida, sino todo el terreno de la ceguera espiritual. Comenzamos con aquellos que nunca han visto, los que han nacido ciegos.

Luego están aquellos que han recibido visión, pero no ven ni dema-

¹ Este mensaje fue impartido en 1942, durante la Segunda Guerra Mundial.

siado ni con mucha claridad - «Hombres como árboles que andan» – pero que llegarán a ver más perfectamente mediante una posterior obra de gracia.

Luego están los que tienen una clara y verdadera visión, pero para quienes aún queda una gran región de los pensamientos y propósitos de Dios en la oscuridad, esperando una obra más completa del Espíritu Santo. «*Para que os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos...*» Estas palabras se dirigen a personas que tienen la facultad de la visión, pero para quienes la mencionada región de significado divino aún espera una obra más completa del Espíritu Santo en el ámbito de la visión espiritual.

Después, de nuevo, tenemos a los que han visto y han seguido, pero que han perdido visión espiritual. Visión que una vez poseyeron pero que ahora perdieron, y con un fatal factor añadido: creen que ven y están ciegos a su propia ceguera. Esta era la tragedia de Laodicea.

La ceguera causada por la búsqueda de ganancia personal

Luego están esas dos clases representadas por Balaam y Saulo de Tarso, que hemos citado. Balaam cegado por la ganancia o la perspectiva de ganancia. Estando tan poseído con la cuestión de ganancias y pérdidas como

para estar ciego en cuanto a los grandes pensamientos y propósitos de Dios, sin ver al Señor mismo en el camino y llegando casi al punto de quedar postrado en él. El texto es muy claro en este punto. Balaam no vio al Señor hasta que el mismo Señor abrió sus ojos y entonces le vio. «El ángel del Señor». Esta es la manera en que el texto lo expresa. No tengo apenas dudas de que se trata del mismo Señor. Después vio. Más tarde Balaam hizo esta doble declaración sobre el asunto – «El hombre de ojos abiertos, caído pero abiertos sus ojos». Este es Balaam, un hombre cegado por consideraciones de carácter personal, de naturaleza personal, consideraciones sobre cómo le afectarían a él las cosas. Y qué cegadoras son este tipo de consideraciones cuando tratamos con asuntos espirituales. En el momento en que tú o yo nos detengamos en esta pregunta (¿cómo me afectaría a mí tal o cual cosa?) estamos en un grave peligro. Si alguna vez, por un momento permitimos que nos influyan cuestiones como: ¿Cómo me afectará tal cosa? o ¿Cuánto me costará esto? ¿Qué voy a ganar o perder a través de esto? Este es un momento en que la oscuridad puede muy bien tomar posesión de nuestros corazones, y andaremos en el camino de Balaam.

La ceguera causada por el celo religioso

Por otra parte tenemos a Saulo de Tarso. No hay ninguna duda sobre su ceguera. La suya era la ceguera de su mismo celo religioso, su celo por Dios, su celo por la tradición, su celo por la religión histórica, su celo por lo esta-

blecido y aceptado en el mundo religioso. Era un celo ciego acerca de lo cual más adelante tuvo que decir: «*Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret*» (Hch. 26:9). «Había creído mi deber.» Que tremendo giro tuvo lugar cuando descubrió que lo que había creído y considerado apasionadamente que era su deber para agradar a Dios y satisfacer su propia conciencia, era completa y diametralmente opuesto a Dios y el camino correcto de la verdad. ¡Qué ceguera! Ciertamente Saulo está ahí como una permanente advertencia para todos nosotros de que tener celo por algo no prueba necesariamente que ese algo sea correcto ni de que estemos en el buen camino. Nuestro celo puede ser en sí mismo algo que nos ciega, nuestra devoción a la tradición puede ser nuestra ceguera.

Creo que los ojos ocupan un lugar muy importante en la vida de Pablo. Cuando sus ojos fueron espiritualmente abiertos, sus ojos naturales fueron cegados y podemos usar esto como una metáfora. En las cosas de Dios el uso excesivo de los ojos naturales puede ser una indicación de cuán ciegos estamos, y puede ser que cuando estos ojos naturales sean cerrados en lo religioso sea entonces y sólo entonces que veamos algo. Lo que en el caso de mucha gente obstaculiza el que puedan ver realmente, es que ven demasiado y lo ven en una dirección equivocada. Están viendo con los sentidos naturales, las facultades naturales de la razón, el intelecto y la educación, y todo esto es un obstáculo. El ejemplo de Pablo nos dice que a ve-

ces para poder ver realmente es necesario ser cegado. De manera evidente, esto dejó su marca en él del mismo modo que el dedo del Señor la dejó sobre Jacob para el resto de sus días. Pablo fue a Galacia y más tarde les escribió a los gálatas; y les dijo: «Porque yo os doy testimonio de que si hubieseis podido os hubieseis sacado vuestros ojos para dármelos.» Quería decir que los gálatas notaron su aflicción, se dieron cuenta de aquella marca que tenía desde el camino de Damasco, de modo que sentían que si hubieran podido, de algún modo, se hubieran sacado sus mismos ojos para él. Pero es maravilloso que la comisión que recibió cuando fue cegado físicamente en el camino a Damasco, estaba toda relacionada con los ojos. El estaba ciego y le llevaron de la mano hasta Damasco. Pero el Señor le había dicho en aquella hora: «... *a quienes ahora te envió para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios.*»

Estos pasajes tienen su mensaje para nosotros, pero cubren el terreno de la vista espiritual de modo muy general. Existen por supuesto muchos detalles pero en este momento no nos proponemos buscarlos. Vamos a seguir con esta consideración general.

Toda su vida espiritual brota de un milagro: el milagro de habersele impartido vida a ojos que nunca han visto.

La vista espiritual es siempre un milagro

Cuando hayamos cubierto todo el terreno de manera general, regresaremos para notar un rasgo particular y peculiar en cada caso, y es que la visión espiritual es siempre un milagro. Este hecho lleva consigo todo el significado de la venida a este mundo del Hijo de Dios. La misma justificación para la venida del Señor Jesucristo a este mundo se encuentra en lo que la Palabra de Dios da por sentado; porque es un hecho establecido por el mismo Dios: que el hombre ahora nace ciego. «*Yo la luz he venido al mundo*» (Jn. 12:46); «*...luz soy del mundo*» (Jn. 9:5). Como bien sabemos, esta declaración es hecha en la sección del evangelio de Juan donde el Señor Jesucristo está tratando con el tema de la ceguera. «*Mientras estoy en el mundo, Luz soy del mundo*» y lo ilustra al tratar con el ciego de nacimiento.

De modo que la visión espiritual es siempre un milagro del cielo. Ello significa que aquel que en verdad ve espiritualmente ha experimentado un milagro justo en el fundamento de su vida. Toda su vida espiritual brota de un milagro: el milagro de habersele impartido vida a ojos que nunca han visto. Es justamente aquí donde comienza la vida espiritual: viendo.

Y cualquiera que predica ha de tener este milagro registrado en su historia personal. Él mismo depende por completo del hecho de que este mismo milagro se produzca en todo aquel que le escucha a él. Es ahí donde está tan indefenso y también donde es tan «necio.» Quizá sea aquí donde, en un sentido, encontramos la «*locura de la pre-*

dicación». Un hombre puede haber visto y puede estar predicando lo que ha visto, pero nadie de quienes le escuchan ha visto o ve. De modo que está diciendo a los ciegos: «¡Ved!», y no ven. Está dependiendo por completo de que el Espíritu de Dios venga y lleve a cabo un milagro en ese momento y lugar. A no ser que este milagro se lleve a cabo, su predicación será vana en cuanto al deseado efecto se refiere. No sé lo que dices cuando llegas a una reunión e inclinas tu cabeza en oración, pero déjame hacerte una sugerencia. Puede que el que vaya a dar la predicación o la enseñanza haya recibido su mensaje como fruto del milagro de la iluminación, y aún así puede que tú te lo pierdas todo. La sugerencia es que siempre, en todo momento, le pidas al Espíritu Santo que obre en ti este milagro nuevamente en esta hora precisa, para que puedas ver.

Pero vayamos más allá. Cada porción de nueva visión es una obra del cielo. No es algo que se hace por completo de una vez por todas. Es posible para nosotros seguir viendo y viendo, y aún viendo más completamente, pero con cada nuevo fragmento de verdad, esta obra que no está en nuestro poder, debe ser hecha de nuevo. La vida espiritual no es un milagro solamente en su comienzo; en este sentido que estamos hablando es un milagro continuado hasta el final. Esto es lo que surge de los pasajes que hemos leído. Puede que un hombre haya recibido un toque y, habiendo sido antes ciego, ahora ve. Sin embargo, sólo ve un poco tanto en medida como en alcance, y ve de manera imperfecta. Existe todavía una cierta cantidad de distorsión en su vi-

sión. Se requiere otro toque del cielo para que pueda verlo todo correctamente, perfectamente. Pero incluso entonces no se acaba el proceso, porque aquellos que están viendo las cosas correctamente, perfectamente tienen todavía posibilidades en Dios para ver dentro de esta medida, alcances inmensos. Sin embargo, sigue siendo necesario el espíritu de sabiduría y revelación para conseguirlo. Todo el recorrido del camino se lleva a cabo desde el cielo. ¿Y quién lo conseguirá de otro modo? Porque, ¿no es la permanencia para siempre de este elemento milagroso lo que da a la verdadera vida espiritual su verdadero valor?

El efecto de la pérdida de la visión espiritual

Llegamos entonces a esta palabra final. Perder visión espiritual es perder el rasgo sobrenatural de la vida espiritual y ello produce el estado 'laodicense'. Si deseas llegar al corazón de este asunto, es decir, de este estado representado por Laodicea, ni frío ni caliente, este estado que provocan las palabras del Señor: «*Te vomitaré de mi boca*». Si deseas llegar al meollo y decir: ¿Por qué sucede esto? ¿Qué es lo que hay detrás de ello? Hay una cosa que lo explica: es simplemente esto, que ha perdido su rasgo sobrenatural, ha descendido a la tierra; es algo religioso pero ha salido de su esfera celestial. Y después tenemos el rebote correspondiente a los vencedores en Laodicea. «*Al que venciere le daré que se siente conmigo en mi trono*». Habéis descendido un largo trecho hasta la tierra, habéis perdido vuestro rasgo celestial. Sin embargo, para los vencedores en me-

dio de tales condiciones existe todavía un lugar arriba, mostrando el pensamiento del Señor en contra de esta condición. Perder visión espiritual es perder el rasgo sobrenatural de la vida espiritual. Cuando este rasgo ha desaparecido, puedes ser todo lo religioso que quieras, el Señor tiene sólo una palabra: «*Compra colirio (para que veas)*». Ésta es tu necesidad.

La necesidad de este tiempo

Esto nos lleva entonces a la necesidad de este tiempo, la necesidad que, por supuesto es la necesidad de siempre, de cada hora, de cada día, de cada época. Pero en nuestro tiempo somos hechos cada vez más conscientes de esta necesidad. En un sentido, podemos decir que nunca hubo un tiempo en que se necesitaran más personas que puedan decir: «¡Veo!» Esta es la necesidad en este preciso momento. Es una necesidad grande y terrible y no habrá ninguna esperanza hasta tanto no se supla esta necesidad. La esperanza pende de este hecho, de que se levanten personas en este mundo, este mundo oscuro, confuso, caótico, trágico y contradictorio, personas que puedan decir: «¡Veo!». Si se levantara un hombre hoy que tuviera una posición influyente, que fuera tenido en consideración, un hombre que viera, ¡Qué nueva esperanza se levantaría con él! ¡Qué nueva perspectiva! Esta es la necesidad. No sé si esta necesidad será satisfecha de una manera pública, nacional o internacional, pero esta necesidad ha de ser satisfecha por personas sobre esta tierra que estén en esta posición y puedan decir realmente: «¡Veo!»

La cristiandad se ha convertido

mayoritariamente en una tradición. La verdad se ha resuelto en verdades y se ha puesto en un Libro Azul, el Libro Azul de la Doctrina Evangélica, algo establecido y acotado. Estas son las doctrinas evangélicas. Ellas establecen los límites del cristianismo evangélico en predicación y enseñanza. Sí, son presentadas en muchas y variadas maneras. Se sirven con interesantes y atractivas anécdotas e ilustraciones, y con estudiada originalidad y unicidad de modo que las viejas verdades no sean demasiado obvias. Tienen ciertas posibilidades de hacerse entendibles por los ropajes con que son vestidas. Mucho depende también de la habilidad y personalidad del predicador o maestro. La gente dice: «¡Me gusta su estilo, su manera de ser y de decir las cosas!» – y mucho depende de estas cosas. Sin embargo, cuando hemos quitado el ropaje, las historias, las anécdotas, las ilustraciones, y la personalidad y habilidad del predicador o maestro, cuando todo esto ha desaparecido, tenemos sencillamente las mismas cosas de antes. Algunos de nosotros también venimos y superamos al último predicador en la manera de presentarlas para que estas cosas ganen alguna aceptación, causen alguna impresión. No creo que esto sea criticismo negativo, porque esto es sencillamente la realidad. Que nadie piense que estoy abogando por cambiar o por desechar las antiguas verdades.

Pero a lo que quiero llegar es a esto: no son nuevas verdades, no es el cambio de la verdad, sino es que hayan hombres que al presentar la verdad puedan ser reconocidos como hombres que han visto. Esto marca la diferencia. No son

hombres que hayan leído y estudiado y preparado, sino hombres que han visto, en los cuales se pueda encontrar este elemento de asombro que encontramos en el hombre en Juan 9: «*Si es pecador o no, no lo sé, una cosa sé, que antes era ciego y ahora veo*». Tú sabes si una persona ha visto o no, tú sabes de dónde viene y cómo ha venido. Esta es la necesidad: ese «algo», ese indefinible «algo» que da como resultado asombro y te lleva a decir: «¡Este hombre ha visto algo o esta mujer ha visto algo!». Es este factor de ver el que establece toda la diferencia.

Oh sí, es algo mucho más grande de lo que tú o yo hayamos podido todavía apreciar. Déjame decirte de inmediato que todo el infierno se une contra esto, y el hombre cuyos ojos han sido abiertos va a encontrarse con el infierno. Este hombre en Juan 9 tuvo que encararlo de inmediato. Le expulsaron, e incluso sus propios padres tenían temor de ponerse de su lado por razón del costo que ello implicaba. «Edad tiene, preguntadle a él.» «Sí, es nuestro hijo, pero no nos presionéis demasiado, no nos metáis en esto, id a él y aclararos con él, a nosotros dejadnos.» Vieron una luz roja de peligro, de modo que trataron de evitar el asunto. Ver tiene un costo, y puede llegar a costar todo. Esto es así por el inmenso valor de ver para el Señor y en contra de Satán, el dios de este siglo que ha cegado los ojos de los incrédulos. Esto es deshacer su obra. «Te envío para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios.» Satán no va a soportar eso ni en el principio ni en ninguna medida. Ver es algo tremendo.

Pero, ¡qué gran necesidad tenemos

hoy de hombres y mujeres que puedan afirmarse en la posición en que estaba este hombre y puedan decir: «Una cosa sé, que habiendo sido ciego ¡ahora veo!» Es algo grande estar ahí. No sé cuánto veo, pero una cosa tengo muy clara, y es que veo. Es algo que no había sucedido antes. Con tal experiencia hay un impacto, una certificación. En la Palabra de Dios, la vida y la luz van siempre juntas. Si alguien realmente ve, hay vida y hay edificación. Si te está dando algo de segunda mano, estudiado, leído, preparado, no hay más edificación en ello que, quizás, esa edificación temporal de la curiosidad, una fascinación pasajera. Pero no se encuentra esa vida real que hace que la gente viva.

De modo que no estoy abogando por cambiar la verdad o para que introduzcamos nuevas verdades, sino para que haya visión espiritual dentro de la verdad. «El Señor tiene todavía mucha luz y verdad que impartir desde su Palabra.» Esto es verdad. Permítanme en este punto aclarar algo que se dice de nosotros. No estamos buscando nueva revelación, ni tampoco decimos ni sugerimos ni insinuamos que podamos tener nada aparte de la Palabra de Dios. Sin embargo, sí declaramos que hay muchísimo en la Palabra que nunca hemos visto y que podemos ver. Ciertamente todo el mundo está de acuerdo con esto y es simplemente esto: necesitamos ver, y cuanto más vemos, vemos de verdad, más desbordados nos sentimos en cuanto al todo. Nos sentimos así porque nos damos cuenta de que estamos en la frontera de la tierra de distancias inmensas, que se extiende mucho más

allá del poder de la experiencia de una corta vida humana.

Para terminar, quiero repetir que, en cada etapa, desde su inicio hasta su consumación, la vida espiritual lleva consigo este secreto: ¡Veo! Justo al principio, cuando nacemos de nuevo, esta debería ser nuestra espontánea expresión, la exclamación de vida. Nuestra vida cristiana ha de empezar ahí. Pero a lo largo de todo el camino, hasta su consumación final debe seguir siendo esto mismo, la constante experiencia de este milagro, de modo que tú y yo nos mantengamos en esta esfera de asombro. Este elemento de asombro repitiéndose una y otra vez, como si nunca hubiéramos visto nada de nada. Lo hemos oído expresado del siguiente modo: «Lo que ha ocurrido ahora, por la gracia de Dios, ha eclipsado todo lo que ha acontecido hasta aquí, y es más grande incluso que mi propia conversión.» Hemos oído esta manera de expresarlo, y no de boca de personas normales. Lo hemos oído de boca de líderes. ¡Hemos llegado a ver en una forma nueva! Ha de ser así.

Pero he de decir a la vez que, normalmente, a una nueva entrada del Espíritu de este modo, le sigue el eclipse de todo lo que le ha precedido. Parece que el Señor ha de llevarnos a este punto en que nos sea necesario clamar: «¡A no ser que el Señor muestre, a no ser que él revele, a no ser que haga algo nuevo, todo lo que ha sido hasta ahora es como si nada, todo lo del pasado no me salvará ahora!» . De modo que nos dirige a un lugar oscuro, un tiempo oscuro. Sentimos que lo que queda en el pasado ha perdido la capacidad que

tuvo en su día de hacernos optimistas, triunfantes. Esta es la manera que tiene el Señor de mantenernos avanzando. Si se nos permitiera estar perfectamente satisfechos con lo que hemos conseguido en cualquier etapa, sin sentir la absoluta necesidad de algo que nunca hemos experimentado ¿avanzaríamos? ¿Por supuesto que no!

Para mantenernos en marcha, el Señor ha de producir experiencias en las que nos sea absolutamente necesario verle y conocerle de una manera nueva, y ha de ser así a lo largo de todo el camino, hasta el fin. Puede que en el proceso en que el Señor abre nuestros ojos haya una serie de crisis en las que veamos y volvamos a ver una y otra vez hasta que podamos decir como nunca antes: «¡Veo!» De modo que lo que cuenta no es nuestro estudio, nuestro aprendizaje, nuestro conocimiento de libros, sino un espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, siendo iluminados los ojos de nuestros corazones. Es este «ver» lo que trae consigo la tan necesitada nota de autoridad. Este es el elemento, el rasgo que se necesita hoy. No es simplemente el ver por ver, sino ver para introducir una nueva nota de autoridad.

¿Dónde está hoy la voz de autoridad? ¿Dónde están quienes hablan con verdadera autoridad? En cada esfera

de la vida estamos languideciendo de manera terrible por falta de esta voz de autoridad. La iglesia languidece por falta de voces de autoridad espiritual, por falta de esa nota profética: ¡Así dice el Señor! El mundo languidece por falta de autoridad, y esta autoridad acompaña sólo a quienes han visto. Hay mucha más autoridad en el testimonio del ciego de nacimiento cuando dijo: «*Una cosa sé, que antes era ciego y ahora veo*», que la que había en todo Israel con toda su tradición y conocimiento. ¿No será esto mismo lo que había en Jesús que daba tanto peso a sus palabras? «*Porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas*» (Mt. 7:29). Esto es lo que despertó el odio. Los escribas eran la autoridad. Si alguien quería una interpretación de la Ley, iba a los escribas. Si querían saber cual era la posición autorizada respecto a algo, iban a los escribas. Pero él hablaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. ¿De dónde emanaba esta autoridad? Simplemente que en todo el podía decir: «¡Lo sé!» No es lo que he leído, lo que se me ha dicho, lo que he estudiado sino esto: «¡Lo sé! ¡He visto!»

El Señor haga que todos seamos de aquellos que tienen ojos abiertos.

(Tomado de Visión Espiritual).



Las escaleras de las religiones

El mundo está lleno de religiones que construyen escaleras para que la humanidad pueda ascender hasta Dios. El cristianismo, con envidia por los logros y los puntos fuertes de las religiones rivales, puede ser seducido a imitarlas y a transformarse en una religión de buenas obras y logros.

Mark Shaw, en 10 grandes ideas en la historia de la Iglesia

Sin visión espiritual no hay obra de Dios.



Visión espiritual

Watchman Nee

Hombres con visión

El apóstol Pablo figura dentro de una notable y larga lista de hombres a quienes Dios reveló algo de su propósito. «Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?» (Gn. 18:17). «Y soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos; y ellos llegaron a aborrecerle...» (Gn. 37:5). «Juntos y yo (Jacob) os declararé lo que os ha de acontecer en los días venideros» (Gn. 49:1). «Conforme a todo lo que yo te muestre (a Moisés) ...así lo haréis» (Ex. 25:9). «Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño» (1 Cr. 28:19). «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo

reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt. 16:17). «Por revelación me fue declarado (a Pablo)... el misterio de Cristo... como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu» (Ef. 3:3-5). «...porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios» (Hch. 20:27). Ninguno de estos hombres entró en la obra de Dios por el ejercicio de sus aptitudes, porque toda la obra de Dios está relacionada con su eterno propósito en Cristo, y ese propósito sólo puede conocerse por revelación divina. ¡Qué tremenda dificultad es ésta para las personas inteligentes!

De los muchos típicos siervos de Dios en el Antiguo Testamento, José

es quizá el más perfecto. Sin embargo, aunque la Escritura no revela ninguna falla aparente en su carácter, sabemos bien que su senda no fue fácil. ¿Cuándo comenzaron sus problemas? Sin duda, con sus sueños. En ellos José vio lo que Dios iba a hacer, y reconoció su propio lugar en el plan de Dios. Sus sueños fueron el comienzo de todo. Representan la visión espiritual. Por medio de ellos José vio lo que sus hermanos no podían ver. Y precisamente porque él vio, pudo permanecer firme a través de todas esas tristes experiencias que siguieron y, por medio de él, Dios pudo cumplir su plan para su pueblo terreno.

Cuando apareció Moisés, la nación ya estaba formada pero, por supuesto, todavía en Egipto. Dios le levantó a fin de sacarlos de allí, y a Moisés le fue revelado lo que Dios haría para relacionarlos, como un pueblo, a Sí mismo como el centro de su vida. Moisés vio el diseño en el monte. A su debido tiempo toda la vida de Israel llegaría a centrarse en ese tabernáculo y la presencia divina en medio de ellos. Así, pues, Moisés se aplicó a edificar, no de acuerdo a sus propias ideas – no se atrevía a hacer eso –, pero, como en el caso de José, de acuerdo a lo que había visto. Porque la visión no se funda en nuestra opinión acerca de lo que Dios debe hacer, sino que es *ver lo que él va a hacer*.

Necesidad de una revelación de Cristo

¿Dónde comienza la obra de Dios? Del lado de Dios, el punto de partida está en la eternidad pasada; del nues-

tro, en el momento en que recibimos una revelación de Cristo. El comienzo de una obra verdadera de Dios con nosotros no es cuando nos consagramos a él, sino cuando *vemos*. La consagración debe provenir de la visión espiritual; nunca puede tomar su lugar. Allí es donde comienza la obra de Dios. Nuestra obra puede comenzar en cualquier momento; la obra de Dios a través de nosotros sólo puede surgir de una visión divinamente inspirada.

Nosotros debemos ver en Cristo la meta de Dios. Sin esa visión, nuestro servicio para Dios seguirá el impulso de nuestras propias ideas, pero no estará de acuerdo con el plan de Dios. Cuando llegamos a Pablo, vemos que para él esta revelación tenía dos fases: «*Agradó a Dios ... revelar a su Hijo en mí*»; ésa era la revelación interior, subjetiva, si gusta la expresión (Gál. 1:15 y ss.). «*No fui rebelde a la visión celestial*»: ésta es la visión exterior, objetiva, concreta, práctica (Hch. 26:19). La interior juntamente con la exterior producen una visión completa, pues la una es insuficiente sin la otra. Y hoy por hoy, ésta es la necesidad de la Iglesia. La revelación interior debe ir acompañada de la visión exterior: no solamente conocimiento en lo interior al Señor, sino conociendo también el eterno propósito de Dios, no deteniéndonos en el fundamento, pero comprendiendo también cómo edificar sobre el mismo. Dios no está satisfecho cuando andamos trabajando aquí y allá, sin sentido; eso es lo que hacen los sirvientes. Nosotros somos sus amigos, y sus amigos deben conocer sus planes.

Lo que determinó la consagración

de Pablo era esa luz del cielo que le sobrevino. La obediencia brotó de la visión. Porque si bien es verdad que toda entrega de nosotros mismos a Dios es preciosa a sus ojos, la entrega ciega no le sirve de mucho. Creo que existe una diferencia entre la consagración inicial, pura pero sin mayores conocimientos, que sigue a la conversión, y la consagración que surge cuando vemos el plan de Dios. La primera es individual, basada en nuestra salvación, y quizá Dios no tenga serias demandas de ella al principio. Pero cuando Dios revela su necesidad y nos muestra lo que él quiere que se haga, y de inmediato nos pide que estemos dispuestos a hacerlo y recibe nuestra respuesta, es entonces cuando sus demandas sobre esa consagración se intensifican. Hemos empeñado nuestra palabra sobre la base de un nuevo entendimiento, y él la acepta. ¡Alabado sea Dios que, conforme a la creciente visión que le fuera dada, Pablo no fue desobediente! Se entregó de lleno.

Una revelación para toda la Iglesia

Una visión del propósito de Dios hoy en día trae ante nuestra vista a todo el pueblo de Dios, pero es también *para* todo el pueblo de Dios. Pero no siempre fue así. Lo que vieron los santos del Antiguo Testamento, portentoso como fue, concernía solamente a un pueblo terreno, si bien ellos tipificaban la Iglesia celestial. Y sólo a hombres escogidos tales como José y Moisés se les confió la visión. No era propiedad común, fue dada a unos pocos. En nuestros días, sin embargo, es diferente. La visión celestial es para toda la iglesia. Aunque es verdad que tanto Pablo

como los otros siervos en el período neotestamentario fueron elegidos por Dios de manera especial, el propósito de Dios no es que la visión se limite a uno o dos individuos, sino que todos vean (Ef. 1:18). Esta es la característica preponderante de esta era.

En un importante pasaje de Efesios 3, Pablo escribe a «vosotros los gentiles» de la «administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros». Les habla acerca del «misterio de Cristo» que le fue revelado a él y a otros (vv. 2-5). Dios se ha propuesto — continúa el apóstol — hacer conocer esta «multiforme sabiduría de Dios», aun ahora, por medio de su Iglesia a todos los observadores espirituales (vv. 10-11). Para este fin, «la multiforme sabiduría» debe primeramente llegar a ser posesión de la Iglesia, y lo que atañe a Pablo en todo esto, — dice él — se rige por un solo objetivo, «aclarar a todos», es decir, «hacer que todos los hombres vean» (v.9, V. M.).

Resumiendo. La gracia de Dios fue dada al apóstol para que por medio de su trabajo *la Iglesia pudiera ver la visión*. Porque aunque Pablo dice: «a todos», la completa revelación de Dios no pertenece a cada individuo como tal. Lo que se ha de dar a conocer por medio de las Iglesias sólo puede ser visto por la Iglesia. Es conjuntamente «con todos los santos» como podemos comprender la medida del amor de Cristo. Sólo así podemos ser llenos con toda la plenitud de Dios (Ef. 3:18-19).

La preciosa luz divina

Mientras que por una parte nada puede reemplazar la visión, el problema está en lograr que los hombres la

vean. Era el tema de la oración más ardiente del apóstol (Ef. 1:15-18). La dificultad no está en oír, ni aun en memorizar, ni en repetir a otros el plan de Dios; la dificultad reside en ver. Y toda obra espiritual está basada en el ver. A pesar de que en su gracia Dios puede bendecir lo que nace de otra fuente – y lo hace –, es, con todo, trabajo desordenado y vano; es vulnerable. De allí que a Satanás no le importe mucho que los hombres oigan acerca del propósito de Dios y lo comprendan mentalmente. Su temor es otro: de que tengan una iluminación interior de ese propósito. Él sabe que si eso sucede, tendrán un nuevo acercamiento de fuerza y poder, y que la Iglesia, la obra, la lucha – todo será contemplado por ellos con una nueva luz.

¿Qué es una visión? Es la irrupción de la luz divina. Si esa luz está velada, significa perdición. «Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto» (2 Cor. 4:3). Pero «Dios ... resplandeció en nuestros corazones» – y sólo el *verlo* significa salvación. En cuanto vemos la gloria en el rostro del Salvador, en ese instante somos salvados. Si simplemente comprendemos la doctrina y la aceptamos, nada ocurre, porque no hemos *visto* la Verdad. Pero en el momento en que real-

mente *vemos a Jesucristo*, entonces tenemos la experiencia.

Esto es cierto tanto negativa como positivamente, en cuanto al pecado y al Salvador. Antes de ser convertidos, los hombres suelen hablar del defecto de mentir. Lo ven en la Palabra, saben que la Palabra lo condena; y puede que hasta hagan un esfuerzo por adecuarse a la Palabra. Y sin embargo siguen mintiendo, y ¡mienten bien! Pero he aquí que un día se convierten. No hay, al parecer, un avance inmediato en su *doctrina* acerca de la mentira, pero en seguida ven que mentir está mal sin que se le diga. Con un nuevo instinto, se retraen con horror del hábito que hasta entonces los había tenido en sus garras. ¿Qué ha ocurrido? La luz ha manifestado la verdadera naturaleza del mal, y la luz que manifiesta es la luz que mata. La luz que revela la mentira mata a la mentira. Lo que hasta entonces ha sido cuestión de pura ética se ha transformado en una experiencia interior. Y esa experiencia, como también la experiencia de salvación, sigue al brillar de la luz interior tan inmediatamente como la impresión de una fotografía en una cámara fotográfica sigue a la exposición de la película. En el instante en que uno hace funcionar el diafragma, obtiene un retrato. Y la visión del propósito de Dios, de lo que él desea hacer en la Iglesia, es similar a esto, y no menos revolucionario en sus efectos. Pero, porque concierne no solamente al individuo sino a todo el plan de Dios en Cristo, sus alcances son mucho mayores. Es capaz, como hemos dicho, de transformar todo nuestro concepto de servicio a Dios.

La dificultad no está en oír, ni aun en memorizar, ni en repetir a otros el plan de Dios; la dificultad reside en ver.

No estoy sugiriendo que comencemos a deshacer la obra que hasta ahora hemos estado haciendo para él. ¡Dios no lo permita! Cambiar las cosas exteriores simplemente, de nada sirve. No podemos ocuparnos de mejorar cosas que Dios no aprueba; tampoco nos atreveríamos a deshacer lo que él aprueba. No se trata de comprender mentalmente las cosas y enfrentarnos con ellas. Hay algunas cosas que no entendemos. Toda la cuestión se reduce a ver o no ver. Todo el asunto es de alternativas: luz u oscuridad, vida o muerte. De ser meramente un asunto de doctrina, podríamos desecharlo y pronto lo olvidaríamos. Pero la visión objetiva, celestial, llega a ser también *su Hijo revelado en mí* – las dos son una – y no hay necesidad de recordar, ni posibilidad de olvidar aquello que vive. No hay necesidad de aferrarse a la visión espiritual o comprenderla. Es *ella* la que se aferra a *nosotros*. Ver el plan de Dios desde adentro significa no tener ya ninguna alternativa en la obra o en los métodos. De ese día en adelante será su camino o, de lo contrario, muerte.

Necesidad de pagar el precio

Si deseamos la luz, podemos tenerla. Si no la deseamos, debemos en-

cubrirla. Por supuesto que es posible hacer esto, porque se ha dicho con certeza que la hoja más pequeña puede ocultar una estrella. Nosotros podemos permitir que un obstáculo trivial nos encubra las glorias eternas. Pero si le damos la más ligera ocasión, la luz entrará; se abrirá paso por la más pequeña abertura. «*Si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz*» (Mt. 6:22).

El secreto de la visión espiritual es estar dispuesto a pagar el costo, lo que significa abrir nuestro espíritu humildemente a la luz escrutadora de Dios. «*Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera ... La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto*» (Sal. 25:9, 14). «Señor, estoy dispuesto a pagar cualquier precio para recibir la luz. No temo a la luz. Estoy dispuesto que tú escudriñes toda mi obra y hagas resplandecer sobre ella la luz de tu propósito».

El hecho más revelante de la obra de Dios no es una doctrina, sino una vida; y la vida nos llega a través de la revelación en la luz de Dios. Detrás de la doctrina puede haber sólo palabras. Detrás de la revelación está Dios mismo.

Tomado de ¿Qué haré, Señor?

j j j

Autoestima

Cuando escucho a mi esposo usar una ilustración que yo le encontré, o que utiliza en un sermón un bosquejo que yo desarrollé, siento un tremendo sentido de logro y autoestima.

Patricia de Palau, esposa de Luis Palau

La breve y fructífera vida de David Brainerd.

Sacrificio de olor fragante

David Brainerd nació el 20 de abril de 1718 en Haddam, Connecticut, Estados Unidos. Murió de tuberculosis a la edad de 29 años, el 9 de octubre de 1747.

Ezequías, el padre de Brainerd, era un legislador de Connecticut y murió cuando David tenía nueve años. Él había sido un puritano riguroso. La madre de Brainerd, una mujer también piadosa, murió cuando él tenía 14 años.

Había una rara tendencia a la debilidad y a la depresión en la familia. No sólo los padres murieron tempranamente; también los hijos. Nehemías murió a los 32, Israel a los 23, Jerusha a los 34, y él mismo a los 29. Así, al sufrir la pérdida de ambos padres, como un niño sensible, heredó una cierta tendencia a la depresión.

En su corta vida padeció a menudo negros abatimientos. Él mismo dice al principio de su diario: «Yo era en mi juventud inclinado más bien a la melancolía».

Cuando su madre murió, se fue a vivir con su hermana casada, Jerusha. Él describió su fe durante estos años



como muy celosa y seria, pero no teniendo verdadera gracia. Cuando cumplió 19, heredó una granja y trabajó en ella durante un año. Pero su corazón no estaba allí. Él anhelaba 'una educación liberal'.

Intenta prepararse para el ministerio

Así que empezó a prepararse para entrar a la Universidad de Yale. En el verano de 1738, tenía veinte años, y se había ofrecido a Dios para entrar en el ministerio. Pero aún no era convertido. Leyó la Biblia dos veces en ese tiempo, y empezó a percibir que toda su religión era legalista y totalmente basada en sus propios esfuerzos. Dentro de su alma, contendía con Dios; se rebelaba contra el pecado original, contra la estrictez de la ley divina y contra la soberanía de Dios. Reñía con el hecho de que no había nada que él pudiera hacer en sus propias fuerzas para consagrarse a Dios. «To-

das mis buenas apariencias no eran sino justicia propia, no estaban basadas en un deseo por la gloria de Dios; en mis oraciones, no había amor o consideración hacia él».

Pero entonces sucedió el milagro de su nuevo nacimiento. Tenía 21 años de edad. Dos meses después, entró en Yale a prepararse para el ministerio. En principio fue duro. Había relajo en las clases superiores, poca espiritualidad, estudios difíciles, y él contrajo sarampión, así que tuvo que volver a casa por varias semanas durante su primer año. Al año siguiente, le enviaron a casa porque estaba tan enfermo que escupía sangre. Por ese tiempo escribía: «Por la tarde mi dolor aumentó terriblemente, y tuve que permanecer en cama. A veces casi perdía la razón por lo extremado del dolor».

Cuando regresó a Yale en 1740, el clima espiritual había sufrido un cambio radical. George Whitefield había estado allí, y ahora muchos estudiantes eran muy serios en su fe. Pero surgieron tensiones entre los estudiantes entusiastas y la fría Facultad. En 1741, la visita de unos predicadores de avivamiento sopló aún más las llamas del descontento.

Jonathan Edwards fue invitado a predicar a comienzos de 1741, con la esperanza de que él aplacaría un poco los ánimos y apoyaría a la Facultad. Algunas autoridades incluso habían sido tildadas de 'inconversas'. Edwards defraudó a las autoridades de la Facultad al declarar que el despertar era genuino. Brainerd estuvo entre la multitud que oyó a Edwards.

Esa misma mañana, las autoridades habían anunciado que cualquier

estudiante que, directa o indirectamente, tildase al Rector u otra autoridad, de hipócrita, carnal o inconverso, debía en primera instancia hacer confesión pública de su ofensa, y en caso de reincidencia, ser expulsado.

En 1742 Brainerd estaba académicamente en la cima, cuando alguien le oyó por casualidad decir de uno de los tutores que tenía «menos gracia que una silla», y que él se maravillaba cómo el Rector no caía muerto al castigar a los estudiantes por su celo cristiano. Inmediatamente fue expulsado. Esto le afectó profundamente. En los años siguientes, intentó una y otra vez volver; muchos vinieron en su ayuda, pero todo fue en vano. Dios tenía otro plan para él. En lugar de unos años reposados en el pastorado o el salón de lectura, Dios quiso llevarlo al desierto, para que sufriese por Su causa y produjese un impacto incalculable en la historia de las misiones.

Antes de esto, Brainerd nunca había pensado ser un misionero a los indios. Pero ahora tuvo que replantear su vida entera. Una ley estadual, recientemente promulgada, señalaba que ningún ministro podía establecerse en Connecticut si no era graduado de Harvard, Yale o una Universidad europea. Así que él se sentía despojado de su llamamiento.

Una palabra ociosa, hablada de

Una palabra ociosa, hablada de prisa, y la vida de Brainerd pareció caer en pedazos ante sus ojos.

prisa, y la vida de Brainerd pareció caer en pedazos ante sus ojos. Pero Dios sabía lo que era mejor, y Brainerd llegó a aceptarlo. De hecho, sin la influencia de Brainerd tal vez el movimiento misionero moderno no hubiera tenido lugar; y esto no hubiera ocurrido si él hubiese obtenido en Yale su acreditación de ministro.

En el verano de 1742, un grupo de ministros simpatizantes del Gran Avivamiento aprobó su examen y autorizó a Brainerd para ir como misionero a los indios.

Más tarde, cuando ya estaba claro del verdadero llamamiento de Dios, habría de rechazar varias invitaciones para hacerse pastor, y seguir una vida mucho más fácil y estable. La carga y el llamamiento eran superiores: «Yo no podía tener libertad para pensar en ninguna otra circunstancia o asunto en la vida: Todo mi deseo era la conversión de los paganos, y toda mi esperanza estaba en Dios, y él no me permitía agradarme o confortarme con la esperanza de ver a mis amigos, de volver a mis queridos conocidos, o disfrutar los consuelos mundanos».

Su labor como misionero

Como misionero, su primera asignación fueron los indios Housatonic en Kaunaumeeek, en Massachussets. Llegó en abril de 1743 y predicó durante un año, usando un intérprete e intentando aprender el idioma.

Brainerd describe así su primera estadía en ese lugar en 1743: «Vivo con muy pocas comodidades: mi dieta consiste en maíz hervido y comida rápida. Duermo en un colchón de paja, mi labor es sumamente difícil; y ten-

go poca experiencia de éxito para confortarme ... En esta debilidad corporal, no soy poco afligido por la necesidad de comida apropiada. No tengo pan, ni puedo conseguirlo. Es forzoso viajar diez o quince millas para conseguir pan; y a veces se pone mohoso y se agría antes de que lo coma, si consigo una cantidad considerable ... Pero por la bondad divina tengo alguna comida india de la que hago pequeños pasteles. Aún me siento contento con mis circunstancias, y dulcemente resignado a Dios».

Frecuentemente se perdía en los bosques. Su cabalgadura le era robada, o envenenada, o se le accidentaba. El humo del fogón hacía a menudo el cuarto intolerable a sus pulmones y tenía que salir al frío para recuperar su respiración, y entonces no podía dormir en toda la noche. Pero la lucha con penalidades externas, tan grande como era, no era su peor forcejeo. Él tenía una resignación asombrosa y aun parece que descansaba en muchas de estas circunstancias. Él supo donde ellas encajaban en su acercamiento Bíblico a la vida: «Tales fatigas y penalidades sirven para desarraigarme más de la tierra; y, confío, me harán el cielo mucho más dulce. Al principio, cuando me exponía al frío o la lluvia, me consolaba con los pensamientos de disfrutar una casa cómoda, un fuego caluroso, y otros consuelos exteriores; pero ahora éstos tienen menos lugar en mi corazón (a través de la gracia de Dios) y miro más al consuelo de Dios. En este mundo espero tribulación; y ya no me parece extraño; me consuela pensar que podría ser peor; cuántas pruebas mayores han soportado otros

hijos de Dios, y cuánto más se reserva todavía quizás para mí. Bendito sea Dios, él es mi consuelo en mis pruebas más agudas; pues ellas son asistidas frecuentemente con gran alegría».

Uno de los mayores dolores en ese tiempo era la soledad. Él cuenta cómo tenía que soportar la charla profana de los extraños: «¡Cuánto anhelaba que algún amado cristiano conociera mi dolor! La mayoría de las charlas que oigo son de escoceses o de indios. No tengo un compañero cristiano con quien desahogar mi corazón y compartir mis dolores espirituales, a quien pedir consejo conversando sobre las cosas celestiales, y con quien orar».

La cruz debía operar todavía fuertemente en el alma de Brainerd, y la prueba de fuego llegó el 14 de septiembre de 1743. Su Diario lo registra así: «Hoy hubiera obtenido mi título (hoy es el día de la graduación), pero Dios ha tenido a bien impedírmelo. Aunque temía que me abrumara de perplejidad e incertidumbre al ver a mis compañeros graduarse, Dios me ha ayudado a decir con calma y resignación: «Sea hecha la voluntad del Señor» Ciertamente, mediante la gracia de Dios, casi puedo decir que no había tenido tanta paz espiritual por mucho tiempo».

Poco después inició una escuela para niños indios y tradujo algunos de los Salmos. Luego fue reasignado a los indios a lo largo del río Delaware. En mayo de 1744 se estableció al nordeste de Belén, Pennsylvania. Predicó durante un año en Delaware, y en 1745 hizo su primera gira de predicación a los indios de Crossweeksung, Nueva Jersey.

En este lugar, Dios manifestó un poder asombroso y trajo un despertar y bendición a los indios. Allí llegó el dulce amanecer después de una larga y oscura noche. Las escenas descritas por Brainerd en su Diario dan cuenta de una genuina obra del Espíritu Santo entre esos paganos: «Por la mañana platicué con los indios en la casa en que estábamos alojados. Muchos de ellos estaban muy conmovidos y se les veía en gran manera emocionados, de modo que una pocas palabras daban lugar a que las lágrimas corrieran libremente, y producían muchos sollozos». Al día siguiente escribe: «Prediqué sobre Isaías 53:3-10. Hubo una notable influencia que siguió a la exposición de la Palabra, y una gran emoción en la asamblea ... muchos estaban conmovidos; algunos ni podían estar sentados, sino que estaban echados en el suelo, como si se les hubiera atravesado el corazón, clamando incesantemente misericordia. ¡Era muy emocionante ver a los pobres indios, que unos días antes estaban vitoreando y gritando en sus fiestas idólatras y sus embriagueces, clamando ahora a Dios con una importunidad tal para ser acogidos por su querido Hijo!».

Al cabo de un año, había 130 personas en esa creciente asamblea de creyentes. Brainerd escribía el 19 de junio de 1746: «Hoy se completa un año desde la primera vez que prediqué a estos indios de Nueva Jersey. ¡Qué cosas tan asombrosas ha hecho Dios en este período de tiempo para esta pobre gente! ¡Qué cambio tan sorprendente aparece en su carácter y su conducta!».

¿Cuál era la clave del éxito de Brainerd con los indios? El amor. Si el amor es conocido por el sacrificio, entonces Brainerd amó. Pero si también es conocido por la compasión entonces Brainerd se esforzó en amar aún más. A veces él se fundió en amor. «Siento compasión por las almas, y lamento no tener aún más. Siento mucho más bondad, mansedumbre, ternura y amor hacia toda la humanidad, que nunca ...». «Sentí mucha dulzura y ternura en la oración, mi alma entera parecía amar a mis peores enemigos, y me fue permitido orar por aquellos que son extraños y enemigos a Dios con un gran suavidad y fervor ...». «Sentí el calor que viene de Dios después de mi oración, sobre todo en la mañana, mientras iba cabalgando. Por la tarde, pude ayudar llorando a Dios por esos pobres indios; y después que me acosté, mi corazón continuó yendo a Dios por ellos. ¡Oh, bendito sea Dios que puedo orar!».

Pero otras veces se sentía vacío de afecto o compasión por ellos. Él se culpa por predicar a las almas inmortales con tan poco ardor y con tan poco deseo por su salvación. Él amaba, pero anhelaba amar aún más.

Enfermedad y sufrimientos

Toda la comunidad cristiana se trasladó de Crossweeksung a Cranberry en mayo de 1746, para tener su propia tierra y pueblo. Brainerd permaneció con ellos hasta que estuvo demasiado enfermo para ministrar. En agosto de ese año escribía: «Habiendo tenido sudor frío toda la noche, tosí mucha materia sangrienta esta mañana, y estuve en gran desorden de cuer-

po, y no poca melancolía». Y en septiembre: «Ejercitado con una tos violenta y una fiebre considerable, no tenía apetito de ningún tipo de comida; y frecuentemente devolvía lo comido, aun sobre mi propia cama, por causa de los dolores en mi pecho y espalda. Era capaz, sin embargo, de cabalgar por el pueblo unas dos millas, todos los días, y cuidar de aquellos que estaban construyendo una pequeña vivienda para mí entre los indios».

A menudo su agonía le hacía odiar su propia maldad interior. «Siento en mi alma que el infierno de corrupción todavía permanece en mí». A veces, este sentido de indignidad era tan intenso que se sentía expulsado de la presencia de Dios. Él llamaba a menudo su depresión un tipo de muerte. Hay por lo menos 22 lugares en el Diario donde él anhelaba la muerte como una libertad de su miseria.

A los sufrimientos físicos se añadía su propensión natural a la melancolía y la depresión. Lo que más lo afectaba era que su dolor mental impedía su ministerio y su devoción. A veces él quedaba simplemente inmobilizado por los dolores y ya no podía trabajar. «Pocas veces he estado tan confundido sintiendo mi propia esterilidad e ineptitud en mi trabajo, que ahora. ¡Oh, qué muerto, desalentado, yermo, improductivo me veo ahora! Mi espíritu está abatido, y mi fuerza corporal tan agotada, que no puedo hacer nada en absoluto». Es asombroso cómo a menudo Brainerd siguió adelante con las necesidades prácticas de su trabajo a pesar de estas olas de desaliento.

En noviembre de 1746 Brainerd

dejó Cranberry para pasar cuatro meses tratando de recuperarse en Elizabethtown. En marzo de 1747, Brainerd hizo una última visita a sus amigos indios y entonces viajó a casa de Jonathan Edwards en Northampton, Massachussets. Estando allí, en el mes de mayo de 1747, los doctores le dijeron que su mal era incurable y que no viviría mucho tiempo. En los últimos dos meses de su vida el sufrimiento era increíble. «Fue el más grande dolor que haya soportado jamás, teniendo un tipo raro de hipo que me estrangulaba y me hacía vomitar». Edwards comenta que en la semana anterior a su muerte «me decía que era imposible concebir el dolor que sentía en su pecho. Manifestaba mucha preocupación para no deshonrar a Dios manifestando impaciencia bajo su extrema agonía; su dolor era tal que decía que el pensamiento de soportarlo un minuto más era casi insoportable. Y la noche antes de que él muriera dijo a quienes le acompañaban que morir se era cosa muy distinta a lo que las personas imaginaban».

Lo que impacta al lector de estos diarios no es sólo la severidad de los sufrimientos de Brainerd, sino sobre todo cuán implacable y constante era la enfermedad. Casi siempre estaba allí.

Brainerd estuvo solo gran parte de su ministerio. Sólo las últimas 19 semanas de su vida parecen haber estado endulzadas por la compañía de la delicada hija de Edwards, Jerusha, de 17 años, quien fue su fiel enfermera. Muchos especulan que hubo un profundo amor entre ellos, e, incluso un compromiso matrimonial. Pero lo cierto es que durante su ministerio él estuvo muy

solo, y solamente podía derramar su alma delante de Dios. Pero Dios lo sostuvo y lo guardó en su camino.

Brainerd murió el 9 de octubre de 1747. Fue una corta vida, pero cuán fructífera: sólo veintinueve años; ocho de ellos como creyente, y sólo cuatro como misionero.

Ahora, ¿por qué la vida de Brainerd ha tenido tal impacto? Una razón obvia es que Jonathan Edwards tomó su Diario y lo publicó como 'La vida de Brainerd' en 1749. Pero, ¿por qué este libro nunca ha dejado de imprimirse? ¿Por qué John Wesley dijo: «Todo predicador debe leer cuidadosamente 'La vida de Brainerd'»? ¿Por qué William Carey y Edwards consideraron 'La Vida de Brainerd' como un texto sagrado? Gideon Hawley, otro misionero, habló por muchos cuando escribió sobre sus esfuerzos como misionero en 1753: «Necesito grandemente algo más que humano para sostenerme. Leo mi Biblia y 'La vida de Brainerd', los únicos libros que traje conmigo, y de ellos obtengo mi apoyo».

¿Por qué ha tenido esta vida semejante impacto? La respuesta es que la vida de Brainerd es un testimonio real, poderoso de la verdad de que Dios puede y usa hombres débiles, enfermos, desalentados, abatidos, solitarios; santos que se esfuerzan, que claman a él día y noche, para lograr cosas asombrosas para su gloria.

La clave de su ministerio

Una de las razones por la cual la vida de Brainerd tiene tan poderosos efectos es que, a pesar de todos sus conflictos y cruel enfermedad, él nunca dejó su fe o su servicio. Le consu-

mía la pasión por terminar su carrera y honrar a su Maestro, extender el reino y avanzar en la santidad personal.

Brainerd llamaba a su pasión por más santidad y más utilidad una clase de 'grato dolor'. «Cuando realmente disfruto a Dios, siento más insaciable mi anhelo de él, y más inextinguible mi sed de santidad... ¡Oh, más santidad! ¡Oh, más de Dios en mi alma! ¡Oh, este grato dolor! Hace mi alma apurarse en pos de Dios... Oh, que yo no me rezague en mi carrera celestial!».

El hizo suya la advertencia apostólica: «...*aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos*» (Efesios 5:16) Asumió el consejo: «*No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos*» (Gál. 6:9) Él se esforzó por ser, como Pablo dice, «...*creciendo en la obra del Señor*» (1 Cor. 15:58). «¡Oh, yo anhelaba llenar todos los momentos restantes para Dios! Sin embargo, mi cuerpo estaba tan débil y cansado; y yo quería estar toda la noche haciendo algo para Dios. A Dios el dador de estos refrigerios, sea gloria por siempre ...». «Mi alma fue refrescada y confortada, y yo no pude sino bendecir a Dios que me había habilitado en buena medida para ser fiel en el día pasado. ¡Oh, cuán dulce es ser gastado y usado por Dios!».

Entre los medios que Brainerd usó para buscar mayor santidad y utilidad, la oración y el ayuno fueron fundamentales. Leemos de él que pasaba días enteros en oración, u orando frecuentemente, a veces buscando una familia o un amigo para orar con ellos. Oraba para su propia santificación, oraba por la conversión y pureza de

sus indios; oraba por el avance del reino de Cristo alrededor del mundo y sobre todo en América.

Una vez, visitando una casa de amigos, oró largamente con ellos: «Continué luchando con Dios en oración por mi querida manada pequeña; y sobre todo por los indios; así como por mis amados amigos en un lugar y otro; hasta que fue tiempo de ir a la cama, por no incomodar a la familia, ¡pero qué desagrado encontraba en consumir tiempo en el sueño!».

Y junto con la oración, Brainerd seguía la santidad y la utilidad de su servicio con el ayuno. Una y otra vez en su Diario cuenta de días ocupados ayunando. Ayunaba por guía cuando estaba perplejo sobre los próximos pasos de su ministerio. O simplemente ayunaba con la profunda esperanza de avanzar en su propia profundidad espiritual y utilidad para llevar vida a los indios. Cuando agonizaba en la casa de Edwards exhortaba a los ministros jóvenes que le visitaban a comprometerse en días frecuentes de oración y ayuno, por lo útil que esto era.

Asimismo, Brainerd ocupaba tiempo en el estudio y entremezclaba estas tres cosas. «Gasté gran parte del día escribiendo; pero entrelazaba la oración con mis estudios ...». «He ocupado este día en la oración, la lectura y en escribir; y disfruté alguna ayuda, sobre todo corrigiendo algunas ideas en cierto asunto». Siempre estaba escribiendo y pensando sobre temas espirituales.

La vida de Brainerd es una larga tensión agónica para redimir el tiempo, no cansarse en hacer el bien y crecer en la obra del Señor. Y lo que hace

su vida tan poderosa es que él avanzó en esta pasión bajo los inmensos esfuerzos y penalidades que tuvo.

El legado de Brainerd

El legado de Brainerd lo recibió primera y directamente Jonathan Edwards, el gran pastor y teólogo de Northampton: «(Reconozco) con gratitud la graciosa dispensación de la Providencia para mí y mi familia permitiendo que él viniese a mi casa en su última enfermedad, y muriese aquí: para que nosotros tuviéramos oportunidad de conocerle y compartir con él, para mostrarle ternura en tales circunstancias, y para ver su conducta, oír sus discursos finales, recibir sus consejos, y para tener el beneficio de sus oraciones antes de morir».

Edwards dijo esto aun cuando debe haber sabido que el hecho de tener a

Brainerd en su casa con esa enfermedad terrible costó la vida a su hija. Jerusha había cuidado a Brainerd durante las últimas semanas de su vida, y meses después que él murió, ella murió del mismo mal.

Como resultado del inmenso impacto de la ‘La vida de Brainerd’, escrita por Edwards, muchos misioneros famosos que testifican haber sido sostenidos e inspirados por la vida de Brainerd. Cuando Guillermo Carey leyó la historia de su vida consagró su vida al servicio de Cristo en las tinieblas de la India. Roberto McCheyne leyó su diario de vida y pasó su vida sirviendo entre los judíos. Enrique Martyn leyó su biografía y se entregó por completo para consumirse en un período de seis años y medio en el servicio de su Maestro en Persia. Andrew Murray solía decir del Diario de Brainerd: «¡Cómo estos ejemplos reprochan la falta de oración y la tibieza de la mayoría de las vidas cristianas!». Y recomendaba su lectura diciendo que sólo tres de sus páginas bastaban para influenciar positivamente a cualquier siervo de Dios.

¡Una vida tan joven, y tan hermosamente sacrificada en honor del Maestro!

Lo que David Brainerd escribió a su hermano, Israel, es para todos los cristianos de cualquier época un desafío: «Digo, ahora que estoy muriendo, que ni por todo lo que hay en el mundo habría yo vivido mi vida de otra manera».



Brainerd predicando a los indios (Grabado).

DESCONOCIDO

Cuando el Señor Jesús lleva a sus discípulos a Cesarea de Filipo ha llegado a la etapa final de su ministerio. Probablemente ya han transcurrido tres años, y quedan sólo unos pocos meses por delante. Él ve que es el momento de confrontar a sus discípulos con su verdadera identidad: ¿Quién es el Hijo del Hombre?

En el diálogo que sostiene con ellos queda muy claro que las multitudes no le conocen. Las respuestas son variadas y todas ellas erradas. Pero, ¿qué de los discípulos? Cuando él les hace la pregunta a ellos, pareciera que enmudecen. No hay registro de alguna respuesta de ellos.

¿Se habrá producido un largo y embarazoso silencio? ¿Estupor? ¿Habrá debido el Padre intervenir para salvar a los discípulos de una vergüenza mayor? Pedro interviene para decir lo que no tenía en su corazón; lo que ningún hombre puede saber por sí mismo con respecto a Jesús. La respuesta de Pedro es la respuesta de Dios, no del hombre.

Jesús era un desconocido para ellos, pese a que frecuentaron su compañía por muchos días. Estaban cerca de él físicamente, pero no de corazón – no le conocían. Por eso, aquel momento debe de haber sido de tristeza para el Señor – uno más que vivía a causa de los discípulos.

Pero hoy, ¿es diferente? Muchos hay que frecuentan con demasiada frecuencia los altares, sin conocerle. Muchos hay que observan alambicadas formas de piedad, sin saber quién está detrás de ellas. Suelen usar formas buenas para hablar de ello, pero no pueden hablar de él como de alguien conocido, porque no lo es.

Usan formas convencionales, pero nada vivo y real. Ellos no pueden decir que se convirtieron a Cristo, sino «al cristianismo»; no pueden decir que conocen a Jesús, sino «el evangelio», no siguen a Cristo, sino «la religión ...» – y le ponen un apellido. No pueden decir que están en Cristo, sino que asisten a «las reuniones»; ellos no conocen al Señor, sino vagamente «a Dios». ¿Qué significa esto?

Que todavía hoy, igual que ayer, Cristo es un desconocido.

Claves para el estudio de la Palabra.

Éxodo

A. T. Pierson

Palabra clave: Pascua · Versículo clave: 12:23

Este es el libro del Éxodo o salida. A través de una serie de diez plagas, Dios libertó su nación elegida de la esclavitud de Egipto. La sangre ahora se torna la señal de garantía de la redención. La palabra ‘pascua’¹ tiene un significado triple: Dios pasó sobre las casas rociadas con la sangre; luego fue separado para él todo primogénito (13:12); e hizo que Israel pasara por el Mar Rojo.

Las diez plagas son juicios contra los dioses de Egipto, 12:12. La primera y la segunda, contra el idolatrado río Nilo. La tercera, contra el dios-tierra, Gea, y los sacerdotes, que no podían ejercer sus funciones infestados por piojos. La cuarta y la octava, contra Chu, la atmósfera, hijo de Ra, el dios-sol, contra quien fue dirigida la novena plaga. La quinta, contra el toro sagrado, Apis. La sexta, contra Sutech o Tifón, las cenizas de cuyas víctimas eran echadas al viento. La séptima, contra el escarabajo sagrado. La décima, contra todos los dioses de una sola vez, y la nación que decretó la destrucción en masa de los niños hebreos.

El capítulo central es el duodécimo. La Pascua es una figura del pecado y salvación. Sus cinco características principales son: 1. Juicio divino; 2. Una vida por una vida; 3. Sangre en los dinteles y los postes de la puerta, pero no en la solera, donde podría ser pisada (Hb. 10:29); 4. Al ver la sangre, Dios pasó sobre su pueblo; y 5. Consagración de todos los primogénitos, tanto de hombre como de los animales y de las primicias. De aquí en adelante, *redención* por la

sangre y la *relación peculiar* con el Redentor se tornan las claves para toda la Palabra de Dios.

Tenemos aquí, también, el comienzo de «*El Peregrino*» original². *La columna* de la Presencia de Dios guiando el camino. El Escondedero de su poder (13:21, 22). *Su tabernáculo* es establecido en medio de su pueblo. Aquí él primeramente da a conocer su nombre, *Jah*, «Yo soy el que soy», o «Yo soy aquel que es» para siempre. Juan 8:58; Hb. 13:8. Su ley es grabada sobre piedra para indicar Su autoridad y fuerza eternas.

Moisés es el personaje central. Su vida se divide en tres períodos, cada uno de 40 años: 1. De su nacimiento hasta su huida a Madián; 2. Desde su huida hasta el éxodo; y 3. Desde el éxodo hasta su muerte. Su primer intento para libertar a Israel falló porque fue en la fuerza de su carne; después él prosperó en la fuerza del espíritu. Moisés es un *tipo de Cristo*, en los peligros de su infancia, su renuncia voluntaria a la realeza, su entrenamiento en la soledad, y su liderazgo del pueblo en la salida del cautiverio.

DIVISIONES

1. **Ex. 1-12** Israel en Egipto.
2. **Ex. 13-18** De Egipto al Sinaí.
3. **Ex. 19-40** En el Sinaí; es dada la Ley.

¹ Del inglés *passover*, que significa ‘pasar sobre’.

² Libro escrito por Juan Bunyan.

El Evangelio según Lucas.

Viendo a Cristo como el Hijo del Hombre



Stephen Kaung

Lecturas: Lucas 1:1-4; 19:10; 24:50-53.

Nosotros sabemos que Lucas es un médico griego. Y, por esa razón, vamos a descubrir que él se interesa por los seres humanos, por el hombre. Él nos dice que, aunque no haya sido un testigo ocular, investigó todo cuidadosamente. Como resultado de su investigación, surgió el deseo de escribir lo que él había descubierto a Teófilo para que éste pudiese entender que todo lo que él había escrito era confiable.

No sabemos quién fue Teófilo. Probablemente él haya sido un noble, porque en aquella época había la costumbre de que los escritores dedicasen su trabajo a un noble o patrono. Pero no es tan importante saber si él era un noble o no, porque sabemos que su nombre significa «Aquel que ama a Dios». Entonces, aquí descubrimos a alguien que ama a Dios y, para que aquel que ama a Dios, este evangelio es presentado de forma que él pueda conocer a Jesús.

Queridos hermanos, en un sentido todos nosotros somos Teófilos, todos amamos a Dios y, si nosotros amamos a Dios, entonces necesitamos tener revelación de quién es Jesús. En el Evangelio según Lucas, él descubre que Jesús es el Hombre perfecto; él es el Hijo del Hombre. Él es Dios-Hombre. Por lo tanto, Lucas comparte lo que él entendió y nos presenta al Señor como el Hombre perfecto, el Hijo del Hombre.

Cuando consideramos la historia del hombre, varias cosas son de gran importancia: 1) nacimiento, 2) crecimiento, 3) trabajo, servicio o ministerio, 4) muerte. En el evangelio según Lucas, estas cuatro cosas están registradas metódicamente. De los cuatro evangelios, es el de Lucas que nos da la historia más detallada del nacimiento de nuestro Señor Jesús. En Lucas, Cristo Jesús es presentado a nosotros como hombre, por lo tanto, su nacimiento es descrito detalladamente.

El nacimiento de nuestro Señor Jesús

Amados hermanos, cuando consideramos el nacimiento de nuestro Señor notamos que él es único; es completamente sobrenatural, porque él nació por la obra del Espíritu Santo en el vientre de una virgen, María, cubriéndola con su sombra. Eso es de tremenda importancia, porque si nuestro Señor hubiese nacido de modo natural, de padres humanos, él invariablemente habría heredado la naturaleza pecaminosa de Adán. ¿Por qué? Porque Adán, el primer hombre, es la cabeza general de la humanidad; siendo así, todo aquel que es originado en Adán, hereda de él la naturaleza pecaminosa. Si nuestro Señor hubiese nacido de padres naturales, él habría heredado la naturaleza pecaminosa y por eso no podría ser nuestro Salvador. Él no podría ser nuestro sustituto, porque solamente aquel que es sin pecado puede ser sustituto del pecador. Es por eso que la encarnación de nuestro Señor fue por medio de la venida del Espíritu Santo sobre María cubriéndola con su sombra. Igualmente, es por este motivo que cuando el Señor Jesús nació fue dicho: Él es la simiente santa; él es el Santo de Israel; él es quien no tiene pecado; él es aquel que no heredó de Adán aquella naturaleza pecaminosa. Él no conoció pecado. Él jamás cometió ningún pecado.

Hermanos, Cristo nació y a los ojos de Dios él es el Segundo Hombre. Eso quiere decir que él es el principio de una nueva raza, el principio de una nueva humanidad (1 Corintios 15:45-49). Nosotros venimos de Adán, el primer hombre, hecho de polvo. Nosotros traemos la imagen de Adán, la imagen de alguien hecho de polvo. Mas, gracias a Dios, a través de nuestro Señor Jesús Cristo, nosotros ahora procedemos del segundo hombre, y, por tanto, debemos ahora traer la imagen del hombre celestial. Ese es el

Evangelio y esa es la razón de por qué debemos nacer de nuevo. Nosotros nacemos de Adán y por causa de eso somos hechos de polvo; nosotros heredamos la naturaleza pecaminosa. Nosotros éramos pecadores cuando nacimos. Frecuentemente pensamos que somos pecadores porque cometemos pecados, pero la Palabra de Dios nos dice que por la injusticia, por la rebeldía de un hombre, muchos fueron constituidos pecadores (vea Romanos 5). En otras palabras, por causa de la rebeldía de Adán, nuestro padre, todos nosotros nos tornamos pecadores. Ya éramos pecadores incluso antes de cometer algún pecado. Pero, gracias a Dios, aunque una vez hayamos nacido en Adán, pecadores, cuando nos arrepentimos y creemos en el Señor Jesús, nosotros nacemos de lo alto («*Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*»), nacemos del Espíritu, y somos introducidos en la familia de Dios. Nosotros recibimos una nueva vida del Segundo Hombre, que es la vida celestial y eso es lo que hoy somos por el Evangelio, por la gracia de Dios. Cuán importante es que seamos encontrados en el Segundo Hombre, en Cristo.

El crecimiento de nuestro Señor Jesús

El segundo aspecto importante en la vida de un hombre es su crecimiento. De los cuatro Evangelios, solamente el Evangelio según Lucas nos relata algo de la historia del crecimiento del Señor Jesús. Después de su nacimiento, él fue circuncidado al octavo día. Eso muestra su relación de pacto con Dios. Dios había hecho un pacto con Abraham según el cual todo niño que naciese debía ser circuncidado al octavo día y la circuncisión es una señal de su pacto con los hijos de Israel. Si alguien de los hijos de Israel no

es circuncidado, él no es considerado perteneciente a la comunidad de Israel, es decir, está fuera del pacto de Dios.

Después que nuestro Señor Jesús nació, él fue circuncidado al octavo día. El día de la circuncisión, le fue dado, por el ángel, el nombre de Jesús. Es claro, sabemos que fue Dios quien le dio ese nombre. El nombre Jesús significa «Y él nos salvará de nuestros pecados».

Después que fue circuncidado, sus padres lo llevaron al templo para presentarlo a Dios (Lucas 2), porque, de acuerdo con la ley, todo primogénito pertenece a Dios. Él fue llevado al templo para ser presentado a Dios para que pudiese tener una relación divina con Dios, no solamente una relación de pacto, sino también una relación divina con Dios. Él fue ofrecido a Dios. De cierta forma, él fue sacrificado a Dios.

Entonces, él fue para Nazaret. Hay apenas una frase que nos relata lo que sucedió en su infancia. Lucas 2:40: «Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él». Después que Jesús nació, fue circuncidado, y ofrecido a Dios, sus padres lo trajeron de vuelta a Nazaret, donde creció. Él tuvo un crecimiento absolutamente normal. Cuando usted piensa en un crecimiento normal, debe pensar en tres aspectos: físico, mental y espiritual. Naturalmente, en el caso de un niño, lo físico viene primero, por eso la Biblia dice se fortalecía. El segundo aspecto es el mental: llenándose de sabiduría. Y el tercer aspecto es: la gracia de Dios era sobre él. Fue un crecimiento perfecto en su infancia.

A partir de ahí, nada sabemos respecto de él hasta sus 12 años de edad, y entonces, nuevamente el único lugar en que eso es registrado es el Evangelio de Lucas. Cuando tenía 12 años de edad, fue llevado por sus padres a Jerusalén para

adorar en el templo. Nosotros sabemos que, en aquella época, cuando un pequeño alcanzaba los 12 años, él debía tornarse un hijo de la ley: un Bar-Mitzvah. Hoy, entre los judíos ortodoxos, su Bar-Mitzvah es a los 13 años, pero, en aquella época era a los 12 años. Entonces, evidentemente cuando el Señor Jesús cumplió 12 años, sus padres fueron al templo y allá él se tornó un hijo de la ley.

¿Qué significa «hijo de la ley»? Significa que delante de la ley él es ahora un verdadero miembro del gobierno de la ciudad. Ahora él tiene derecho de leer los oráculos de Dios; el derecho de hacer y responder preguntas. Él se había convertido en un miembro maduro del templo de la sinagoga de Dios.

Así, él se tornó en un hijo de la ley a los 12 años de edad, y usted sabe, algo sucedió. Ellos fueron a Jerusalén a adorar a Dios. Cuando había acabado la fiesta, todos fueron a casa. Aquellos que venían de Nazaret normalmente viajaban juntos y, en el camino de regreso, normalmente los adultos iban juntos, conversando. Los niños, por su parte, también viajaban juntos. Entonces sus padres pensaron que Jesús estaría con los otros niños de su edad, y solamente en la noche se dieron cuenta de su ausencia. Lo buscaron por tres días hasta que finalmente lo encontraron en el templo. En otras palabras, sus padres fueron a casa, mas él permaneció en el templo. Cuando su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia». Entonces el Señor Jesús respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?»

Nosotros sabemos que nuestro Señor Jesús es Dios, pero también es hombre. Él es perfecto Dios, él es perfecto hombre. Así como un niño crece gradualmen-

te, desde el punto de vista humano, nosotros podríamos decir que creció gradualmente en Jesús la conciencia de su relación divina con Dios, una conciencia de que él era Hijo de Dios. Esa conciencia creció gradualmente hasta que a los 12 años, él se tornó un hijo de la ley, y yo creo que ese acontecimiento realmente confirmó eso. En otras palabras, él estaba plenamente consciente de su relación con Dios, su Padre y, por causa de eso, él debía estar ocupado en los negocios de su Padre. Él había quedado atrás en el templo, pero era un pequeño. Aunque estuviese plenamente consciente de su relación divina con Dios el Padre, aún así era un hombre perfecto. Por lo tanto, como un pequeño, él obedeció a sus padres, retornó a Nazaret y permaneció con ellos. ¡Qué maravilloso equilibrio entre humanidad y divinidad!

Desde los 12 hasta los 30 años Jesús permaneció escondido en aquella apartada y montañosa ciudad de Nazaret. Él nunca estuvo en la escuela rabínica, aunque él estaba en la escuela de Dios, su Padre. Humanamente, él aprendió la profesión de carpintero. Él debe haber sido un excelente carpintero, porque ellos lo llamaban «el carpintero». Jesús vivió una vida perfecta y normal como un perfecto ser humano. Nosotros realmente no sabemos lo que sucedió en aquellos años de formación, pero en la Biblia encontramos la siguiente frase: «*Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres*» (Lc. 2:52).

Sabemos que, en la primera infancia hasta la adolescencia, el crecimiento más evidente es el físico. Con todo, la cosa más evidente desde los 12 a los 30 años, debería ser el crecimiento mental – sabiduría. Está escrito: «*Y Jesús crecía en sabiduría*». Él encontró gracia para con Dios y los hombres a lo largo de todos

aquellos años, hasta que cumplió los 30 años de edad y salió de Nazaret.

Cuando él salió, la primera cosa que hizo fue ser bautizado por Juan Bautista. El bautismo de Juan Bautista es el bautismo de arrepentimiento, mas aquí estaba un hombre perfecto, que no tenía nada de qué arrepentirse. ¿Hay alguna otra persona en todo el mundo que no tenga nada de qué arrepentirse? Supongo que nosotros tenemos mucho de qué arrepentirnos. Hay muchas cosas que nos olvidamos y de las cuales nos deberíamos arrepentir, pero nuestro Señor Jesús es el hombre perfecto. Él no tiene nada de qué arrepentirse y aún así vino para ser bautizado por Juan.

Inicialmente Juan quería impedirlo porque sintió que aquel hombre era alguien tan perfecto, tan noble. Él dijo: «No, no. Yo soy quien debería ser bautizado por ti. ¿Cómo quieres ser bautizado por mí?». Pero el Señor le dijo: «Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia». En otras palabras, nuestro Señor Jesús se identificó con aquellas almas arrepentidas. Dios está llamando al hombre al arrepentimiento y aquí está este hombre perfecto, el cual no tiene de qué arrepentirse, pero se identifica con aquellos que se arrepienten a fin de que él pueda ofrecerse a sí mismo como sacrificio por ellos.

Por eso, después de haber sido bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre él como una paloma y habitó en él. La paloma, en las Escrituras, es el sacrificio de los pobres. Cuando un hombre pobre no puede comprar un cordero o un novillo, entonces su sacrificio es una paloma. Nuestro Señor Jesús se ofreció a Dios por medio del Espíritu eterno, como una paloma sin mancha, como un sacrificio por los pobres. Gracias a Dios por nuestro Señor Jesucristo. Hermanos, ese fue el crecimiento de nuestro Señor Jesús.

En un sentido, en nuestra unión con Cristo, nosotros también necesitamos tal crecimiento. Después de nacer de nuevo, debería haber una sensibilidad creciente, una creciente conciencia de nuestra comunión con Dios. Nosotros somos ahora hijos de Dios, y como hijos de Dios, ¿no deberíamos estar ocupados en los negocios de nuestro Padre? Yo creo que en la unión con Cristo, a medida que crecemos en él, debería haber un sentimiento creciente de que nosotros pertenecemos a Dios y que estamos aquí por amor de él. No estamos aquí sólo para vivir para nosotros mismos; no estamos aquí para ocuparnos con nuestros propios negocios, sino somos suyos; nosotros estamos aquí para hacer la voluntad del Padre, para estar ocupados con los negocios del Padre. ¡Y, por causa de eso, necesitamos confiarnos a él con esa finalidad! Yo creo que esa conciencia debería crecer en nuestro interior.

Nuestro Señor Jesús, a los 12 años de edad, estaba plenamente convencido de su comunión con el Padre, y él deseaba estar ocupado en los negocios de su Padre, pero siendo un menor él todavía tenía el deber de obedecer a sus padres, y eso hacía. Aunque nosotros tengamos otros deberes y obligaciones, esos no son contradictorios con nuestra conciencia de que debemos servir a Dios. Al contrario, a través de todos esos conflictos, a través de todas esas combinaciones, vamos a crecer de forma equilibrada y vamos a madurar. Descubriremos que, a medida que crecemos en el Señor, podremos estar ocupados en las cosas del Padre aun cuando estemos ocupados en otras cosas. En otras palabras, nosotros comenzamos a darnos cuenta que los negocios de nuestro Padre son nuestra ocupación y, con esas ocupaciones bajo su gobierno y dirección, nosotros podemos ser maridos,

esposas, estudiantes, médicos, enfermeras, profesores, nosotros podemos ser esto o aquello, pero todas esas son vocaciones secundarias. Nuestra primera vocación es servir a nuestro Dios, nuestro Padre, y, al ejercer esas vocaciones secundarias, nosotros cumpliremos nuestra vocación primaria. Entonces, queridos hermanos, nosotros debemos crecer espiritualmente como nuestro Señor Jesús porque él es nuestra cabeza.

La obra de nuestro Señor Jesús

La tercera cosa en la historia de un hombre es su obra, su servicio. Después que usted crece, obviamente usted necesita trabajar, necesita servir, hacer cosas. Nuestro Señor Jesús, a los 30 años de edad, salió para darse a conocer a los ojos del mundo. En el Evangelio de Lucas, en los capítulos 4 al 21, está registrado lo que él hizo y dijo. Él viajó de aldea en aldea, y de ciudad en ciudad predicando el Evangelio, expulsando demonios, curando a los enfermos, hablando la palabra de la gracia, y realizando obras de poder, de autoridad.

Nuestro Señor Jesús hizo muchas cosas. Aunque sólo haya trabajado poco más de tres años, tenemos registrado en el Evangelio de Juan la siguiente frase: *«Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir»*. La Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos no podría contener todos los libros escritos acerca de lo que el Señor Jesús es y de lo que hizo, y tampoco las bibliotecas del mundo podrían contener los libros escritos acerca de él. En tres años y medio él hizo muchas cosas, él dijo muchas cosas, mas todo lo que dijo es verdad y todo lo que hizo es gracia.

Pero, queridos hermanos, recuerden una cosa: pese a las muchas cosas que hizo, a las muchas palabras que habló, él no estaba en la tierra con el objetivo de tener éxito o popularidad. Él dijo e hizo todas las cosas porque estaba haciendo la voluntad de su Padre celestial. Toda su vida era gobernada por una única cosa: hacer la voluntad del Padre.

Otra cosa que se puede notar acerca del Señor Jesús es su interés por los seres humanos. Él está interesado en todos los hombres; no solamente en los judíos, sino también en los gentiles; no solamente en los fariseos como Nicodemo, sino también en los pecadores y publicanos. Cuando él tocaba a las personas, él lo hacía no solamente con divinidad, sino también con humanidad. Esa es la obra de nuestro Señor Jesús.

En un sentido, hermanos, en unión con nuestro Señor Jesús, nosotros también debemos servir. Es claro que Dios puede usarnos de diferentes maneras, haciendo muchas cosas diferentes, mas debemos recordar una cosa: todo lo que hagamos o digamos, debe ser para la gloria de Dios. No estamos trabajando aquí en esta tierra para obtener éxito; no estamos buscando popularidad. Estamos aquí para hacer la voluntad de Dios a través del poder del Espíritu Santo, por medio de la gracia de nuestro Señor Jesús. Eso debería caracterizar todo lo que hacemos o decimos.

La muerte de nuestro Señor Jesús

Finalmente, tenemos la muerte de nuestro Señor Jesús, que está registrada en los capítulos 22 a 24 de Lucas. Su muerte es única. Es sobrenatural en un sentido. Él no murió una muerte natural. La mayoría de las personas gusta de morir una muerte natural. Él no murió ni siquiera la muerte de un mártir. Oh, si usted lee las historias de los mártires como

las escritas en el «Libro de los Mártires», va a encontrar millares y millares de mártires que murieron por el Señor Jesús. ¡Cómo ellos glorificaban a Dios por la forma cómo murieron! Pero, queridos hermanos, cuando nuestro Señor Jesús murió en la cruz, él no murió como un mártir. ¿Por qué? Porque él clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». ¿Esa es la muerte de un mártir? No. Él murió una muerte sustitutiva o vicaria. Él murió una muerte expiatoria. *«Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él»* (2 Cor.5:21).

Cuando Jesús estaba pendiendo de la cruz, durante las primeras tres horas, él estaba sufriendo en las manos del hombre y de los enemigos de las tinieblas. Pero, a las 12 horas, el sol se hizo oscuridad y él clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». En otras palabras, de las 12 horas hasta las 3 de la tarde, él no sufrió en las manos de los hombres ni del maligno; él sufrió en las manos de su amado Padre. Dios lo aplastó en la cruz. ¿Por qué? Él se tornó Aquel que tomó sobre sí los pecados del mundo. Su muerte es vicaria, sustitutiva, expiatoria, una muerte única y por causa de su muerte nosotros no moriremos más.

Él fue resucitado de los muertos después de tres días, apareció a sus discípulos, y entonces subió a los cielos. Ahora hay un hombre en gloria. El Evangelio según Lucas comienza con un bebé en un pesebre y termina con un hombre en gloria. En unión con Cristo, en su muerte, nosotros morimos. En su resurrección, nosotros somos resucitados de los muertos. En su ascensión, nosotros estamos ahora sentados con él en regiones celestiales. Gracias a Dios por todo lo que él hizo por nosotros.

Pero, hermanos, la cosa más importante en la vida de una persona, más importante incluso que lo que ella hace y dice, es su persona, o, podemos decir, su personalidad. ¿Qué tipo de persona es él? ¿Qué tipo de personalidad él muestra en el mundo? Yo pienso que esto es la cosa más importante, porque aquello que usted hace y dice es, en verdad, simplemente la expresión de aquello que usted es internamente, o de su personalidad. ¿Qué es personalidad? En mi opinión, personalidad es la suma total del carácter. A lo largo de los años, usted construye su carácter y la suma total de su carácter es su personalidad. Aquello que su persona es, eso es lo que usted es. Dios nunca quiso librarlo de su individualidad, pero ciertamente él quiere mudar su personalidad.

Cada uno de nosotros es una persona, un individuo. Dios nos hizo así. No hay dos personas iguales. Ni siquiera los árboles son 100% semejantes. Nuestros temperamentos también son diferentes. Usted tiene un temperamento; yo otro; en eso reside nuestra individualidad. Usted es usted y yo soy yo. No es la voluntad de Dios que usted sea yo y yo usted. A nosotros nos gusta copiar, pero no copie; a Dios no le gusta la copia. Cada uno es una primera impresión, por tanto, sea usted mismo; es eso lo que Dios desea que usted sea. Él hizo a usted así. Esto es nuestra individualidad y esto permanece hasta la eternidad. Incluso en la Nueva Jerusalén, las doce piedras del fundamento son doce piedras diferentes, porque una es Pedro y otra es Juan. Ellos son totalmente diferentes: Pedro es un extrovertido, y es evidente que Juan es introvertido. Pero, gracias a Dios, él puede usar a todos. No importa cuál sea su temperamento, Dios puede usarlo si usted deja que él lo controle.

La individualidad permanece, mas la

personalidad debe ser mudada. En otras palabras, el carácter de Cristo tiene que ser formado en usted. Usted tiene el carácter de Adán, usted tiene una combinación de ese carácter y yo tengo otra combinación de su carácter, pero es todo, igualmente, carácter de Adán. No es bueno. Nuestro carácter debe ser mudado y desarrollado porque, cuando creemos en el Señor Jesús, esa nueva vida en nosotros tiene una nueva naturaleza. Si nosotros seguimos esa nueva naturaleza y la cultivamos, entonces desarrollaremos un nuevo carácter, el mismo carácter de Cristo, y la suma total es Cristo. Cuando las personas la miran, ellas no lo ven a usted, sino a Cristo. Cristo se expresa a través de usted; su personalidad está siendo difundida a través de su individualidad. Hermanos, esto es glorioso y este es el propósito de Dios con la humanidad; es en esto que Dios está interesado.

En Lucas, usted ve a nuestro Señor Jesús, el Hombre perfecto. Dios lo envió al mundo para ser un modelo, en un sentido, y Dios dice que nosotros todos seremos remodelados de acuerdo con él, transformados y conformados a su imagen. Es claro que él es más que un modelo, porque él es nuestra propia vida. Él pone su propia vida en nuestro interior y, a medida que permitimos que su vida sea desarrollada en nosotros, entonces él será formado en nosotros. Así, la Biblia dice: *«Hechos conformes a la imagen de su Hijo»*, y *«Cristo formado en vosotros»*. Cuando tratamos de esta cuestión acerca de Cristo como el Hombre perfecto, es necesario que conozcamos su personalidad. Tenemos que conocer su carácter humano, el carácter con el cual Dios se complace. Hay muchos aspectos de este carácter en el Evangelio según Lucas, pero yo pienso que hay algunos aspectos que sobresalen.

Una vida transparente

Cuando leemos sobre la vida de Cristo como hombre, hay algo que nos llama la atención: él es transparente; eso lo hace real, verdadero. Él no es una persona que vive de un modo en la intimidad y de otro modo en público. Él no es alguien que dice una cosa y hace otra. Es el mismo interior y exteriormente. O sea, delante de Dios es él lo que es delante de los hombres. Él es el que es. Él no finge en ninguna circunstancia, no tiene ninguna fachada. Él es claro como cristal, es transparente.

El pecado hace que nos escondamos. Cuando Adán y Eva pecaron en el jardín, cuando oyeron la voz de Dios que se aproximaba, ellos se escondieron entre los árboles. El pecado hace que nos escondamos. Esta es la razón por la cual ninguna persona sobre la tierra es transparente. Si hubiese un rayo X que pudiese mostrar lo que pasa por su mente, usted desearía arrojarlo al fondo del mar. No podemos ser transparentes porque sabemos que hay muchas cosas que en nosotros no pueden ser conocidas.

Pero nuestro Señor Jesús no; él es transparente. Incluso sus enemigos tuvieron que reconocer eso. Él es transparente porque vive por su corazón, él vive por el Espíritu. No hay nada delante de él, ni detrás. *«Él es el mismo ayer, hoy y por todos los siglos».*

Queridos hermanos, esa es una característica del hombre que necesita ser desarrollada. ¡Oh, cuán opacos, cuán negros somos! Necesitamos que la cruz nos purifique para que la transparencia sea desarrollada en nosotros y seamos los mismos delante de los hombres y delante de Dios; en secreto o en público.

Una vida dependiente

En la vida de nuestro Señor como ser humano, él vivió una vida de dependen-

cia. Cuando Dios creó al hombre, lo creó para que fuera dependiente de él. Adán y Eva dijeron: nosotros no necesitamos de Dios, nosotros mismos somos dios. Eso es pecado. Pecado es la declaración de independencia con respecto a Dios. Pero nuestro Señor Jesús, el Hombre perfecto, vive una vida de total dependencia de Dios.

Dependencia no significa que usted es débil, que usted no tenga decisión, que usted se vuelva pasivo. No es eso. La vida de nuestro Señor Jesús es muy consagrada, llena de poder; con todo, su poder y su consagración son dependientes de Dios, su Padre. Él dijo: «Yo nada puedo hacer de mí mismo; lo que hago, lo hago porque mi Padre lo hace. Yo nada digo de mí mismo; yo digo lo que oí decir a mi Padre». En otras palabras, toda su vida es dependiente de Dios. Ese es el hombre que Dios desea, porque en nuestra dependencia de Dios nosotros encontramos nuestra realización.

¿Cómo sabemos que el Señor Jesús vivió una vida con tal dependencia? Creo que hay una señal que evidencia eso. De los cuatro evangelios, en el Evangelio según Lucas, usted descubre el mayor número de registros de cómo nuestro Señor oraba. ¿Por qué usted ora? Si usted es independiente, usted no necesita pedir nada. ¿Por qué nosotros oramos? Nosotros oramos porque no podemos; sabemos que tenemos que depender de él, tenemos que mirarlo a él, tenemos que esperar de él. La oración es una señal externa de nuestra dependencia de Dios.

En el capítulo 3, cuando él salió de las aguas del bautismo, él estaba orando. Antes de escoger sus discípulos, él fue al monte y pasó toda la noche orando a Dios. Los discípulos lo vieron orando y le pidieron que les enseñase a orar. Él les animó a orar y no desmayar. Él oró por Pe-

dro para que su fe no faltase. En el monte de la transfiguración, él oró; y cuando oraba, fue transfigurado. En el huerto del Getsemaní él oró; y, aun cuando estaba en la cruz, él oró.

Queridos hermanos, descubrimos que la vida de nuestro Señor Jesús es una vida de dependencia. ¡Oh, cómo nosotros necesitamos desarrollar ese tipo de vida!

Una vida grande

Cuando leemos sobre la vida de nuestro Señor como hombre, descubrimos que él es un gran hombre, un hombre con un gran corazón. Nosotros decimos que él es un hombre universal. El Señor Jesús nació en Belén, fue criado en Nazaret y, cuando él tenía 30 años de edad, comenzó a viajar. Sin embargo, en esos aproximadamente tres años él no viajó más de 320 Km. Hoy en día 320 Km. no son nada. No creo que haya alguien aquí que nunca haya viajado 320 km.; esa distancia es recorrida en un día. Pero, a lo largo de toda su vida, él no viajó más de 320 Km., y aún así usted descubre un hombre que es tan grande, al punto de que nunca fue afectado por la intolerancia, por los prejuicios o por el sistema legalista de su época. Él nunca fue pequeño o limitado; él es un gran hombre, su corazón abarca todo el mundo. Él es tan grande que incluso los pecadores y publicanos se sienten bien en su presencia.

Frecuentemente nosotros sentimos cuán pequeños somos. Somos hombres y mujeres pequeños; nuestro corazón es tan pequeño, incluso nuestro amor es tan limitado; estamos llenos de prejuicios. Cualquier cosa, por pequeña que sea, puede turbarnos. Que Dios nos pueda li-

bertar de nuestra pequeñez, de nuestra mezquindad, que Dios nos liberte porque pensamos que somos grandes. Nuestro Señor es el hombre universal. Él nos incluye a todos. Que por su gracia nosotros podamos ser grandes.

Una vida con un solo objetivo

Finalmente, el Señor Jesús es alguien con un único objetivo: Su rostro estaba siempre vuelto hacia Jerusalén. Él estaba en la tierra para hacer una sola cosa: la voluntad del Padre, no importando lo que le fuese a suceder. Es ese tipo de hombre el que Dios busca.

Queridos hermanos, que el carácter de nuestro Señor, como Hombre perfecto, pueda ser formado en nosotros, para que podamos ser dependientes de Dios, para que podamos ser grandes, para que podamos ser transparentes y para que tengamos un único objetivo mientras estemos en esta tierra. Hoy nosotros tenemos un hombre en gloria, él no es solamente Dios, es también hombre. Él es un hombre en la gloria, y ese hombre en la gloria es la garantía de que un día habrá otros hombres y mujeres en la gloria, porque él conducirá muchos hijos a la gloria.

Gracias a Dios, nosotros nacemos de nuevo como bebés, pero si seguimos al Señor, él va a trabajar en nosotros por medio de su Santo Espíritu; él nos va a transformar, nos va a conformar a la imagen de nuestro Señor Jesús, para que un día, cuando él vuelva, pueda hallar muchos hijos semejantes a él. Él será el primogénito entre muchos hermanos, y habrá muchos hombres y mujeres en la gloria. Que el Señor nos ayude.

Tomado de Vendó Cristo no Novo Testamento, Vol.1

Estudios sobre el libro de Éxodo (3ª Parte).

Las salidas de Dios



J. Alec Motyer

2. EL DIOS COMPAÑERO (13: 17 A 24: 18).

Cerramos nuestro estudio anterior declarando que el comer del Cordero de Dios compromete al pueblo de Dios a un cierto estilo de vida. Ahora estudiaremos tres rasgos de esa vida:

i. Era vida bajo la sangre

Ellos entraron a través de una puerta manchada de sangre en su experiencia de salvación, y salieron a través de la puerta manchada de sangre a su vida de peregrinación. En su experiencia subsiguiente, Dios hizo provisión para que la eficacia de la sangre que se vertió una vez en la tierra de Egipto estuviese siempre disponible para ellos. Esto explica los repetidos sacrificios, que significaban prolongar la eficacia de lo que había sido hecho una vez por todos en Egipto.

ii. Era vida bajo la nube

Tan pronto iniciaron su peregrinación, ellos descubrieron que no queda-

ban librados a sus propias expensas; hubo algo que los marcó para Dios: la vida bajo la nube. Esa gran nube consagró la totalidad de la vida de los israelitas. Ellos sólo se moverían cuando la nube se moviera y sólo se detendrían donde la nube se detuviese. Vivieron todo el tiempo bajo esa nube protectora, proclamando a todo testigo que ellos eran el pueblo de Dios.

iii. Vino a ser vida bajo la ley

Después Dios reveló el significado de esa nube en mandatos detallados, porque nuestro Dios es un Pastor cuidadoso de nuestras almas que buscan consagrarse a él no sólo en forma global sino también en los detalles diarios de la vida; y, por consiguiente, da una ley detallada para su pueblo. Debemos comprender que esta obra completa de Dios fue diseñada para producir un pueblo obediente. Dios sacó a este pueblo comprado por sangre de la

tierra de Egipto, redimido por la sangre del cordero, y los llevó al monte Sinaí, diciendo: «Yo soy Jehová tu Dios que te libró de la esclavitud. Yo soy su Dios Redentor. Ahora, entonces, ésta es la manera en la que yo quiero que ustedes vivan». En el Antiguo Testamento, así como en el Nuevo, la ley no es una escalera de mano que los incrédulos en vano intentan subir para alcanzar el cielo. No es eso en absoluto, sino un modelo de vida divinamente dado, provisto para los que han sido comprados por la sangre del Cordero.

El pasaje que ahora vamos a estudiar se divide en dos partes. El primero, empezando en el capítulo 13, nos muestra que el elemento de la Peregrinación es la primera cosa que acompaña a la salvación. La nota predominante aquí es: «*hizo Dios que el pueblo rodease por el camino del desierto*» (13:18) y esto es subrayado en el versículo 21: «*Y el Señor iba delante de ellos*». Ellos disfrutaron el compañerismo con el Dios Creador. La segunda sección empieza en el capítulo 19, con la frase clave: «*...acampó allí Israel delante del monte*» (19:2). «*...os he traído a mí*» (v.4). «*Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios*» (v.17). Los peregrinos habían llegado. Así, la segunda cosa que acompaña a la salvación es la comunión con el Dios Santo.

Por el acto de la redención, Dios creó a los peregrinos, personas que comieron Su fiesta con los pies calzados y báculo en su mano, preparados para el camino. Esto ilustra la verdad del Nuevo Testamento expresada en las palabras de Romanos 12:1-2: «*Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios*» —la sangre alrededor de la puerta. «*...que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo...*» — los lomos ceñidos, los pies calzados, el báculo en la mano. «*No os conforméis a*

este siglo...» — ¡No, déjenlo atrás de ustedes! Vayan caminando en peregrinación con su Dios. La redención crea a los peregrinos.

LA PEREGRINACION DEL PUEBLO DE DIOS

La Peregrinación es la primera marca de los redimidos, y es su deber incesante. Cuando el Señor iba delante de los israelitas, se nos dice tres veces que su columna de nube y fuego iba de día y de noche con ellos, «*a fin de que anduviesen de día y de noche*» (v.21). El pueblo de Dios nunca está libre del deber de peregrinar; es su preocupación constante caminar en comunión con su Dios.

Pasemos ahora por estos capítulos para descubrir en ellos algunos de los caminos de este Dios Creador con el cual ellos avanzan ahora.

1. Los curiosos caminos de Dios

«*Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca, porque dijo Dios: Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto. Mas hizo Dios que el pueblo rodease...*» (13:17-18). Ésta es la primera de las curiosas vías de Dios: él llevó al pueblo rodeando. Se puede llamar a esto «el rodeo de Dios». Un mapa mostrará que si alguien quiere ir de Egipto a Palestina, debe viajar al este y luego avanzar hacia el norte. Pero cuando Dios llevó a su pueblo fuera de la tierra de Egipto, les hizo dar un rodeo y les hizo volver a la derecha. Entonces leemos sus extensas instrucciones: «*Di a los hijos de Israel que den la vuelta*» (14:2). ¡Cuán curiosos son los caminos de Dios! Él tiene sus rodeos y tiene sus retiradas.

Habiéndoles hecho remontarse, él los trajo a un lugar específico para que acamparan junto al mar. Ellos estaban exactamente donde Dios los había guiado y les

había dicho que acamparan, sólo para ser atrapados allí por los egipcios. ¡Cuán curiosos son los caminos de Dios! Él volvió a su pueblo sobre sus huellas y los puso justo en el camino del enemigo, pareciendo así contradecir su promesa declarada de liberación y su acto de amor redentor.

Nuestra familiaridad con la historia nos recuerda que Dios los libró en el Mar Rojo y sin duda ellos avanzaron con paso seguro cuando Moisés los llevó a través de las aguas. Habían visto a todos sus enemigos muertos en ese mar, y deben haber sentido que nada se interpondría ahora entre ellos y la tierra prometida. Cuando seguimos leyendo, sin embargo, vemos que entraron tres días en el desierto y no encontraron agua, y lo que es más, cuando encontraron agua, era tan amarga que no podían beberla. Así que en los curiosos caminos de Dios con su pueblo estaba incluido este elemento de desilusión.

En los capítulos 16 y 17 vemos cómo Dios trajo a su pueblo a un lugar de privación, primero el hambre y luego la sed. Siguiendo esta experiencia de privación, tuvieron que enfrentar el ataque y la oposición: «Entonces vino Amalec...» (17:8). Estamos señalando lo extraño de los caminos de Dios con su pueblo redimido. Debemos notar, sin embargo, que a pesar de lo curiosos que puedan haber sido, estos eran los caminos de Dios, porque delante de ellos, en cada jornada, estaba la nube, la columna ardiente de Su presencia. A pesar de lo curiosos que estos caminos pueden haber parecido, eran los caminos de Dios, todos ellos, y el registro se da para que nosotros podamos tener la misma convicción. Ningún hijo de Dios tiene libertad para decir que está fuera de la mano del Padre. Sus caminos pueden parecerse extraños, pero son siempre verdaderos.

2. Los determinados propósitos de Dios

Esta Escritura nos lleva a un lugar de profunda necesidad, donde la pregunta que surge una y otra vez es: «¿Por qué?». ¿Por qué me ha hecho Dios esto a mí? ¿Por qué ha permitido Dios que me pase a mí?». Es una pregunta que rara vez recibe respuesta, probablemente porque en la mayoría de los casos la respuesta no sería útil si la tuviéramos. Sus caminos no son nuestros caminos. Hay, sin embargo, una razón más profunda por la cual esta pregunta debe permanecer sin contestar, y ésta es que el Señor desea que nosotros caminemos con él a la luz de la fe en lugar de la lógica. Reconsideremos la historia bajo esta luz:

i. Protegermos de aquello que no podemos sobrellevar

El secreto interior detrás del rodeo de Dios era que ellos no podían enfrentar entonces una guerra con los filisteos. Él tiene cuidado de nosotros y nos protege de lo que sería más de lo que nosotros podríamos sobrellevar (1 Cor. 10:13).

ii. Garantizar la victoria total sobre el enemigo

Dios hizo volver a su pueblo y les hizo acampar en lo que ellos iban a descubrir era un lugar peligroso (14:3). A ese mismo punto trajo al enemigo, para que finalmente fueran ellos, y no Israel, cogidos en una trampa. Dios obra para una victoria total. Pero si ellos no hubieran ido al lugar de amenaza y desesperación, nunca habrían entrado en la experiencia de la canción de victoria.

iii. Para enseñarnos la obediencia de fe

Esta es la gran lección, que Dios obra con nosotros para enseñarnos la obediencia de fe. Las próximas tres historias en los capítulos 15, 16 y 17 están unidas por

la idea de la puesta a prueba. «...y allí los probó» (15:25). «...para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no» (16:4); y «¿Por qué altercáis conmigo? ¿Por qué tentáis a Jehová?» (17:2). En cada caso el verbo habla de poner a prueba. «...porque tentaron a Jehová» (o pusieron al Señor a prueba), diciendo: «¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?» (17:7). Que nosotros tentemos a Dios es un pecado: que Dios nos pruebe a nosotros es una bendición. La expresión significa «poner a prueba». Esto es saludable para nosotros, pero es pecado para nosotros hacerlo a Dios, porque implica que condicionamos nuestra confianza en él hasta que veamos lo que va a pasar.

Tal comprobación involucra la duda, tanto que el pueblo estaba en efecto diciendo que Dios no podía ayudarles. Poner a Dios a prueba es un pecado; duda de él y lo desafía. Aun más, ellos eran culpables de no tener confianza en un Dios que ya les había demostrado su fidelidad.

Cuando Dios nos pone a prueba, nos conduce a una situación que requiere fe. Por eso lo hace. Él busca traernos de la fe del bebé a la fe del niño, y luego a la fe del adulto. Una cuestión de madurez. La Escritura nos enseña que la fe no es mero asentimiento a proposiciones, sino aferrarse a la verdad cuando ésta es desafiada, aferrándose a ella hasta que la verdad es probada. Ésta es la fe real. Dios nos guía al lugar de prueba para traernos al lugar de la confianza.

La obediencia es consecuencia de la fe. «He aquí, yo haré llover pan del cielo, y el pueblo saldrá y recogerá todos los días la porción de un día, para mostrarles si guardarán mi ley o no» (16:4). Esta ocupación de recoger día a día probó al pueblo en materia de fe. Era un acto de incredulidad intentar recoger de una vez la ración de dos días (16:20). La or-

denanza diaria fue dada para probar a los israelitas acerca de la expresión práctica de la fe por la obediencia diaria basada en las promesas de Dios.

iv. Para desplegar la gracia de Dios

Estas Escrituras muestran cómo la gracia, la fe y la obediencia se entretejen, llegando a estar tan involucradas en nosotros que no hay una verdadera recepción de gracia que no sea creyendo en el Dios de gracia, y no hay ningún verdadero creyente en ese Dios que no actúe en obediencia a sus mandatos.

La gracia permite la obediencia. Fuera de la obra de la gracia, allí viene la obra de la ley. Él actúa hacia ellos en la gracia, y entonces les impone el estatuto u ordenanza (15:25-26). La bendición de la gracia debería llevar sus corazones a la gratitud de la obediencia.

La gracia habilita la obediencia. «Mirad que Jehová os dio el día de reposo, y por eso en el sexto día os da pan para dos días» (16:29). No debe haber ningún problema para ellos en guardar el día de reposo, pues en su gracia Dios les dio bastante el día anterior. De esta manera, su gracia hizo posible para el pueblo guardar el mandamiento de su Dios.

La gracia es Dios mismo en expresión. Ella no es una inyección celestial; es la naturaleza misma de Dios en amorosa liberalidad. Notemos cómo se desarrolla la historia de golpear la roca. (17:5-6). Dios se identificó a sí mismo con la roca, y asimismo se identificó con el golpear con violencia. Esto significaba que como Moisés golpeó con violencia, él golpeó donde Dios estaba, y es el Dios golpeado con violencia –identificado con la Roca golpeada con violencia– quien es la fuente de vida dada con liberalidad.

La bendición no sólo fluyó de golpear con violencia la roca sino del gol-

pear del Dios de toda gracia que estaba de pie al lado de la roca delante de Moisés para que Él recibiera el efecto. Aquí está la esencia de la gracia de Dios. El pueblo consigue lo que ellos no merecen; lo reciben de una fuente de la cual no merecen conseguirlo, a saber, Dios mismo; y lo consiguen de una forma que no merecen, por el golpear de ese Dios. Ésta es la riqueza de la gracia de Dios. Él se puso en el lugar más bajo, para estar a disposición de su pueblo.

Esta gracia es todosuficiente. En la primera mitad del capítulo 17 encontramos que la mano de Moisés se levanta para sostener la vara que golpea la roca. En la segunda mitad encontramos la mano de nuevo levantada, ahora hacia Dios en oración. Así que las dos mitades del capítulo están unidas por la mano alzada del hombre de Dios. Ellas también están juntas limitadas por vía del contraste, porque la primera nos habla de una amenaza que viene del lugar, circunstancial, mientras la segunda describe una amenaza de gente hostil. La mano alzada y el fluir de la gracia fueron suficientes para cubrirlo todo. Si nuestras necesidades se levantan de las circunstancias o de la hostilidad, hay siempre una mano alzada y hay siempre el Dios de toda gracia para hacer plena provisión. Éstos son, entonces, algunos de los determinados caminos de Dios.

3. Los providenciales caminos de Dios

Todavía no hemos terminado con estas historias. Una revisión extensa de ellas nos descubrirá algo de los caminos providenciales de Dios. Es evidente que mucho tiempo antes él había dado pasos para hacer la provisión necesaria antes de que la necesidad surgiera. Tomemos el tema del árbol: «*Jehová le mostró un árbol; y lo echó en las aguas*» (15:25). Tal vez algunos de nosotros tenemos edad para

haber visto crecer árboles. Aun cuando ellos eran bastante viejos, ni Moisés ni el pueblo con él había estado antes en esa situación. No, el árbol había sido puesto providencialmente allí antes de que la necesidad se presentara. Lo mismo es verdad de las doce fuentes de agua y las setenta palmeras en Elim (15:27).

«*Y subieron codornices que cubrieron el campamento*» (16:13). Para explicar esto, encontramos que la fecha es anotada cuidadosamente: era el decimoquinto día del segundo mes. Es el tiempo en que siempre hay codornices allí, pues el lugar está en la ruta migratoria que siguen las codornices cada año. ¡Cuán maravillosamente cronometra Dios su provisión! Y qué diremos de la roca a la que Moisés se le ordenó golpear. Ésta no era obra de algún constructor especulativo, sino la obra del Creador omnipotente. Él hizo la montaña y él hizo esa roca.

A veces hablamos de creer en un Dios de milagros. Creo que es incluso mejor creer en Dios el Creador, el único que ordena lo corriente, la provisión regular para nuestras necesidades. Toda la naturaleza, el universo entero ha sido ordenado por el Creador que ha puesto en ese universo las cosas que habrán de suplir las necesidades de su pueblo en cuanto ellas aparezcan. Es un Dios de anticipadora providencia. Al considerar esto, los peregrinos de Dios pueden hallar siempre estímulo para confiar en él.

4. Los caminos universales de Dios

El último punto enfatizado por esta sección del libro se encuentra en el capítulo 18 y declara que los caminos de Dios son universales. ¡Este capítulo está fuera de lugar! Si esto le sorprende, yo le pido que advierta lo que se dice cuando Jetro trajo a la esposa y los hijos de Moisés

con él cuando Moisés estaba acampado en el monte de Dios (18:5). Todavía Moisés no llegó a esa montaña hasta 19:2. Además Moisés dijo a Jetro cuando se sentaba para juzgar al pueblo: «...y declaro las ordenanzas de Dios y sus leyes» (18:16). Está claro, sin embargo, que no se dieron los estatutos y leyes de Dios hasta los capítulos 20 a 23. Es evidente, entonces, que esta historia ha sido puesta fuera de lugar, pero esto ha sido hecho por propósito divino, porque conecta directamente con el capítulo 17.

La Biblia es gloriosamente libre en su uso del material y siempre hace así con un fin de instruir. Veamos la conexión entre los capítulos 17 y 18. «*Entonces vino Amalec...*» (17:8); «*Y Jetro ... vino a Moisés*» (18:5). Aquí hay dos venidas de gentiles: la primera es una venida de hostilidad y la segunda una venida inquiriendo acerca del pueblo de Dios y su Dios. La primera es la hostilidad del mundo, y la segunda es la atracción del mundo hacia Dios. Una conexión extensa entre los dos capítulos consiste en el hecho de que los dos se ocupan de los eventos de dos días. «... *sal a pelear contra Amalec; mañana...*» (17:9) y, «*al día siguiente se sentó Moisés a juzgar al pueblo*» (18:13). El patrón de los dos capítulos los aúna. Hay también el pensamiento equiparando la reunión de necesidades. En el capítulo 17, el Señor satisface las necesidades de su pueblo y en el 18 satisface la necesidad de un gentil.

Esto es en la primera mitad de los dos capítulos, pero en la última mitad de cada uno vemos a Dios proveyendo compañeros de oración para Moisés mientras en la segunda mitad del 18 él le provee colaboradores de administración. Esto parece mostrar que aunque el capítulo 18

puede estar cronológicamente fuera de lugar, está en el lugar correcto para el propósito de instrucción espiritual. Su énfasis es ciertamente que los caminos de Dios son caminos universales. Él es el Dios Creador, y aunque escoge a un pueblo para redención, él tiene una preocupación más amplia que «los gentiles puedan venir a su luz y los reyes al resplandor de su subida». La venida de Jetro anticipa la venida de los sabios del oriente al nacimiento de Jesús.

Por su pueblo y por lo que él hace para ellos, Dios planea establecer un testimonio en el mundo. En este capítulo aprendemos que es la verdad, la verdad de Dios, la que tiene el poder para ganar almas. Jetro vino porque él había oído todo lo que Dios había hecho (18:1). Él había oído las noticias de la redención del pueblo de Dios. Moisés le dijo más, continuó compartiendo la verdad con Jetro, diciéndole todo lo que el Señor había hecho a Faraón (v.8). Jetro había oído hablar de redención, ahora oyó hablar de victoria. También oyó hablar de liberaciones diarias: «todo el trabajo que habían pasado en el camino, y cómo los había librado Jehová». Esta información llevó a la convicción en el corazón de Jetro, que pudo regocijarse en la grandeza de Dios sobre todos los otros dioses y participar en un sacrificio para él.

Esto explica por qué Dios lleva a su pueblo a lo largo de tales caminos de rodeo y les permite sufrir tales desilusiones y privaciones. Este es un testimonio salvador para los hombres que trae luz a los gentiles. Sus caminos con nosotros tienen importancia en su preocupación por el mundo. Los caminos de Dios son universales. (Continuará).

Los nombres de Cristo.

El Hijo de David



Harry Foster

Los israelitas temieron a Moisés; pero amaron a David. Él fue su gran gobernante, pero también su amigo amado. Fue 'el Rey de Amor' en el Antiguo Testamento. Por desgracia, en la historia posterior, su dinastía cayó en decadencia, y en los tiempos del Nuevo Testamento había perdido toda la virtud de la realeza; pero, aun así, todos sabían que Dios había prometido las 'misericordias fieles' a David, y creían que finalmente aparecería Uno que sería la verdadera simiente de David, no sólo en su genealogía, sino en la sucesión espiritual (Sal. 89:35-37).

Entonces vino el censo romano, milagrosamente cronometrado por la providencia de Dios para asegurar que el Hijo de David largamente esperado naciera en Belén, la ciudad de David (Luc. 2:11). Gabriel había anunciado a María que su hijo estaba destinado a heredar el trono de David, con un reino sempiterno e ili-

mitado (Luc. 1:32-33), y Zacarías había proclamado que el bebé en el vientre de la virgen representaba el cumplimiento de todas las profecías del Antiguo Testamento «*en la casa de David su siervo*» (Luc. 1:69).

Cuando Jesús creció, no mostró ninguna intención de adaptarse a una forma meramente nacionalista o terrenal de soberanía, aunque aceptaba sin protestar ser aludido como el Hijo de David (Mat. 9:27; 20:30-31). Parece que la gente encontraba en él tal combinación de bondad y autoridad que sentían que el título más digno para él era el de Hijo de David (Mat. 12:23).

Cuando la obra de su vida llegaba a su culminación, fue recibido como el Hijo de David por la muchedumbre en las calles de Jerusalén y por los niños que le gritaban hosannas en el templo (Mat. 21:9, 15). Él aceptó este título, porque tenía todo derecho a él, pero en un en-

cuentro con sus detractores, demostró que era tanto el Hijo de David, así como el Señor de David (Mat. 22:42-45). Así que, por esta doble referencia a David, se da mayor énfasis a la majestad de Cristo: él es el verdadero Rey de Amor.

Su majestad es universal, porque está íntimamente involucrada en ese evangelio que es poder de Dios para todas las naciones, incluyendo a los judíos (Romanos 1:3). El evangelio es las buenas nuevas de que Cristo ha sido levantado de los muertos para ser nuestro Rey, así como nuestro Salvador. Esta es la esencia de lo que Pablo describe como 'su' evangelio, el hecho de que las promesas de David han sido garantizadas a todos los creyentes en todo lugar por la resurrección de Jesucristo. Todos nosotros estamos incluidos en «*las misericordias fieles de David*» (Hechos 13:34) y siempre debemos ser celosos en recordar la majestad universal de nuestro Señor resucitado (2 Timoteo 2:8).

La moderna nación de Israel reaccionaría con desprecio a la idea del reinado de Jesucristo haciéndoles la principal nación de la tierra, aunque esto es lo que está destinado a suceder. El Israel terrenal también está incluido en ese vasto reino cósmico del Hijo de David; esa pequeña expresión en un área limitada de Palestina tiene su lugar propio en el mayor contexto del reinado universal del

Hijo. En oposición a la ceguera de Israel, nuestros ojos han sido abiertos para conocer al Señor de las iglesias como «*el que tiene la llave de David*» (Ap. 3:7).

Tras la conquista de Jerusalén, en 70 d. de C., las autoridades romanas estaban tan ansiosas de asegurarse que los judíos nunca tuvieran otro aspirante al trono, que dieron órdenes para que todos los descendientes del linaje de David fuesen ultimados. ¡Pero llegaron demasiado tarde! La resurrección ya había puesto al Heredero de David más allá del alcance del hombre y del diablo. Así, mientras algunos pobres infortunados de esa familia real estaban siendo perseguidos y asesinados, el gran Hijo de David ya estaba instalado en su trono en el cielo. El León de la tribu de Judá, la raíz de David, había recibido los derechos de título del universo de Dios (Apoc. 5:5).

La esperanza de Israel y nuestra es la nueva venida, ahora en gloria, del gran Rey. Él, que es «*la raíz y el linaje de David*», también es «*la estrella resplandeciente de la mañana*», cuya última palabra a las iglesias es: «*Ciertamente, vengo en breve*». Conociéndolo como el Hijo de David, nosotros contestamos alegremente: «*Sí, ven, Señor Jesús*» (Ap. 22:16,20).

*Tomado de
«Toward The Mark», May-June 1972.*



Pesadez para orar

La causa principal de mi flaqueza y falta de frutos es debido a una explicable pesadez para orar. Yo puedo escribir, o leer, o conversar, u oír con un corazón listo; pero la oración es más espiritual e interior que cualquiera de estas cosas, y cuanto más espiritual sea el deber, tanto más es apto mi corazón a desviarse de él. Oración, y paciencia, y fe, nunca se frustran. Yo he aprendido, hace mucho tiempo, que si debía de ser un ministro, fe y oración debían hacerme tal. Cuando encuentro mi corazón en actitud y libertad para orar, todo lo demás, comparativamente, es fácil.

Richard Newton, citado por E.M. Bounds

LOS NÚMEROS EN LA BIBLIA

El número 9

Christian Chen

Este número es usado 49 veces en la Biblia. Nueve es el cuadrado de tres, y tres es el número de la perfección divina, así como el número peculiar del Espíritu Santo. No es sorpresa, por lo tanto, descubrir que este número indica: «*finalidad*» en los asuntos divinos. Existen nueve elementos en el «*fruto del Espíritu*»: (1) amor, (2) gozo, (3) paz, (4) paciencia, (5) benignidad, (6) bondad, (7) fe, (8) mansedumbre, (9) templanza. (Gl. 5:22-23). El 9 viene después del 8, que representa el nuevo nacimiento. Cuando se tiene un árbol bueno, lo que se espera en seguida de él es un buen fruto. De la misma manera que el 9 sigue al 8, así también el buen fruto, el fruto del Espíritu se presenta como resultado del nuevo nacimiento. En 1 Co. 12:8-10 vemos 9 dones del Espíritu. El Señor dio inicio al sermón del monte con nueve «*bienaventuranzas*», en relación al carácter de los discípulos en el reino celestial.

El número 9 se encuentra ligado al 6, 7 y 8 en Levítico 25, donde fue dada una ley relativa al año sabático: «*Seis años sembrarás tu tierra... pero el séptimo año la tierra tendrá descanso, reposo para Jehová*» (Lv. 24:3-4). ¿Qué comería el pueblo el séptimo año? «*...os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años... hasta el año noveno, hasta que venga su fruto, comeréis del añojo*» (Lv. 25:20-22). He aquí un bellissimo principio espiritual: Entrar en el descanso de Dios es descansar de

nuestras obras y esperar vivir por la bendición del Señor. Como resultado, entramos así en la superabundancia de Dios que nos permite comer de lo que tenemos en el depósito hasta el año noveno. El «7» significa que fuimos llevados al fin de nuestro antiguo «yo» y nos deshacemos de nuestras propias obras. Permitimos entonces que la vida resurrecta penetre en nosotros, la cual es representada por el 8, y nos domine. El resultado es que la bendición sobre nuestra completa debilidad, tipificada por el sexto día, trae consigo suministro abundante hasta el «*año noveno*». El 9 aquí representa lo que Dios puede hacer mediante el poder de la resurrección cuando nosotros no conseguimos nada. Este principio de «9» es equivalente a los «*doce cestos llenos*» o los «*siete cestos llenos*» en los milagros de la alimentación de los 5.000 y los 4.000. Debe ser el fruto de los cielos.

Es también importante recordar que fue en la hora novena que el Señor murió en la cruz. «*Jehová quiso ... (poner) su vida en expiación por el pecado ... Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho*» (Is. 53:10-11).

Muchos de los primeros escritos cristianos o cartas terminaban con el número 99, porque la gematría de la palabra «*amén*» o el «*verdaderamente*» de nuestro Señor es el 99. Esto nos recuerda nuevamente que el número 9, siendo 3 x 3, es un símbolo reforzado de la perfección divina.

Extractado de «Os números na Bíblia».

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Están nuestros pecados «cubiertos» (Rom. 4:7),
o son «quitados de en medio» (Heb. 9:26)?
¿En qué consiste la diferencia?

Nuestros pecados son «quitados de en medio», no cubiertos. Porque Hebreos 9:26 afirma de modo claro que «*en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio del pecado*».

¿Por qué dice «cubiertos» en Romanos 4:7? Aparte de este punto en que se cita la palabra usada en los Salmos, no se halla en ningún otro lugar en todo el Nuevo Testamento. Por lo que «cubiertos» aquí ha de hacer referencia a los pecados del pueblo que eran cubiertos en tiempos del Antiguo Testamento. De hecho, todo pecado cometido durante el período del Antiguo Testamento sólo era cubierto hasta que fuera quitado de en medio por la muerte del Señor Jesús. Porque notemos este versículo del Nuevo Testamento: «*Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de*

las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna» (Hb. 9:15).

Recordemos, antes que nada, que la palabra hebrea que significa «expiación» (*kaphar*) en el Antiguo Testamento significa «cubrir». Excepto en Romanos 4:7 (que cita al Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento no usa nunca esa palabra. Y, segundo, la palabra «expiación» está relacionada principalmente con la ofrenda del pecado, esto es, un sacrificio ofrecido por causa del pecado. Jesucristo es nuestra propiciación, porque él se ha ofrecido a sí mismo por nuestro pecado. Él no se limita a cubrir nuestro pecado.

Reconozcamos, pues, que el Señor Jesús ha venido a quitar nuestro pecado de en medio, no simplemente a cubrirlo. «*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (Juan 1:29).

(«*Preguntas vitales sobre el Evangelio*», W. Nee).

j j j

La prueba del 'vellón'

En una etapa inicial de mi ministerio siempre pretendía «tener la prueba del vellón» de Dios. Al igual que Gedeón, quería sentir el húmedo vellón. Mi fe se sustentaba en «evidencias» y hechos». Este tipo de fe es importante para quien es débil, pero es imperfecta. Siempre está buscando señales y muestras. Dios no puede desalentar la esperanza que él mismo ha depositado en nosotros. Si él hace que esperemos por el cumplimiento de una promesa, debemos creer en ella con nada más que con la esperanza. No debemos esperar señales, pruebas, hechos ni evidencias circunstanciales. Simplemente debemos encomendarnos y dejar de sentir tristeza en nuestro corazón

David Wilkerson, en No estoy enojado con Dios

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

En la Biblia hay muchos personajes cuyas vidas están llenas de enseñanzas y ejemplos útiles para todos. Sin embargo, también los hay con un perfil oscuro, que ostentan intenciones malignas y rasgos reprobatorios. Ellos igualmente están allí, y su conducta también nos habla, pero en un sentido negativo. Ellos están puestos para escarmiento, para que no nos deslicemos como ellos ni sigamos sus pisadas.

Hemos seleccionado 21 de estos personajes de la Biblia para que usted identifique cuál fue el motivo de su caída. Conteste sin buscar ayuda. En la página 111 hallará las respuestas correctas.

1. Judas

- a) traicionó al Señor Jesús por dinero
- b) negó al Señor Jesús
- c) robaba el dinero de la bolsa
- d) abandonó al Señor Jesús

2. Demas

- a) abandonó a Pablo en un viaje
- b) dejó al apóstol Pablo por amor al mundo
- c) se extravió en las herejías
- d) fue juzgado por un acto de inmoralidad

3. Balaam

- a) indujo a Israel a fornicar
- b) maldijo a Israel
- c) enseñó a vengarse de sus enemigos
- d) profeta del anticristo

4. Ananías y Safira

- a) reyes enemigos de Israel
- b) pareja de profetas falsos
- c) mintieron al Espíritu Santo por vanagloria
- d) discípulos irreconciliables

5. Simón el mago

- a) pretendió comprar los dones de Dios con dinero
- b) confundió a los creyentes de Éfeso
- c) era un judaizante
- d) llevó a la cárcel a cristianos



6. Nimrod

- a) rey enemigo de Israel
- b) uno de los generales de Nabucodonosor
- c) constructor de la torre de Babel
- d) rey vengativo y cruel

7. Cam

- a) cayó en la idolatría
- b) deshonró a su hermana
- c) se embriagó en su viña
- d) se burló de la desnudez de su padre

8. Esaú

- a) desobedeció a su padre Isaac
- b) se apartó de la fe en el Señor
- c) abandonó a Pablo en la cárcel
- d) vendió su primogenitura por un plato de comida

9. Caín
a) descuidó su relación con Dios
b) pecó contra su madre Eva
c) mató a su hermano
d) fue un hombre vengativo
10. Nadab y Abiú
a) se rebelaron contra Moisés
b) blasfemaron el nombre de Dios
c) ofrecieron a Dios fuego extraño
d) siguieron la fornicación
11. Saúl
a) persiguió a David
b) desobedeció las órdenes de Dios
c) consultó a una adivina
d) cayó en pecados morales
12. Jeroboam
a) modificó el culto hebreo
b) adoptó dioses extranjeros
c) luchó contra Salomón
d) falso profeta
13. Alejandro el calderero
a) persiguió a los cristianos
b) causó males a Pablo
c) se oponía a la enseñanza de Juan
d) enemigo de la cruz de Cristo
14. Jezabel
a) mató a los profetas de Dios
b) introdujo deidades sidonias
c) ofreció a su hijo al fuego
d) persiguió al profeta Elías
15. Sanbalat y Tobías
a) enemigos de la restauración de Jerusalén
b) reyes impíos
- c) profanadores del templo
d) herejes en días de Pablo
16. Amasías
a) profeta falso en días de David
b) sacerdote que resistió a Amós
c) idólatra en tiempos de Acab
d) padre consentidor
17. Diótrefes
a) se adueña de una iglesia
b) judaizante de Jerusalén
c) enemigo de Pablo
d) centurión romano que crucificó al Señor
18. Los hijos de Elí
a) asesinos a sueldo
b) profetas falsos
c) profanadores del templo
d) traidores de Israel
19. Coré
a) músico profano
b) rey impío
c) murmura junto a la hermana de Moisés
d) encabezó una rebelión ante Moisés
20. Atalía
a) participó de los pecados de Acab
b) usurpó el trono de Judá
c) Madre impía de Manasés
d) profetisa de Baal
21. Amnón
a) soldado desertor
b) se sublevó contra su padre David
c) asesino de Abner
d) deshonoró a su hermanastra

Una vindicación del esposo cristiano.

Colocándolo en su debido lugar



Alice Patricia Hershey

Yo estaba examinando algunos vestidos en una tienda, cuando percibí una discusión a mi lado. Una adolescente se probaba una minifalda; y su madre movía la cabeza, mostrándose indecisa. «Lynn, tú sabes lo que tu padre piensa de esas faldas cortas». «A mí no me importa», replicó la adolescente, «él nunca lo sabrá, a menos que tú se lo digas. Acuérdate de todas las veces que te guardé algún secreto. Además, tú apoyaste a Hill cuando él decidió dejarse crecer el pelo».

Un hogar ejemplar

De repente, por instinto de comparación, vino a mi mente la visita que yo había hecho la tarde anterior. Había estado en el hogar de Katrine, una nueva alumna en mi clase dominical, cuyos padres habían emigrado a nuestro país hacía apenas cinco años.

La madre de Katrine era una persona afectuosa y amable. Su casa también irradiaba hospitalidad. Sin embargo, lo que más me impresionó fue su constante referencia a su esposo. Siempre que había una pausa en la conversación, un niño de cuatro años preguntaba: «¿Falta poco para que llegue papá?»

Más tarde, los otros hijos llegaron de la escuela, me saludaron educadamente y se dirigieron a sus tareas. «Voy a hacer aquellos pastelillos favoritos de papá, para la cena», dijo la hija mayor, dirigiéndose a la cocina.

Cuando me levanté para irme, Katrine preguntó, con ansiedad: «¿No podría esperar sólo un momentito para que conozca a papá?» A esa altura, yo ya me sentía curiosa acerca de aquel hombre notable, que se había ganado el amor y el respeto de toda su familia. Realmente, yo no necesitaba de la segunda invitación de la

dueña de casa: «Sí, siéntese por un momento, hasta que Lawrence llegue».

Casi tuve un shock al conocer a Lawrence. En vez de un hombre bien vestido y de conversación brillante, era un hombrecito que saludó a «la maestra de su pequeña Katrine», hablando de manera imperfecta, con el acento de su idioma nativo, y torciendo nerviosamente el bigote.

Todo el día estuve pensando sobre el misterio de la posición de aquel hombre en su hogar. Ahora, sin embargo, oyendo sin querer la conversación de esta madre y su hija a mi lado, surgió la respuesta. No importa quién o qué es el padre como persona, la actitud de la madre para con él es lo que hace la diferencia.

Actitudes confesadas vs. Actos practicados

Los esposos pueden asumir el lugar que les corresponde como cabeza del hogar solamente cuando nosotras, las esposas, respetamos y honramos sus deseos, transmitiendo a nuestros hijos, por medio de esta actitud, el deseo de actuar de manera semejante.

Las esposas establecen el ejemplo de las actitudes de sumisión. Y recibiremos la obediencia que exigimos de nuestros hijos en proporción exacta a la que ofrecemos a nuestro esposo.

«¿Y tengo que hacer eso ahora?», re-funfunó mi pequeño hijo, cuando le pedí que dejase sus juegos para llevar un recado a cierta persona. De alguna manera, aquellas palabras me parecieron familiares. Entonces recordé: en la noche anterior, cuando mi esposo me pidió que hiciese algo para él, yo me quejé: «¿Es preciso hacer eso ahora?».

El libro de Proverbios dice: «*Por el camino de la sabiduría te he encaminado, y por veredas derechas te he hecho andar*» (4:11). Yo me esfuerzo por ense-

ñar a mi hijo una obediencia estimulante, sin embargo, mi enseñanza y entrenamiento serán eficaces sólo cuando yo lo demuestre por medio del ejemplo. Podemos decir que el papá es el jefe, pero en nuestro corazón sabemos que eso no es verdad, pues, si hay conflicto de opiniones, generalmente hacemos lo que nos agrada. Los hijos observan rápidamente la diferencia entre actitudes confesadas y actos practicados.

Algunos días atrás, cuando tomábamos el café de las mujeres del vecindario, la anfitriona nos mostró, sonriendo, un pequeño cuadro alegremente decorado que estaba sobre el escritorio de su marido. «Vean lo que compré ayer», dijo ella. Todas nos paramos para leer: «*Las opiniones del hombre de la casa no son necesariamente las del gerente*». «Pienso que eso coloca a Phil en su debido lugar», dijo Marian, con una risita.

Pero Ann le refutó, diciendo: «*Dios nos dice: «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer»* (Ef. 5:22-23). Inmediatamente, la sonrisa desapareció. El asunto cambió, y yo pude sentir la incomodidad en el ambiente. ¡Pensábamos que aquellos versículos de la epístola a los efesios no se dirigían a nosotras, que hoy vivimos en una sociedad tan inestable!

Estas palabras de Efesios 5 nunca fueron fáciles de ser obedecidas. En el siglo XVII, el pastor Byfield dice respecto de las esposas: «La naturaleza las hizo mujeres; la elección, esposas; pero solamente la gracia de Dios puede hacerlas sumisas». Sin embargo, una de las cosas más importantes que la mujer puede hacer, por su familia y por su país, es dar a su esposo el lugar correcto – el lugar de cabeza de su hogar.

Un pastor estaba aconsejando a dos jóvenes que se preparaban para el matri-

monio. Él les dijo si ellos tenían alguna pregunta. La novia preguntó: «¿Por qué la palabra ‘obedecer’ no está en los votos del matrimonio?». «Las novias modernas prefieren que esa palabra sea quitada de los votos», respondió sorprendido el pastor.

La joven quedó admirada. «Señor, durante toda mi vida he observado a mi madre obedecer alegremente a mi padre. Él era un hombre contento y feliz; yo, una hija satisfecha. Yo quiero ese tipo de hogar. Quiero que la palabra ‘obedecer’ esté presente en mi ceremonia de casamiento».

Los hijos necesitan un héroe

Actualmente, nos admiramos de la rebeldía de los hijos en muchos hogares. Sin embargo, parte de la respuesta parece estar en los hogares en que las verdades fundamentales de la Biblia han sido despreciadas. La disciplina y la obediencia necesitan ser infundidas en los hijos desde la más tierna edad. Si menospreciamos la Palabra de Dios en cuanto a este principio tan significativo, las visitas asiduas a la iglesia y la lectura constante de la Biblia no tendrán realmente ningún provecho. Nuestros hijos no sólo tienen que recibir órdenes — necesitamos mostrarles cómo obedecer, pues el ejemplo es la esencia de la enseñanza. ¡Madres, qué inmensa responsabilidad tenemos sobre nuestros hombros!

Si mi esposo es respetado y amado por mí, mis hijos tendrán ese mismo sentimiento para con él. Si mis hijos observan que las palabras del papá y su voluntad

son valiosas para mí, no dejarán de sentirse impresionados e influenciados. Nuestros hijos necesitan un héroe. ¿Qué tal si ese héroe es el papá? Saber que él es la persona más importante en la vida de su hijo es un estímulo incommensurable para cualquier padre. Él hará todo lo que estuviere en su poder para vivir de acuerdo con lo que su hijo cree que él es. Ahora, es la actitud de la madre la que puede hacer del papá un héroe. El hijo necesita de experiencia antes de aprender mejor ciertas cosas. Él no puede ser enseñado verbalmente sobre el lugar del padre en la familia; tenemos que mostrarle los resultados prácticos de esta verdad.

Después que descubrí esta verdad, mi hijo David empezó a esperar con ansias la vuelta de su padre al hogar todas las tardes. Esto es el clímax de su día — y del mío. Desde la mañana comenzamos a hablar sobre las cosas que deseamos contarle al papá. Ponemos el periódico sobre su silla; preparamos para la cena una comida que a él le gusta, guardamos los juegos que estaban en la sala, de modo que la casa le parezca agradable. Todas estas cosas enseñan a David que su padre es importante y que, por amarlo, invertimos una parte de nuestros días procurando agradarlo.

El hombre que posee el privilegio de tener una esposa que le es amablemente sumisa, y que crea en el hogar una atmósfera libre de amargura y críticas injustas, enfrentará las luchas de la vida sin desmayar innecesariamente. Él sentirá paz interior. Es poco probable que él sea alcanzado por problemas nerviosos, pues tiene un lugar donde las tempestades y los malentendidos del mundo exterior pueden ser olvidados. Su futuro tal vez sea incierto, pero el hombre que es la persona más importante de su propio hogar está preparado para enfrentar el mundo.

Hace varios siglos, Shakespeare per-

Nuestros hijos necesitan un héroe. ¿Qué tal si ese héroe es el papá?

cibió la importancia del papel que la mujer desempeña en relación a su marido. Él escribió: «Tu marido es tu señor, tu vida, tu protector, tu cabeza, tu soberano; es alguien que cuida de ti y de tu mantenimiento. Él entrega su cuerpo al trabajo arduo, en la tierra o en el mar; vigila en la noche, en medio de las tempestades, y durante el día, en medio del frío; mientras tú permaneces abrigada en el hogar, tranquila y saludable. Él no anhela otro tributo excepto el amor, miradas amables y verdadera obediencia – una paga irrisoria para tan gran deuda. El deber que un súbdito tiene para con su rey,

es el mismo deber que tiene la mujer para con su marido».

Tal vez mi esposo no posea talentos que el mundo aplaudiría. Pero él es único en el hecho de que es un regalo de Dios para mí. El esposo tiene que ser recibido y amado por lo que él es en sí mismo. Necesitamos dejar de lamentar aquello que nuestro esposo no es, enfatizando más las virtudes que él posee. En obediencia a Dios, debemos amar, honrar, obedecer y estimular a nuestro esposo, colocándolo en su debido lugar – como cabeza del hogar.

(Tomado de «Fé para Hoje»)



La Biblia rota

Miles, o mejor dicho, millones de seres humanos han sido bendecidos por medio de la Biblia. Pero muchas veces, una sola hoja o unas líneas sueltas de la misma han sido el germen de un fruto abundante.

En una pequeña ciudad alemana, se subastaban diversos muebles y enseres, entre los que figuraba una gruesa y antigua Biblia que nadie quiso. Por fin, un tendero hizo una oferta, consiguiéndola por unos centavos. El comerciante, de mentalidad práctica, sólo quería usarla como papel de envolver, sin pensar en el gran valor que tenían las hojas de aquel libro.

En aquella ciudad vivía un hombre, atormentado por la idea de ser culpable de la muerte de un semejante. No podía descansar pensando en esto. A veces oía la palabra: ¡«Asesino»! la cual tenía grabada como con letras de fuego delante de sus ojos.

Un día envió a su hijo a comprar algo a la tienda, y éste volvió con su compra envuelta en una hoja de la vieja Biblia. De repente, vio delante de sus ojos el texto de Hebreos: «*Sin derramamiento de sangre no se hace remisión*». No comprendió este pasaje en seguida. Por cierto, anhelaba el perdón de sus pecados y deseaba saber más sobre el particular. Así que mandó nuevamente al muchacho a la tienda.

Mientras tanto el comerciante, arrancando las hojas a cada pedido, había llegado a la Primera Epístola del apóstol Juan. Cuando el hombre de atormentada conciencia terminó la lectura de esa nueva página, desapareció la tremenda carga que pesaba sobre su conciencia, pues halló las palabras: «*La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado*», y «*si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (1 Juan 1:7-10).

Esas palabras fueron la luz que resplandeció en su alma. Confesó su pecado y recibió el perdón. Entonces, una paz perfecta invadió su corazón.

Hasta una hoja arrancada de la Biblia puede indicar el camino a la verdadera bienaventuranza.

Una revisión de los postulados básicos de la Ecología y la Zoología a la luz de las Escrituras.

Ecología y Zoología post-adánica



Ricardo Bravo M. ¹

Equilibrio o desequilibrio natural

Uno de los aspectos que salta a la vista al observar una comunidad compuesta por distintas especies de animales en su ambiente natural, como la sabana africana por ejemplo, es el que para que unos se mantengan vivos otros deben morir. Esto es así porque los que son comidos (depredados) forman parte del alimento de aquellos que los consumen (depredadores). La ciencia de la Ecología explica este proceso como la necesidad de una lucha constante para vivir, en la que sólo los ganadores lo consiguen. La muerte de uno posibilita la vida de otro, y eso, de acuerdo a la cien-

cia, sería natural y positivo porque mantendría los equilibrios necesarios en las comunidades de animales.

Según uno de los más célebres ecólogos acuáticos contemporáneos, Ramón Margalef, «casi todo lo que hoy pasa por teoría ecológica se centra en el estudio de relaciones ideales entre pares de especies, de acuerdo a un modelo fundamental de depredador presa» (Margalef 1993). Sería, entonces, la depredación un agente natural y clave en la estructuración de las comunidades biológicas. Existen muchos ejemplos que permiten entender la regulación de especies depredadoras (zorros, por ejemplo) sobre especies presa (conejos, por ejemplo), en donde al desaparecer las primeras, las segundas tienen un crecimiento explosivo, compli-

¹ Ricardo Bravo M. es Doctor en Biología y Ciencias del Mar, y académico de la Facultad de Ciencias del Mar de la Universidad de Valparaíso, Chile.

cando la existencia de otras especies (al consumir los conejos en exceso los vegetales disponibles). El equilibrio de una comunidad, normalmente integrada por muchas especies, puede verse fuertemente alterado al desaparecer un depredador tope, el cual puede ser una especie clave para la estructuración de la comunidad.

¿Pero ha sido esto siempre así? Hemos de señalar que el relato bíblico de Génesis sugiere que no siempre fue así, y por tanto la ecología y la zoología serían ciencias que estarían actuando sobre un sustrato que no fue el originalmente diseñado, en tanto éstas utilizan la alimentación como principios fundamentales para estudiar las relaciones tróficas entre los animales (ecología) y la morfología dentaria y del sistema digestivo entre otros caracteres para clasificarlas (zoología).

Génesis 1:29-30 afirma que el mundo original habría sido creado vegetariano, en donde los animales no se comían unos a otros y el equilibrio natural de las comunidades y poblaciones de vertebrados se mantenía mediante procesos distintos al de la depredación, y que aún hoy podemos observar en ciertas especies. Por ejemplo, se sabe que los animales grandes como elefantes, rinocerontes, jirafas, generalmente no son depredadores y carecen de enemigos importantes, debido en parte a su tamaño. En estas especies, las poblaciones se regulan a sí mismas, no las regula la depredación. Este mismo modelo puede entonces ser ampliable a las demás especies de vertebrados en el modelo inicial.

Otro proceso ecológico conocido como *mutualismo* muestra que es posible la coexistencia en paz entre depredadores y presas, aunque éste sea en la actualidad por escasos momentos, constituyendo sólo un respiro en la cruenta lucha por vivir. Algunos peces depreda-

dores de gran tamaño, en determinadas condiciones, permiten a pequeños individuos de diferentes especies (peces o crustáceos) que se les introduzcan en la boca para limpiarles los parásitos o restos de comida, sin hacerles ningún daño durante su trabajo. Estos pequeños organismos podrían perfectamente en otro momento ser las presas de aquellos que ahora abren sus fauces para recibir ayuda en la limpieza de su boca.

Algunos comentaristas bíblicos antiguos se preguntaban «de dónde procede la crueldad de los animales», señalando en respuesta que no habría existido discordia entre las criaturas de Dios si ellas hubieran permanecido en su condición original y, por tanto, ningún animal se habría viciado a depredar sobre sangre, sino que los frutos y vegetales de la tierra hubieran sido suficientes para todos, según la planificación original de Dios.

Pautas alimentarias

Si analizamos en detalle los primeros capítulos del libro de Génesis, claramente observamos que es Dios quien establece la forma en que se han de alimentar tanto el hombre como los animales que han sido creados. En la primera pauta alimentaria que Dios entrega al inicio de la creación se aprecia que ésta estaba diseñada para que el ser humano y los animales vertebrados, terrestres y aéreos, vivieran en forma estricta una dieta de tipo vegetariana. Al hombre le dice: «...*Os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, así como de todo árbol en que hay fruto y da semilla...*»; y para los animales terrestres y aéreos agrega: «*Pero a toda bestia de la tierra, a todas las aves de los cielos y a todo lo que tiene vida y se arrastra (o se mueve) sobre la tierra, les doy toda planta verde para comer*» (Génesis 1: 29-30). Es importante detenerse en las sentencias

absolutas que emplea Dios utilizando vez tras vez el adjetivo *todo, toda*, en este primer ordenamiento de alimentación, tanto para los alimentos vegetales como para las especies que debían comerlos.

Luego de definir este primer plan de alimentación, y mirar todo lo que había realizado, Dios expresa una gran satisfacción señalando que todo lo que había hecho era bueno en gran manera, no teniendo cabida en la satisfacción divina el que unos animales fuesen alimento de otros (Génesis 1:31).

Pero este esquema de alimentación experimenta un cambio brusco luego del diluvio, en donde por primera vez se registra en la Biblia el hecho de comer carne, además de alimentos vegetales; *«Todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento, lo mismo que las legumbres y las plantas verdes...»* (Gn. 9:3). Producto del nuevo pacto de Dios con el hombre, se suscita una alteración en los patrones de alimentación tanto humana como animal. Llama la atención que a diferencia del primer plan de alimentación, Dios no agrega que esta modificación era buena, dando a entender que la introducción de alimento animal en la dieta es una modificación forzada y por tanto sus consecuencias (muy amplias), no pueden ser atribuidas a su ideal de alimentación para el ser humano como tampoco para muchas otras especies.

Consecuencias biológicas del cambio alimentario

Este cambio, que en principio pareciera afectar sólo al tipo de alimentación, llevaría aparejado una serie de modificaciones que afectarían a la ecología de los vertebrados terrestres y aéreos, teniendo a la depredación como agente estructurador de comunidades biológicas (como se vio más arriba), a su fisiología (por ejemplo, un sistema digestivo de un her-

bívoro funciona distinto al de un carnívoro), a la etología o comportamiento animal, como se señala explícitamente; *«Infundiréis temor y miedo a todo animal sobre la tierra, a toda ave de los cielos, a todo lo que se mueva sobre la tierra y a todos los peces del mar»* (Gn. 9:2). Antes de ello los animales no habrían huido del hombre de acuerdo al relato bíblico, el cual muestra a Noé introduciendo en el arca a un gran número de especies sin mayor dificultad aparente. Ahora cunde el miedo y la desconfianza propia en la mayoría de las especies que se saben potencialmente presas, y, por tanto, huyen evitando ser atacadas.

Fuertes cambios habrían ocurrido también en la morfología de las especies que habrían de ser depredadoras. Si bien la Biblia no entrega detalles acerca del cambio de plan alimentario desde herbívoro en la primera pauta a carnívoro y herbívoro en la segunda, una posibilidad pudo haber sido un rediseño en la morfología y la fisiología de algunas especies de animales vertebrados terrestres, así como también en el ser humano. Para quien pueda resultarle poco verosímil un cambio morfológico sobre algún grupo de animales producto de la acción divina, existe un formidable ejemplo de rediseño en un grupo de reptiles terrestres como lo son las serpientes, producto de la maldición divina en el jardín del Edén. Este es un interesante tema que requiere un análisis mayor, pero brevemente señalaremos que el fuerte cambio, principalmente esquelético, sufrido por las serpientes (de caminar a arrastrarse), ha sido corroborado por el hallazgo de un par de esqueletos fósiles bastante completos (*Pachyrhachis*), los cuales exhiben una estructura ósea muy similar a las actuales serpientes, pero la diferencia es que presentan una cintura pélvica y escapular, de la cual surgen pequeñas

extremidades (Caldwell 1997). Estos esqueletos de serpientes con patas encontrados en una significativa área geográfica (Israel), bien podrían deberse a especies pre-adánicas o por lo menos de antes de la maldición, cuando caminaban de manera similar a lagartos, pero el rediseño divino las modificó de modo que se arrastrasen en la tierra.

Si hubo variaciones morfológicas después del diluvio, que permitiesen un ajuste al cambio alimentario, seguramente tuvo que ver con algunos aspectos tales como órganos de los sentidos más agudos para depredadores como felinos y aves rapaces, algunas eventuales modificaciones en el aparato mandibular, con alteración de estructuras dentarias, especialmente en mamíferos, y cambios en el sistema digestivo, entre otros.

Una visión distinta tienen algunos científicos evangélicos, los cuales señalan que la principal dificultad para aceptar la tesis de cambio morfológico y fisiológico después del diluvio, es que el registro fósil presentaría contundentes pruebas de animales vegetarianos y carnívoros antes de la aparición humana sobre la tierra (Randy 1996), y no sólo después del diluvio. Por tanto, para Dios sería aceptable la depredación (Basil G. 1997). Señalan que el impacto de la caída habría afectado sólo a la biología del ser humano y de las serpientes. Sin embargo, al considerar Romanos (8:20-22), toda la creación y no sólo el hombre y la serpiente sufrieron las consecuencias de la desobediencia, primero, y de la multiplicación del pecado, en segundo lugar, que derivó en el diluvio. *«La creación fue sujeta a vanidad (vanidad entendida no como vanagloria sino como vana, vacía, sin sentido)..., la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción... toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto»*. Por tan-

to, al ser la naturaleza entera que cayó en desgracia, todas las especies estarían involucradas, y es sólo en este contexto (creación caída y vana) en el que se debería entender que un animal muera a mordiscos por otro, para que este último viva, y no el del plan original de alimentación, donde el Señor exclama con satisfacción: *«Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera»*. Es también en este contexto de naturaleza vana que debieran también circunscribirse varios pasajes de Job (38:39-41; 39:27-30; 41:25-34), en donde se ve la provisión del Señor para con sus criaturas, ahora carnívoras.

Actualmente, la dentición es uno de los caracteres claves para diferenciar a los mamíferos y ubicarlos taxonómicamente en algunos órdenes, entre ellos el Orden Carnívora, en donde los incisivos y caninos, (estos últimos más desarrollados), son claves para cortar y rasgar en estos mamíferos depredadores. No obstante esta probable modificación post diluviana, este tipo de dientes (incisivos y caninos), se presentan también en distintas formas en el reino animal, por lo que habrían formado parte de la denti-

En el reinado justo del Mesías, el Señor ha prometido restaurar su creación con nuevos principios que gobiernen las comunidades biológicas, en una naturaleza que habrá sido liberada de la esclavitud a la que fue sometida a causa del pecado.

ción original. Los incisivos son utilizados exitosamente para roer en castores; se observan también en elefantes como colmillos, y el tercer incisivo lateral de algunos omnívoros, como los osos, parecen pequeños caninos en forma de puñales. Los caninos en herbívoros pueden estar presentes (caballos) o ausentes (vacas) y no se encuentran en roedores. En herbívoros son generalmente reducidos o están ausentes (los artiodáctilos rumiantes tienen sólo en la mandíbula inferior). Los machos de algunas especies usan los caninos como armas en disputas sociales o en combates (jabalíes y mandriles).

¿Dieta carnívora o herbívora ?

La ciencia de la Zoología enseña que la alimentación de los mamíferos puede ser herbívora, frugívora insectívora, carnívora, u omnívora, en donde esta última combina varios modos de alimentación (Tellería 1991). Para ello los mamíferos mastican con sus dientes, es decir, reducen su alimento a pequeños fragmentos, al contrario de reptiles y aves que escasamente dividen su alimento y más bien lo tragan entero.

Si los animales que hoy se consideran carnívoros habrían sido originalmente herbívoros, ¿que evidencias podríamos esgrimir para respaldar esta afirmación? Es sabido de casos de animales carnívoros que sobreviven perfectamente bien por años con una dieta en base a alimentos distintos a la carne. Lo propio ocurre también con algunas personas. Un aspecto interesante a considerar es que depredadores muy activos y violentos como el oso pardo y los zorros son pacíficos vegetarianos en épocas en que no hay disponibilidad de presas.

Existe un extraordinario caso de una leona africana no carnívora, caso muy bien documentado y descrito en varias publicaciones, desde que fuese divulgado por

primera vez en un libro por el propio dueño de esta inusual mascota (Westbeau 1986). Esta leona pasó toda su vida (9 años) en un rancho rural americano sin probar nunca un gramo de carne. Ya en su etapa de cachorro, sus dueños muy preocupados por lo que la ciencia enseña respecto a la necesidad de ingerir proteína animal por estos animales y a la negativa de la pequeña Tyke (nombre de la leona) de no comer carne a pesar de ofrecérsesele jugosos bifés, sus dueños intentaron por todos los medios de revertir el problema. Ofrecieron una recompensa en dinero a quien pudiera crear una dieta que igualase a la carne y fuese del gusto de leones; se contactaron con prestigiosos veterinarios como el Director del zoológico de Nueva York, quien sugirió que le colocasen algunas gotas de sangre en la leche para incentivar a la leona, pero ésta al olerlo ya no quería beberla. No obstante, la pequeña Tike creció en forma saludable consumiendo cereales cocidos, y huevos crudos revueltos en leche entera, dos a tres veces por día, siendo encontrada absolutamente saludable por connotados médicos veterinarios que la visitaban.

Aunque los felinos hoy día realmente necesitasen carne para vivir, el relato de Génesis no quedaría anulado, por cuanto miles de especies de vegetales que se han extinguido, pudieron en el comienzo de la creación aportar las proteínas y vitaminas necesarias para cumplir con el diseño original de alimentación.

Otro ejemplo extremo de depredador tope y carroñero, en el que su dieta es principalmente herbívora, es el buitre palmero (Catchpole 2001). Este buitre africano (del centro y sur) se alimenta casi exclusivamente de la cáscara carnosa exterior de la fruta de la palmera de aceite, desterrando en parte la fuerte imagen depredadora que se tiene de este animal.

Estos ejemplos y muchos otros, tan-

to en el mundo salvaje como en el doméstico, permiten inferir que distintas especies de animales, considerados como carnívoros, pueden suplir (o en ocasiones, reemplazar) su dieta de carne con dieta vegetariana y alimento animal indirecto como huevos y leche. Estas evidencias no permiten desechar como utópico el primer plan de alimentación diseñado por Dios.

Fundamento biológico químico

Se ha dicho que para los mamíferos carnívoros la dieta vegetariana sería deficitaria de ciertos aminoácidos (las unidades básicas de las proteínas), que sólo se encontraría en la carne animal, no siendo capaz su cuerpo de fabricarlos. Por el contrario, se sabe que las plantas pueden sintetizar todos los aminoácidos para construir proteínas. Por ejemplo, de los 20 aminoácidos requeridos por el ser humano para sintetizar proteínas, sólo sintetiza (fabrica) 11 aminoácidos, los otros 9 (llamados aminoácidos esenciales) han de ser ingeridos en la dieta puesto que no son fabricados por las células humanas. De estos 9 aminoácidos esenciales 7 están presentes en las leguminosas y 2 en el maíz y otros cereales (Campbell 2001). Estos aminoácidos también pueden adquirirse a través de la ingesta de carne, huevos y leche, pero, teniendo en cuenta que nuestras células sólo asimilan aminoácidos y no proteínas completas, el organismo no puede distinguir si estos aminoácidos provienen de proteínas de origen animal o vegetal, por lo que la estricta necesidad de comer carne no sería tal. Una situación similar ocurre con los animales carnívoros.

Si bien hoy día para la mayoría de las personas resulta difícil entender la dieta alimentaria sin carne, la ingesta de proteínas animales sería más negativa que

la de vegetal, cereales y legumbres. Esto estaría dado en parte porque la proteína animal suele ir acompañada de grasas en su mayor parte saturadas, las cuales, como ha sido demostrado por múltiples estudios, aumentan considerablemente las probabilidades de desarrollar enfermedades cardiovasculares, acortando con ello la vida. Además, porque junto con la carne se ingieren también todos los desechos del metabolismo celular presentes en esos tejidos (amoníaco, ácido úrico, etc.), que el animal no alcanzó a eliminar. Estas moléculas que corresponden a desechos nitrogenados derivados del metabolismo proteico, actúan como tóxicos en nuestro organismo. Al contrario, la ventaja que ofrecen los alimentos vegetales es que no presentan desechos nitrogenados.

¿Cómo se pudo salvar esta situación en el primer plan alimenticio establecido por Dios? Consumiendo proteínas animales pero de manera indirecta, por medio de la ingesta de subproductos animales como son los huevos, la leche y sus derivados.

Un problema adicional al de los aminoácidos esenciales en las dietas vegetarianas en occidente suele estar en el déficit de algunas vitaminas, como la B12, ausente en vegetales, y cuya fuente principal es la carne los huevos y producto lácteos. Sin embargo, combinando adecuadamente las proteínas vegetales (legumbres con cereales o lácteos con cereales) se puede obtener una dieta completamente equilibrada. Si se hace adecuadamente esta combinación, la calidad biológica y aporte proteico resultante es mayor que el de la mayoría de los productos de origen animal. La Biblia nos entrega un excelente ejemplo de ello.

Daniel junto a otros tres jóvenes israelitas capturados en Babilonia rehusaron comer la comida del rey Nabuco-

donosor, y sólo pidieron legumbres como comida principal (Daniel 1:8 -16). Aunque al parecer, por lo que revela Proverbios (15:17), los hebreos unos 300 años antes habrían preferido la carne ante las legumbres. No obstante, el relato bíblico señala que a los pocos días el rostro de los cuatro jóvenes hebreos se veía «mejor y más robusto» que aquellos que utilizaron una dieta distinta.

Hoy, gracias a la bioquímica, podemos saber que los porotos, garbanzos, lentejas o habas son alimentos muy completos, pues tienen prácticamente la mayoría de los nutrientes requeridos por un animal vertebrado. Incluso sin mayor análisis, sólo por simple deducción, es posible entender que si una sola de las semillas que comprenden un plato de legumbres, tiene el potencial biológico para desarrollar una vigorosa planta, es fácil entender todo lo bien que le hará a una persona que ingiera cientos de ellas en un almuerzo. Las proteínas que contienen las legumbres son de excelente calidad, similares a las aportadas por la carne animal. Son, además, una buena fuente de sales minerales (Ca, Zn, K, P Cu, Mo y Fe) y contienen muchas vitaminas importantes (B¹, B², Niacina, Ácido fólico, Biotina, Colina). Lo que les falta a las legumbres para ser el alimento perfecto son dos aminoácidos (Triptófano y Metionina, presentes en el maíz y cereales), y la vitamina B¹², que no se encuentra en ningún alimento vegetal, pero sí está presente en una importante proporción en aquellos alimentos producidos por animales como son la leche y los huevos.

Si además de las legumbres, estos jóvenes hebreos cautivos consumían en las comidas secundarias (desayuno o equivalente) pan y leche o huevo, la alimentación estaría completa.

Reinado Mesíasico en perfecto equilibrio

En el reinado justo del Mesías, el Señor ha prometido restaurar su creación con nuevos principios que gobiernen las comunidades biológicas, en una naturaleza que habrá sido liberada de la esclavitud a la que fue sometida a causa del pecado: *«En aquel tiempo haré a favor de ellos un pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y las serpientes de la tierra. Quitaré de la tierra el arco, la espada y la guerra y te haré dormir segura»* (Oseas 2:18), en donde la violencia de la deprecación ya no tendría cabida; *«Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos... y el león como el buey, comerá paja... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová como las aguas cubren el mar»* (Isaías 11:6-9).

Bibliografía:

- Basil G. 1997. Soteriology: Adam and the fall. Perspectives on Science and Christian Faith. Vol. 49, N° 4.
- Caldwell, M. and M. Lee, 1997. A snake with legs from the marine Cretaceous of the Middle East. Nature 386: 705-709.
- Campbell N., L. Mitchell and J. Reece. 2001. Biología: Conceptos y relaciones, tercera edición. Prentice Hall.
- Catchpoole D. 2001. The 'bird of prey' that's not. Creation Vol. 23(1).
- Isaac R. 1996. Chronology of the fall. Perspectives on Science and Christian Faith. Vol. 48, N° 1.
- Margalef R. 1993. Teoría de los sistemas ecológicos. Publicacions Universitat de Barcelona, España.
- Tellería J. L. 1991. Zoología evolutiva de los vertebrados. Editorial SÍNTESIS, España. 168 pp.
- Westbeau, G. 1986. Little Tyke: the story of a gentle vegetarian lioness, Theosophical Publishing House, IL, USA.

HAMBRE POR LA PALABRA

Patéticos testimonios de la iglesia subterránea en China.



La vida de las iglesias en China es un enigma muy poco conocido para los cristianos occidentales. Desde la pérdida de las libertades religiosas a comienzos de los años 50, el panorama ha sido desolador, y, pese a los esfuerzos diplomáticos realizados por países de Occidente, nunca ha mejorado sustancialmente.

Aunque el gobierno chino autorizó desde el comienzo la existencia de una iglesia oficial, ésta sigue estrictamente los lineamientos del gobierno, por tanto no satisface las necesidades espirituales de la gente.

Eso provocó el surgimiento de una iglesia clandestina muy vigorosa y expansiva, que se reúne regularmente en lugares muy secretos, como casas y bodegas, bajo la permanente amenaza de muerte, confiscación de bienes y destierro. La vida espiritual allí es fresca y nueva; la fe es real; el fruto del Espíritu luce en toda su hermosura; los milagros forman parte de la cotidianidad. Las iglesias en la China son, tal vez, la mejor expresión de lo que es la iglesia del libro de los Hechos hoy en el mundo.

A continuación, ofrecemos algunos testimonios de cómo es, cómo siente y cómo cree la iglesia perseguida en aquel país.

Iglesias dispuestas a aprender

Siempre que llega un predicador a proclamar la Palabra de Dios, se reúnen cristianos de muchos kilómetros a la redonda. Incluso, aunque haya predicado hasta el agotamiento, ellos se sienten poco dispuestos a dejarle descansar, y tratan de que siga dándoles la Palabra de Dios. Ha habido veces en que se apoderan de su equipaje y ejercen presiones sobre él para que se quede varios días más.

En este contexto, es esencial que el predicador se concentre en nuestro Señor Jesucristo, que es el centro de todo.

Los cristianos apremian con frecuencia al predicador para que les ayude a conocer mejor al Señor. En las zonas rurales, los oyentes piden que los predicadores repitan varias veces sus puntos más importantes, para que la enseñanza quede bien grabada. Esto, lejos de aburrir a los oyentes, les ayuda a entender la verdad y a estrechar su comunión con el Señor. Y, aunque el nivel educativo de los cristianos es, en general, bajo, los predicadores no pueden ser descuidados, porque ellos tienen discernimiento espiritual, y no estarán satisfechos a menos que se exalte a Jesucristo.

Cierta vez invitaron a un predicador a una población pequeña para tener reuniones durante todo un día. Al amanecer, el edificio estaba lleno con 600 personas, mientras que había muchos más apelotonados en el patio. Estaban dispuestos a soportar el tremendo frío invernal para escuchar el mensaje del Señor. Antes de que llegara el predicador, cantaron himnos con el fin de preparar su corazón para recibir la palabra de Dios.

Al predicador habló tres veces. Los cristianos permanecieron sentados, escuchando, desde la mañana hasta altas horas de la noche. Cuando él terminó, todavía no querían irse y le rogaban, diciéndole: «Nunca hemos escuchado una predicación tan buena como la suya».

Otro predicador itinerante¹ dijo que cierta vez se disponía a predicar cuando los presentes le preguntaron ansiosamente sobre qué iba a hablarles. Su tema iba a ser Jesucristo en el libro de Mateo. «Entonces nos va a predicar el libro de Mateo –respondieron–, ¿no es así? Porque todo el libro trata de Jesucristo». Le hicieron cumplir su palabra, y treinta y siete horas más tarde concluyó su exposición versículo por versículo.

Otro predicador cuenta que muchas veces al llegar a una de las reuniones por las casas y ver a varios centenares de hermanos hambrientos de la Palabra, se sentía vacío e impotente. Entonces oraba: «Señor, conozco muy poco de la Biblia. Me siento como una oveja que tiene que amamantar a todos estos corderillos. Mira esta gente. He venido aquí por ti y no hay ninguna otra cosa que pueda satisfacerlos. Me pusiste en este lugar, pero no

puedo hacer nada. ¡Ten piedad de ellos, y de mí, Dios mío!». Y cada vez que se ponía en pie y oraba de ese modo, el Señor le daba, en su misericordia, un mensaje para los hermanos.

El valor de una Biblia

La escasez de Biblias es extrema. En 1966, las autoridades chinas realizaron un esfuerzo para quemar todas las Biblias y libros cristianos. Hicieron muy bien su trabajo, pues hay muchas iglesias que no tienen más que una Biblia, o una parte de ella.

En un lugar había una mujer que poseía una Biblia, y la llevaba a las reuniones cuidadosamente envuelta en un lienzo de lino, como el objeto precioso que realmente es. Cuando el predicador leía de las Escrituras, tomaba con mucho cuidado la Biblia de mano de la mujer, la des envolvía con toda suavidad y leía el texto. Después de terminar, la devolvía a la mujer, quien volvía a cubrirla con el lienzo, como lo hicieron otros, muchos años antes, con el cuerpo físico del Señor.

En algunas asambleas, se les indica a ciertas personas qué pasajes de las Escrituras se necesitarán para la reunión siguiente. Cada una de ellas copia un versículo y lo lleva a la reunión. Cuando el predicador quiere hablar sobre las Escrituras, reúne las copias escritas a mano, las ordena y así tiene el texto que desea. De este modo, si la policía interrumpe la reunión, no se perderá la Biblia.

En una aldea hay unos cinco mil creyentes y cuatro predicadores, pero ni uno solo tiene una sola Biblia completa. Una persona posee un Nuevo Testamento que comienza en Marcos capítulo 13 y llega hasta la epístola de Tito.

Dos creyentes del norte oyeron decir que había Biblias disponibles en la zona meridional del país. Ahorraron el salario de medio año con el fin de poder viajar y

¹ Estos predicadores recorren China ilegalmente, pues no tienen permiso para salir de su propia ciudad y enseñar en las iglesias reunidas por las casas. Recibieron su preparación antes de establecerse el régimen comunista. Tienen un profundo conocimiento de la Palabra de Dios, aunque muchos de ellos nunca han visto una Biblia completa.

comprar una Biblia para que pudieran estudiarla sus hermanos.

Ayunaron y oraron durante el viaje de cuatro días. Cuando por fin llegaron, se encontraron con la trágica noticia de que no quedaba ni una sola Biblia. Los dos hermanos lloraron al recibir la noticia. Al día siguiente, otro hermano que había recibido el encargo de entregar 30 Biblias, escuchó lo que les había sucedido y les dio las 30 Biblias a ellos. Sus lágrimas se transformaron en gozo al recibir el precioso donativo. Los creyentes del lugar les ofrecieron alimento y albergue, pero se negaron a aceptar porque dijeron que habían estado ayunando y orando para obtener las Biblias y ahora iban a seguir haciéndolo para alabar al Señor y darle gracias por haberlas recibido, mientras regresaban a casa.

En cierto lugar, llevaron una Biblia a una reunión, pero los hermanos no podían ni siquiera hablar por la emoción. ¡La habían estado pidiendo tanto tiempo! Las lágrimas caían por las mejillas de todos. Hubo gritos de alabanza y oración. Manejaron la Biblia con un cuidado lleno de amor, dándole gracias a Dios por ella.

A veces los cristianos deben recorrer muchos kilómetros tan sólo para tomar prestada una Biblia por algunos días.

La obtención de una Biblia puede cambiar la vida de un cristiano en China. Este es el testimonio de un cristiano «afortunado» por tener una: «Tengo más fortaleza desde que recibí esta Biblia. Ninguna persona se verá engañada de ahora en adelante, porque ya tenemos el cami-

En una aldea hay unos cinco mil creyentes y cuatro predicadores, pero ni uno solo tiene una sola Biblia completa.

no correcto que seguir. Muchos hermanos se han vuelto del error a la verdad. Cuando recibí esta Biblia, muchos hermanos querían tener también la suya. Les dije que sólo tenía una».

«No soy el único al que ha ayudado mucho esta Biblia; cuando menos otros 5.000 obtuvieron también beneficios de ella. Durante la época anterior a esta Biblia, no tenía nada que hacer en casa después del trabajo. Ahora, la comienzo a leer apenas llego. Mi vida espiritual crece día tras día y el Señor me bendice».

«Desde que obtuve esta Biblia, varias decenas de millares de creyentes esperan poder tener un ejemplar algún día, de modo que puedan leerla en todo momento, sin tener que esperar a pedirla prestada. Ellos no pueden leer la Biblia cuando quieren. Todos dicen que, si tuvieran una Biblia, la leerían ya sea por la noche o en la madrugada, porque contiene el pan de vida. En estos momentos hay decenas de millares de cristianos sólo en nuestra provincia, que están orando con lágrimas por esto. ¡Que el Señor los fortalezca y los sostenga!».

(Extractos de «La Iglesia en China», de Carl Lawrence).

j j j

Respuestas de «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1A, 2B, 3A, 4C, 5A, 6C, 7D, 8D, 9C, 10C, 11C, 12A, 13B, 14D, 15A, 16B, 17A, 18C, 19D, 20B, 21D.

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Restauración

Somos un grupo de hermanos que nos estamos reuniendo como iglesia. Los «Mensajes de Restauración» nos han sido de gran bendición, al punto que están siendo leídos y compartidos en nuestras reuniones. La iglesia del Señor es más grande de lo que podemos ver con nuestros ojos físicos. Nuestro trabajo en el Señor no es en vano. En el sur de España el Señor tiene un testimonio que desde ahora también ora por la iglesia en Chile.

Alberto Oliva, España

Mensajes bíblicos

Hace un tiempo tuve la oportunidad de visitar vuestra pagina de Internet, al respecto quiero comentarles que la misma me pareció muy, pero muy buena. Habitualmente me gusta leer bosquejos o mensajes bíblicos y los que en vuestro sitio he visto son excelentes. Me impactaron personalmente los estudios sobre Génesis. Que estas palabras les ayuden y alienten a seguir con su tarea con la excelencia con que lo están haciendo.

*Alejandro Díaz
Comodoro Rivadavia, Argentina*

Cristocéntricos

Agradezco a Dios la oportunidad de recibir su revista. He podido disfrutar de sus profundas enseñanzas. En tiempos de tanta confusión y superficialidad es bueno poder contar con mensajes tan cristocéntricos y bien enraizados en la Palabra. Dios les siga bendiciendo y utilizando para traer luz a las naciones y ser colaboradores de la restauración de la iglesia de Jesucristo.

Nicy Luis, Cuba

Pastos verdes

Grande es mi gozo y gratitud a Dios por cada uno de ustedes, aunque no les conozco en persona. Por años clamé al Señor que me guiara a pastos verdes y nunca imaginé que en Chile encontraría la más grande bendición desde que me convertí al Señor. Pido por cada uno de los siervos que conforman esta bendita obra. Les escribo llorando de gozo. Nuestro buen Dios siga añadiendo gracia superabundante sobre cada uno de vosotros y vuestras familias. Ustedes son vasos muy preciosos para el cuerpo de Cristo.

*Pedro Luis Orrillo Flores
Lima, Perú*

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 33 · Mayo - Junio 2005

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda, Claudio Ramírez.

Además en esta edición: Christian Chen, Lance Lambert, Ricardo Bravo, Pedro Alarcón, Cristian Cerda, Rodrigo Abarca, César Albino.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución: Jorge Geisse jgeissed@hotmail.com
Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:
James Huskey · Spanish Publishing Mission
P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
Email: jashuskey@gct21.net

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
Email: sammyglez@yahoo.com